

5. UNA APROXIMACIÓN A LA DINÁMICA FAMILIAR DE LA POBLACIÓN BARCELONESA.

5.1 Movilidad familiar y residencial: una visión demográfica de la dinámica residencial.

La población del área de Barcelona se desarrolla dinámicamente. La población se renueva constantemente mediante el juego de crecimiento natural y de crecimiento migratorio. Este proceso, como se sabe, se ha aletargado últimamente por la reducción de los nacimientos, la reducción de los intercambios migratorios con el exterior y el aumento de la esperanza de vida. Es decir, si miramos la fotografía de la población en dos momentos distantes en el tiempo veremos que actualmente una mayor parte de la población observada al final ya existía en el momento inicial. Sin embargo, aunque muchos individuos permanezcan no tienen las mismas características, es decir, evolucionan y cambian. En primer lugar, no tienen por qué residir en el mismo sitio del área observada: se mueven residencialmente. Pero también cambian de edad: conforme pasa el tiempo envejecen y los encontramos realizando actividades distintas o estando en situaciones vitales distintas.

Una de las relaciones entre edad y cambio de las poblaciones tiene que ver con las transformaciones familiares. Los individuos, por lo general, pasan la mayor parte de sus vidas coresidiendo con otras personas en las viviendas en que habita, formando hogares. Estos grupos de personas coresidentes suelen tener en la mayor parte de los casos lazos de parentesco, tanto políticos (el matrimonio) como carnales (padres, hijos, abuelos...). El número de personas y las relaciones que se establecen entre sus miembros son muy variados, es decir, no existe una única estructura familiar. Las familias son, al igual que los individuos, unidades intrínsecamente dinámicas. Tienen un principio y un final. Por otra parte, el papel del individuo dentro de la familia puede cambiar a lo largo de la vida de ésta. De hecho, la mayor parte de los cambios de papel del individuo implican una separación respecto de la familia de origen o bien la ruptura de ésta. La mayoría de los individuos llegan a un momento en que la conjunción por separado o coincidente de la inserción continuada en el mercado laboral, el establecimiento de una relación sentimental más o menos estable o, incluso, la adaptación al papel de hijo dependiente, conducen a una salida del hogar y de la vivienda de origen para constituir uno nuevo. Es lo que llamamos emancipación residencial.

La emancipación residencial puede o no coincidir con el establecimiento de una relación de pareja, aunque la constitución de una pareja es la vía mayoritaria. El establecimiento de una relación de pareja se puede producir tras una emancipación residencial, después de un período de residencia autónoma sin constituir pareja o tras la ruptura inmediata o antigua de otra relación de pareja (por viudez o separación-divorcio). Las parejas, el núcleo definidor de la mayoría de familias, pueden disolverse por separación o divorcio, por muerte de uno de los miembros o viudez del otro, por muerte

de ambos al mismo tiempo. Las familias desaparecen cuando todos los miembros han abandonado ese grupo de personas que corresidían juntos, en una o en sucesivas viviendas: emancipación de los hijos, desaparición de los miembros de la pareja. Por supuesto, otras posibilidades existen de formación de hogares y familias. Sin embargo, este análisis no es objeto de nuestro trabajo.

Lo que sí nos interesa especialmente es saber e investigar que estos cambios de las familias mediante la salida de sus miembros implican a menudo el abandono de la vivienda familiar para algún miembro (existen casos de disolución de los lazos de pareja y continuar compartiendo la misma vivienda, existen casos de desaparición o abandono del hogar en que no cambia temporalmente el estado civil y la autodefinición de emparejado de las personas). Este abandono se traduce en un movimiento residencial en el caso de las disoluciones del vínculo de pareja o del hijo que se emancipa. En otros casos, la transición familiar influye en la adopción de una decisión residencial resultante en cambio: por ejemplo, las personas que enviudan pueden decidir a corto o medio plazo cambiar de vivienda para irse a vivir con los hijos y evitan la soledad en una vivienda demasiado grande, quizá, para mantener.

Igualmente, hay un considerable número de cambios de vivienda que no coinciden con ninguna transición de pareja o de hogar. Puede que haya algún cambio en el número o incluso en la estructura del hogar, como son el nacimiento de un nuevo hijo o la entrada en el hogar como nuevo corresidente de un familiar, un padre o madre por ejemplo, de alguno de los miembros de la pareja. En un primer momento estudiaremos las relaciones entre dinámica de hogar y pareja y movilidad residencial, dejando para más tarde las relaciones con la fecundidad, de bastante menor incidencia en nuestro contexto, no así en otros países.

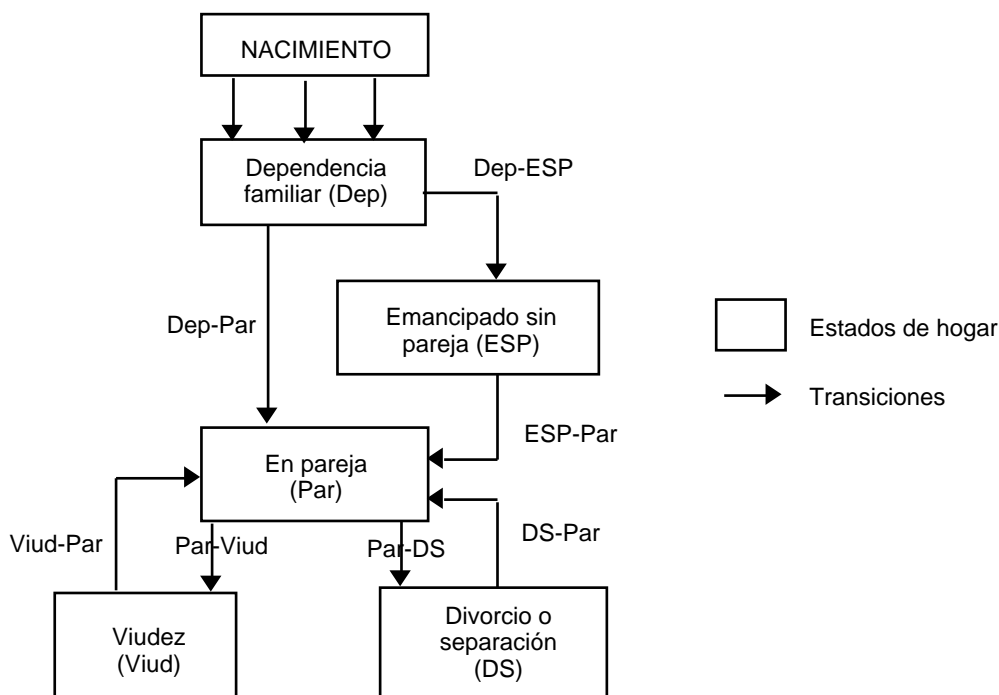
5.2 Transiciones de hogar durante los años ochenta.

Todo individuo está en riesgo de sufrir transformaciones de pareja y de hogar. Consideramos como tales las emancipaciones hacia pareja o en solitario, la primera formación de pareja de persona ya emancipada, la separación o divorcio, la viudez, la formación de pareja por parte de una persona divorciada o separada y la formación de pareja por parte de una persona viuda. Igualmente hemos definido una serie de estados familiares: dependiente (sin emancipar del hogar paterno), emancipado pero sin formar pareja, en pareja, viudo y divorciado/separado¹. En resumen, se han considerado siete

¹ Recordemos que el formato del diseño de la E.S.D. no permite diferenciar si el inicio de la unión de pareja se produjo mediante matrimonio o no.

posibles transiciones familiares y cinco estados, derivados de la información facilitada por la E.S.D. (Gráfico 5.1).

Gráfico 5.1. Estados y transiciones de hogar consideradas en el estudio de la dinámica familiar a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.



Fuente: Elaboración propia

Definidas así las transiciones, el colectivo estudiado ha realizado un total de 777 mil transiciones de hogar, lo cual significaría que un 19%, o casi una persona de cada cinco, habría efectuado como máximo una transición familiar desde 1982 hasta 1990 ambos inclusive. Se obtiene un 2% si se anualizan los datos. Durante la década se registra un ligero incremento del número de transiciones anuales sin duda influido por los cambios favorables en la estructura por edad: incremento de los grupos de jóvenes adultos, candidatos a emanciparse y formar pareja; envejecimiento de la población y aumento de los candidatos a quedar viudos. Hay tradición en estudios demográficos del cálculo de tasas coyunturales de este estilo sobre dinámica a corto plazo de las estructuras familiares. Un ejemplo puede ser el de Koo (1985, citado en Gober, 1990), que calcula en un 19% los hogares norteamericanos que son inestables en un período de 13 meses (nótese que Koo se refiere a hogares, mientras que nuestro indicador se refiere a individuos sometidos a nuestra selección de transiciones).

Naturalmente, el peso de cada uno de los tipos de transición mencionados es diferente (Tabla 5.1). Un 45,6% (354 mil) del total de transiciones corresponden a emancipación con formación de

pareja, la transición más frecuente. Inmediatamente después vienen las transiciones a viudez con el 15,3% (120 mil); las separaciones/divorcios y las emancipaciones sin formar pareja, con un 12,2% y 12,1% respectivamente (ambas con 95 mil); las formaciones de pareja de ya emancipados, con el 11% (82 mil). Posteriormente, con cantidades inferiores vienen los emparejamientos de divorciados/separados (3,4%) y los de viudos (1,4%).

Tabla 5.1. Transiciones de situación de pareja y hogar según sexo por tipo de transición. Provincia de Barcelona, 1981-1991

Situación de pareja		Hombre		Mujer		Total		Hombres/ Total (%)
Año anterior	Año	Núm. abs.	Distrib. (%)	Núm. abs.	Distrib. (%)	Núm. abs.	Distrib. (%)	
Dependiente	Em. s/par.	48.227	13,5	46.493	10,9	94.720	12,1	50,9
Dependiente	En pareja	171.258	48,0	183.100	42,8	354.358	45,1	48,3
Em. s/par.	En pareja	47.091	13,2	35.288	8,2	82.379	10,5	57,2
En pareja	Div./Separ.	45.405	12,7	50.449	11,8	95.854	12,2	47,4
En pareja	Viudo	26.089	7,3	94.146	22,0	120.235	15,3	21,7
Div./Separ.	En pareja	14.180	4,0	12.200	2,8	26.380	3,4	53,8
Viudo	En pareja	4.780	1,3	6.537	1,5	11.317	1,4	42,2
Total	Total	354.632	100,0	422.688	100,0	777.320	100,0	45,5

Fuente: ESD, elaboración propia

La distribución de las transiciones de hogar por sexo es bastante desigual. Las mujeres protagonizan el 54% de las transiciones. La diferencia la marca fundamentalmente la escasa incidencia de la viudez entre los hombres, debido a la mejor esperanza de vida de las mujeres (94.000 de ellas por 26.000 de ellos) y a que las mujeres suelen ser más jóvenes que sus cónyuges. Por contra, los hombres cuentan con un mayor número de emparejamientos no producidos por jóvenes que se emancipan y un mayor número de emancipaciones sin formar pareja, es decir, una estructura de transiciones menos tradicional que la mujer.

La edad también influye en la realización de las transiciones de hogar, como es lógico (Tabla 5.2). El período clave es el que cubre el período de emancipación y formación de hogares, es decir, el nacimiento de nuevas familias. Esta etapa afecta principalmente a los jóvenes adultos entre 20 y 35 años de edad. Según nuestros datos en los ochenta un 37% de todas las transiciones tuvieron lugar entre los 15 y los 24 años, mientras que entre esa edad y los 35 años tuvo lugar otro tercio del total. A partir de los 65 años la incidencia de la viudez explica un aumento de las transiciones en estas edades. Entre los 15-20 hasta los 34 años alrededor del 5% sufría una transición familiar cada año. A partir de los 35 la incidencia baja a poco más del 1% anual y tras los 65 se acerca al 2% anual, superándolo claramente en el caso de las mujeres.

Tabla 5.2. Transiciones de situación de pareja y hogar según sexo por edad en el momento de la transición. Provincia de Barcelona, 1981-1991

Edad	Hombre		Mujer		Total		Hombres/ Total (%)
	Núm. abs.	Distrib. (%)	Núm. abs.	Distrib. (%)	Núm. abs.	Distrib. (%)	
0-14	1.157	0,3	2.485	0,6	3.642	0,5	31,8
15-24	116.379	32,6	169.992	39,7	286.371	36,5	40,6
25-34	154.339	43,2	114.194	26,7	268.533	34,2	57,5
35-49	41.765	11,7	37.511	8,8	79.276	10,1	52,7
50-64	23.616	6,6	55.056	12,9	78.672	10,0	30,0
65-74	12.895	3,6	36.730	8,6	49.625	6,3	26,0
75+	6.879	1,9	12.245	2,9	19.124	2,4	36,0
Total	357.030	100,0	428.213	100,0	785.243	100,0	45,5

Fuente: ESD, elaboración propia

Durante la década de los ochenta ha habido ligeras modificaciones en el peso que representan las distintas transiciones. En buena parte se deben al mismo cambio en la edad de los individuos: son los mismos sujetos que tienen diez años más de edad en 1991 que en 1981. Las formaciones de pareja (cualquiera fuese la situación anterior del sujeto) eran un 60% del total de transiciones al comienzo de la década y alrededor de un 55% al final, con una recomposición interna: disminuye la importancia de las emancipaciones directas hacia pareja y sólo aumenta significativamente los emparejamientos de separados y divorciados. Hay que hacer notar que en números absolutos se mantiene prácticamente idéntica las cifras de uniones.

Tabla 5.3. Evolución de la distribución de las transiciones de pareja y hogar según tipo de transición. Provincia de Barcelona, 1982-1990

Situación de pareja		Año										
Año anterior	Año	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	Total	
Dependiente	Emanc. s/par.	16,4	11,9	13,3	14,1	8,6	12,0	12,0	11,0	10,2	12,1	
Dependiente	En pareja	46,7	48,8	44,1	46,7	48,5	44,7	43,2	43,5	39,7	45,1	
Emanc. s/par.	En pareja	12,0	12,3	14,2	7,9	9,6	9,1	10,6	9,9	9,5	10,5	
	En pareja	Div./Separ.	8,4	10,0	7,8	11,9	14,0	12,5	15,6	11,3	17,3	12,2
	En pareja	Viudo	12,6	14,6	16,8	15,3	15,1	15,0	14,7	18,1	15,1	15,3
Div./Separ.	En pareja	2,2	1,3	3,0	2,3	3,4	4,8	1,9	4,9	6,4	3,4	
Viudo	En pareja	1,8	1,0	0,8	1,9	0,7	1,8	1,9	1,2	1,9	1,4	
		100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	
		(76.949)	(84.246)	(77.868)	(88.467)	(97.801)	(84.276)	(95.208)	(100.457)	(79.971)	(785.243)	

Fuente: ESD, elaboración propia

Las disoluciones de parejas ganan mucho peso. Por un lado, la evolución de la estructura por edad conduce a un ligero incremento de número de personas que cada año adquieren la condición de viudo. Por otro lado, la legalización del divorcio y la mayor autonomía funcional de la mujer han permitido el aumento del número de separaciones/divorcios los cuales representan al final de la década más del 15% del total de transiciones de hogar.

Por el contrario, otro signo de la modernización de la dinámica familiar como es la emancipación sin formación de pareja se estanca tanto absoluta como relativamente, lo que constituye un interesante elemento de reflexión.

Tabla 5.4. Tasas de ocurrencia de (%) diversas transiciones de hogar en función de la situación de hogar anterior y el tamaño del municipio antes de la transición.

	Todas edades					BCN	Total
	<5 mil	5-20 mil	20-100 mil	>100 mil 2a cor	>100 mil 1a cor		
Depend-Emanc s/par	4,8	4,3	4,8	5,3	4,2	6,9	5,4
Depend-En par	22,7	25,6	23,1	24,9	20,2	21,8	22,7
Emanc s/par-En parej	80,5	59,6	81,4	67,2	67,0	55,2	62,8
En par-Div/Sep	2,1	3,5	4,2	4,6	3,5	6,6	4,8
En par-Viudo	5,1	6,2	5,3	5,2	5,5	7,7	6,3
Div/Sep-En pareja	13,6	29,4	27,5	54,5	26,0	33,5	32,6
Viud-En pareja	0,3	1,8	5,3	10,3	2,0	3,5	3,9
Todas transiciones	15,7	18,1	18,5	19,4	16,4	20,9	19,0
	25-34 años					BCN	Total
	<5 mil	5-20 mil	20-100 mil	>100 mil 2a cor	>100 mil 1a cor		
Depend-Emanc s/par	11,9	8,9	16,6	13,4	20,8	13,4	14,2
Depend-En par	128,2	116,9	123,8	117,0	114,0	109,5	115,6
Emanc s/par-En parej	205,4	112,1	215,4	181,3	123,6	120,9	137,7
En par-Div/Sep	5,6	8,1	8,1	9,5	8,5	14,4	10,0
Div/Sep-En pareja	90,5	58,0	71,9	76,1	46,9	60,5	62,9
Todas transiciones (excepto viudez)	37,5	30,7	37,1	37,4	34,9	50,1	40,4

Fuente: ESD, elaboración propia

En la Tabla 5.4 hemos explorado la posible diversidad espacial en la dinámica familiar. Utilizamos para ello la agrupación municipal por tamaños de municipio que será extensamente utilizada en

capítulos sucesivos. Para obviar la influencia de la distribución previa de la población por situación de hogar en la distribución de las transiciones, hemos calculado unas tasas de transición de situación de hogar según la situación anterior. La situación de hogar más inestable es sin duda la de emancipado sin pareja, seguida por la de divorciado o separado, si consideramos el conjunto de la población. Hemos calculado también unas tasas de transición específicas para la edad 25-34, de manera que nos centramos en uno de los momentos clave del desarrollo vital. Todas las tasas se incrementan respecto a las del conjunto de la población. El estado más inestable sigue siendo el de emancipado sin pareja (137,69‰), aunque seguido de cerca por el de dependiente (115,6+14,2). La situación más estable en esta fase es la de casado o emparejado, ya que sólo 10 de cada mil individuos en esta situación se separaban o divorciaban.

No se aprecian comportamientos extremadamente divergentes entre los distintos tipos de municipios si consideramos todas las edades. Comparemos el caso del municipio de Barcelona con el total de residentes. Se aprecia en el municipio central un mayor peso de la emancipación no clásica y una mayor estabilidad en esta situación, es decir, una menor pérdida hacia el estado de pareja. La divorcialidad parece que tiene en Barcelona una relativa mayor incidencia. Las transiciones ligadas a la viudez están mediatizadas por el mayor nivel de envejecimiento de Barcelona.

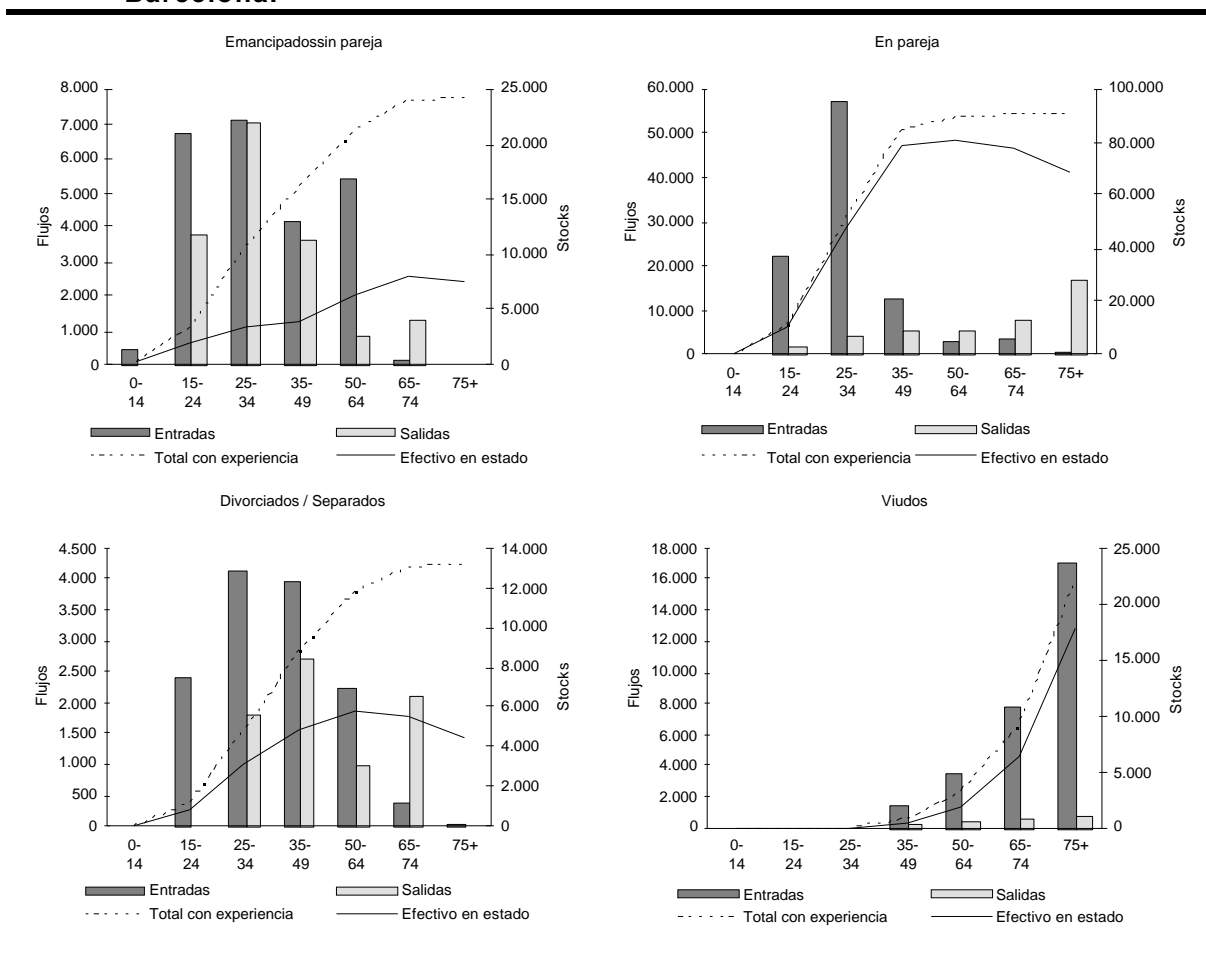
En cuanto al grupo 25-34 se aprecia una menor formación de primeras parejas en los municipios más centrales. Igualmente, la estabilidad del estado de emancipado sin pareja es superior en estos municipios. Barcelona destaca por su elevada divorcialidad. Los grandes municipios de la primera corona metropolitana destacan por la mayor irreversibilidad de la separación y el divorcio. La superior intensidad de la divorcialidad de las jóvenes parejas barcelonesas condiciona el aumento en la tasa total de dinámica de hogar. En general, sin embargo, puede observarse un mismo patrón de comportamiento de hogar, independientemente del tipo de municipio en que se vivía con anterioridad a la transición. Por ello, el análisis de estos itinerarios biográficos y la relación con los itinerarios residenciales los efectuaremos considerando la existencia de un único patrón de evolución familiar.

5.3 La experiencia sintética de cada transición y etapa familiar.

La evolución y la distribución reseñada en el apartado anterior debe bastante a la estructura por edad de la población. Podemos realizar un intento de estandarización de dicha estructura mediante el uso de las proporciones de paso (transiciones) entre situaciones de pareja y hogar por grupos de edad y sexo, de una manera agregada para el conjunto de la década y para tres períodos (1982-84, 1985-87, 1988-90).

El análisis transversal de estas probabilidades de paso indica, de una manera aproximada, cuál sería el resultado agregado de la dinámica familiar de una persona ficticia, hombre o mujer, que durante toda su vida (fijada a efectos de cálculo en 85 años para ambos sexos) se emancipara, emparejara, divorciara y enviudara de acuerdo con las tasas existentes en la provincia de Barcelona durante los años ochenta. En segundo término, se ha efectuado un análisis análogo para cada uno de los tres momentos mencionados.

Gráfico 5.2. Análisis transversal de la experiencia en diversos estados de pareja (sobre 100.000 individuos entre 0 y 85 años). Hombres. Provincia de Barcelona.

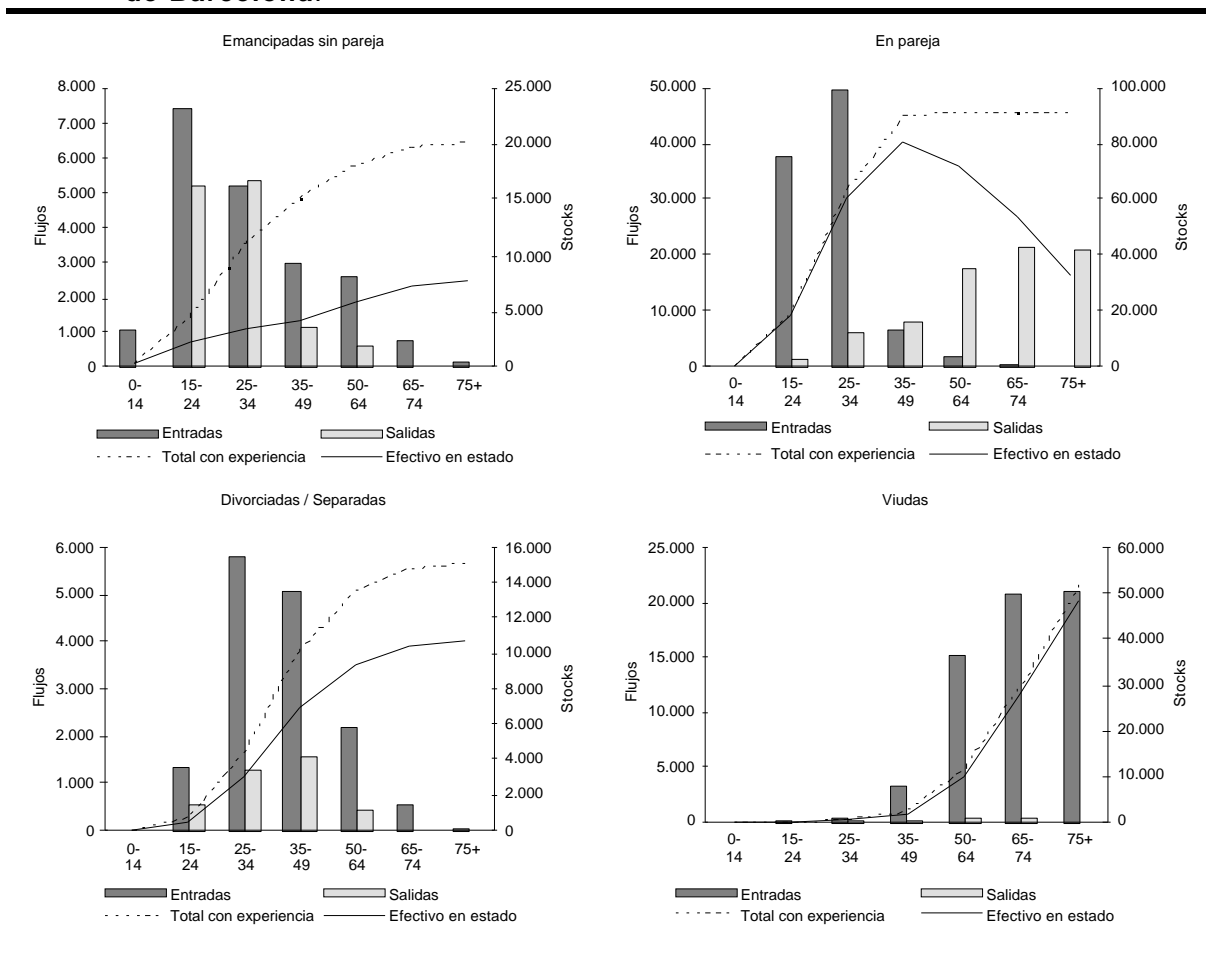


Fuente: ESD, elaboración propia

En este subapartado, como introducción al estudio sintético de la dinámica familiar, se ha estudiado la constitución por edad de la experiencia en cada uno de los cuatro estados de pareja u hogar “no fatales”: emancipación sin pareja, en pareja, divorcio/separación y viudez. El estado de dependencia familiar se considera universalmente experimentado (Gráfico 5.2 y Gráfico 5.3)

Entre un 20% (mujeres) y 24% (hombres) dejan de ser dependientes del hogar paterno sin pasar directamente a formar pareja. En estas cifras están incluidas las emancipaciones residenciales, pero también aquellos casos en que, por ejemplo, son los padres los que salen de la vivienda o fallecen. En el apartado 3.4.3 analizaremos con más detalle las interrelaciones entre emancipación y cambio residencial. El patrón de evolución por edad es similar para ambos sexos. Las entradas se concentran en el tramo joven adulto, pero siguen siendo considerables hasta la edad de jubilación: la ruptura con el domicilio de los padres y la emancipación residencial no es un fenómeno de fácil y directa lectura. La emancipación sin pareja puede ser una opción para jóvenes previa a la formación de un hogar con el otro miembro de la pareja, pero puede ser también producto de otro tipo de decisiones, a menudo ligadas con la muerte de los padres con los que se convivía. Casi la mitad de los que adquirirán experiencia en este estado lo harán transcurridos los 35 años de edad y el número de personas en este estado de hogar no para de aumentar conforme lo hace la edad. Las salidas, sobre

Gráfico 5.3. Análisis transversal de la experiencia en diversos estados de pareja (sobre 100.000 individuos entre 0 y 85 años de edad). Mujeres. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

todo hacia una situación de pareja, casi nunca superan las entradas. Únicamente entre los 25 y 34 años los flujos de entrada y salida tienden a equilibrarse. De hecho, las salidas se concentran en los primeros tramos de edad: la entrada a edades superiores tiene un aire de cierta irreversibilidad. En total, entre un 69% (hombres) y un 61% (mujeres) acabarán finalmente formando como mínimo un hogar en pareja. Empiezan a verse diferencias no significativas entre sexos, aunque no podemos decir que esta etapa (emancipación sin pareja) tenga contenidos funcionales totalmente diferentes.

Como se ve la formación de un nuevo hogar con un núcleo de pareja por parte del emancipado no es para muchos una transición instantánea sino que toma forma de un auténtico proceso temporal, en el cual primero se produce el fin de la convivencia con los padres y posteriormente, de una manera planificada o como otra fase dentro del proceso de autonomización del sujeto, la configuración de un nuevo núcleo familiar. Con la información suministrada por la E.S.D. se puede identificar en el tiempo las formaciones de pareja diferidas respecto una emancipación anterior, de manera que puede decirse algo más sobre el proceso de salida de la situación de dependencia. En este punto queremos concretar algo más sobre este proceso de salida. En los años inmediatos a la emancipación sin pareja buena parte de estos individuos realizan la formación de un nuevo hogar en pareja. Durante los ochenta, más del 25% ya formaban pareja en el año siguiente y alrededor del 45% en los tres primeros años. Por lo tanto, para muchos la categoría de emancipado sin pareja es meramente accidental e instrumental ya que la autonomización residencial se efectúa con un proyecto de pareja inminente. Para muchos otros está claro que esta etapa es una fase de corta duración, previa a la fase posterior de vida en pareja. Por sexos se observa que las mujeres inician su vida en pareja con más rapidez que los hombres tras la emancipación más o menos en solitario de casa de sus padres. Sólo para ese 30-40% que nunca formará pareja y para ese 20-30% adicional en que existe una diferencia temporal apreciable entre vivir con los padres y vivir con una pareja puede decirse que la emancipación en solitario configura una etapa que cumple un papel especial en la vida de los individuos.

Tabla 5.5. Interrelaciones de duración entre la emancipación en solitario con la formación de pareja. Provincia de Barcelona, 1982-1990

Años tras emancipación	Hombres		Mujeres	
	En situación de pareja*	Emanc. s/par. que se han unido **	En situación de pareja*	Emanc. s/par. que se han unido **
0	78,1		79,9	
1	83,5	24,63	85,8	29,15
2	85,0	9,18	88,3	17,68
3	86,7	11,42	88,7	3,38

* sobre total emancipados

** desde duración anterior

Fuente: ESD, elaboración propia

Entre un 74% (hombres) y un 79% (mujeres) de una generación ficticia se emanciparía de casa de los padres para, directamente, formar una pareja corresidente en un nuevo hogar. Esta es la vía mayoritaria y no entramos, porque no se puede precisar con los datos disponibles, a considerar el tipo de vínculo inicial (matrimonio o cohabitación). Un análisis del tipo de unión en España a partir de la E.S.D indica que sólo el 1,2% de hombres y el 1,7% de mujeres entre 20-29 estaban cohabitando en 1991 (Heath, Miret, 1996). En este estudio se demuestra la poca importancia de la cohabitación en la formación de la pareja (Tabla 5.6).

Tabla 5.6. Proporción de cohabitantes sobre los que viven en pareja a distintas edades hasta los 35 años por sexo. España, 1991

Edad	Hombres		Mujeres	
	Cohabitantes/ pareja	% en pareja	Cohabitantes/ pareja	% en pareja
16	-	0,1	13,6	0,1
20	21,9	0,9	9,8	1,5
25	5,2	20,3	4,9	37,3
30	4,2	60,8	3,1	69,5
35	2,1	76,9	1,9	78,3

Fuente: Heath, Miret, 1996 y elaboración propia.

Alrededor del 91% (independientemente del sexo) formaría pareja como mínimo una vez en la vida, contando las dos vías posibles, el resto hasta un 9% nunca habría convivido en pareja (no es equivalente a permanecer soltero cuyo porcentaje sería algo superior). El nivel de experiencia es lógicamente muy similar entre los dos sexos, no así la curva de los efectivos que en cada edad permanecen en dicha situación (Gráfico 5.2, Gráfico 5.3 y Gráfico 5.4). En las mujeres a partir del grupo 35-49 en que se alcanza el máximo (unas 80.000 mujeres de las 100.000 iniciales) se comienza a descender bruscamente hasta las poco menos de 25.000 al final. En los hombres el descenso es mucho más suave (más de 60.000 permanecen en pareja al final de su vida). Las entradas en pareja se concentran, como es normal, en las edades jóvenes en ambos sexos y las salidas (viudez, separación, divorcio) en las maduras y viejas. Las salidas son mucho más intensas y comienzan antes en las mujeres por efecto del mayor impacto de la viudez, siendo el saldo negativo ya en el grupo de edad 35-49 años, mientras que en los hombres las salidas, mucho menores, sólo superan a las entradas a partir del grupo 50-64.

La separación y el divorcio tendría todavía un impacto relativamente modesto. Sólo alrededor del 15% de los que forman pareja (un poco más entre las mujeres, algo menos entre los hombres) acabaría por disolverla en algún momento antes de la muerte. Respecto al total de la población la experiencia de disolución sería lógicamente parecida (13-15%). Ahora bien, esta situación no es

irreversible y la vuelta a convivir en pareja aparece como una opción recurrida, sobre todo por los hombres lo que marca un importante punto de asintonía respecto la evolución del ciclo familiar femenino. Cuando un hombre se divorcia o separa volverá a formar pareja en algo menos del 60% de los casos: esta etapa de soledad de pareja suele ser para ellos hasta cierto punto provisional. Sólo el 25% de las mujeres en la misma situación vuelven a formar pareja: la separación y el divorcio se convierte en un estado definitivo para la inmensa mayoría. La experiencia en el conjunto de la población de estas segundas "nupcias" no serían despreciables: un 8% de ellos y un 4% de ellas.

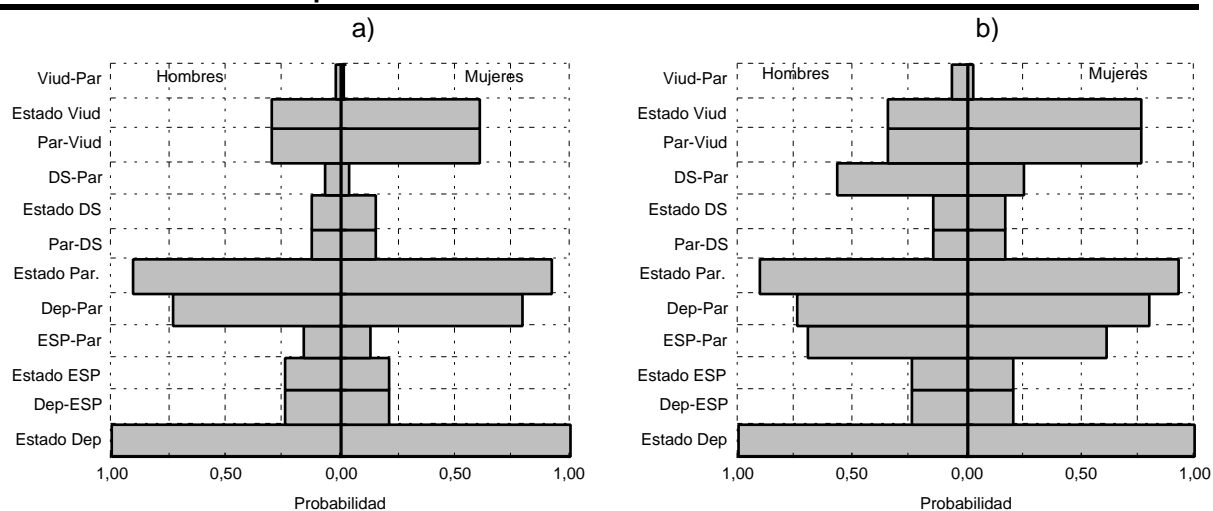
La evolución por edad de la experiencia de divorcio y separación resulta muy interesante por lo poco conocida. La transición a este estado no es privativa de ninguna edad (si acaso quedarían excluidos los muy viejos), incluso puede decirse que tiene un perfil joven: a los 35 años ya ha pasado esta experiencia la mitad de los que la tendrán, siendo esto común a ambos sexos. En la intensidad y el ritmo de las salidas se encuentran las mayores diferencias. La cantidad de mujeres que efectivamente están separadas o divorciadas aumenta con la edad, señal de que las salidas siempre son inferiores a las entradas. Sin embargo, en los hombres las salidas del colectivo de divorciados son más intensas e incluso superan a las entradas en el tramo 65-74, lo que produce una disminución del efectivo desde la punta máxima situada en el grupo 50-64.

Si consideramos que los miembros de cada sexo viven hasta los 85 años de edad, pero no así en el caso de su pareja, es decir, aplicamos a los primeros las tasas observadas de paso de pareja a viudez, la incidencia de esta transición es muy intensa, y negativa, para las mujeres. Más de un tercio de los hombres en pareja (no permanecen divorciados o separados) y tres cuartas partes de las mujeres en esa situación acabarán por experimentar la viudez. Para las mujeres, la probabilidad de pasar por este trance es elevadísima, lo que me hace emitir una reflexión sobre la fatalidad de esta transición tan traumática, la mayoría de las veces. Transición que para la mujer se convierte en irreversible por cuanto solamente un 2% de las que enviudan vuelven a formar pareja, porcentaje que en los hombres se incrementa al 7%. La experiencia de viudez empieza a aparecer como algo significativo a partir de los 35 años: es un fenómeno ligado, y cada vez más, con la madurez y sobre todo con la vejez. Más aún, el aumento de la esperanza de vida pero sobre todo el paulatino incremento de la diferencia a favor de las mujeres están convirtiendo poco a poco la viudez en un transición y estado femeninos. Si ya a los 65 años un 20% de las mujeres habrá sufrido en algún momento anterior la muerte de su compañero, los hombres sólo la habrán sufrido en un 5% de casos. En el sexo femenino la viudez es una posibilidad cotidiana desde los 50 años, entre los hombres después de los 75.

De la combinación de estas diferentes transiciones surge una pauta de movilidad, digamos familiar, de dinámica de hogares, que sintetiza la situación en el conjunto de los años ochenta. Cada porcentaje de transición para el conjunto de la población (no de paso entre dos estados) nos ofrece

también la probabilidad de que cada individuo efectúe esa misma transición. La suma de las probabilidades de efectuar las siete transiciones estudiadas por un miembro cualquiera de una generación ficticia daría el total de transiciones de hogar que realizaría a lo largo de su vida de no variar las condiciones de los años ochenta, es decir, una especie de índice sintético de dinámica familiar (Gráfico 5.4 y Tabla 5.7). Los resultados no ofrecen dudas. La población del ámbito de Barcelona tenía un ciclo de cambios familiares bastante reducido: 1,68 para los hombres y 1,93 para las mujeres, de los cuales ya hemos dicho que 0,9 corresponden al inicio de la vida en pareja. Eso deja un margen de 0,78 y 1,03 transiciones respectivamente, de los cuales la viudez significa 0,3 y 0,6. En total, el resto de transiciones solamente suman 0,48 para los hombres y 0,43 en el caso de las mujeres. Como veremos, la falta de un número elevado de transiciones de hogar es una limitación añadida a la movilidad residencial de la población.

Gráfico 5.4. Probabilidades a lo largo de la vida de experimentar diferentes transiciones y estados de pareja de a) todo individuo y de b) cada individuo candidato a experimentarlas Análisis transversal. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

5.3.1 La duración media de cada etapa familiar: se vive con los padres y con la primera pareja.

El hecho de que el ciclo familiar pivote sobre una única formación de pareja que apenas se disuelve, sólo por efecto de la mortalidad, produce que la convivencia en pareja cubra buena parte del ciclo vital de los individuos. Concretamente la esperanza de vida en pareja, calculada como la parte individual del total de años vividos en pareja por el colectivo de la generación ficticia, es de 44 años para los hombres y de 39 para las mujeres, sobre 85 años de vida. La esperanza de vida dependiente

coincide *grosso modo* con la edad media de emancipación y viene a ser de unos 29 años para los hombres y 26 para las mujeres. Obsérvese que se sitúan dentro de las edades normales de acceso al matrimonio y que la diferencia de edad entre sexos también mantiene la diferencia standard de tres años. Estos dos estados cubren en conjunto el 86% de la duración vital de los hombres y el 76% de la de las mujeres. Si solamente consideramos los que tienen experiencia de pareja, el tiempo medio en este estado es naturalmente algo mayor: unos 49 años en los hombres y 42 en las mujeres.

Tabla 5.7. Las duraciones temporales en cada situación de pareja. Análisis transversal*. Provincia de Barcelona.

Estado o transición de pareja	Duración en cada estado o transición* del conjunto de una generación ficticia		Duración en cada estado de los que entran	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Estado Dep	29,22	25,88	29,22	25,88
Dep-ESP	0,24	0,20		
Estado ESP	3,71	3,71	15,31	18,27
ESP-Par	0,17	0,12		
Dep-Par	0,74	0,79		
Estado Par	44,29	38,87	48,66	42,36
Par-DS	0,13	0,15		
Estado DS	2,86	4,85	21,63	32,18
DS-Par	0,08	0,04		
Par-Viud	0,30	0,61		
Estado Viud	2,68	9,46	8,93	15,50
Viud-Par	0,02	0,01		
Duración vida	85,00	85,00		
Número total de transiciones efectuadas	1,68	1,93		

* La cifra de las transiciones son en realidad probabilidades de ocurrencia a lo largo de la vida. En este caso puede considerarse que cada transición equivale a un año de vida para que la suma final dé la duración supuesta de 85 años.

Fuente: ESD, elaboración propia.

En el caso de los emancipados sin pareja, la combinación de tener menor incidencia que los hombres pero una mayor esperanza de permanecer en ese estado hace que las mujeres tengan exactamente la misma duración media que los hombres: 3,7 años. La duración para los que han hecho esa transición es, como se ha dicho, superior en las mujeres: 18 contra 15 años. Ya decíamos anteriormente que para alrededor de un tercio de estos individuos, hombres y mujeres, este tipo de emancipación no es la antesala de una unión en pareja. Para buena parte de este tercio, esta

transición sería quizás una obligación por circunstancias familiares, quizá una evidencia de un fracaso en la formación de pareja, y no una opción más "moderna" de iniciar su ciclo familiar.

El conjunto de mujeres se ve obligado a pasar en estado de viudez bastante más tiempo que los hombres, como producto de la mayor difusión de este estado. Como media se pasan nueve años y medio por sólo dos y medio de los hombres. Ahora bien, cuando se es viudo el tiempo pasado en este estado es bastante superior: 9 años en los hombres y más de 15 en las mujeres. El hecho de que la viudez tenga lugar en una edad avanzada limita claramente esta duración.

No es el caso de los que se separan o divorcian. La poca incidencia relativa produce que el tiempo medio pasado por la generación en este estado no pase de 5 años en las mujeres ni llegue a 3 en los hombres. Ahora bien, aquellos que tienen experiencia tienen una larga esperanza de permanecer en este estado, dado lo temprano que suceden la mayor parte de separaciones y divorcios y dado que la tasa de permanencia, bien mirada, también es elevada. En concreto, una mujer que se separa o divorcia permanecería en dicha situación una media de 32 años por 21 de los hombres: ellos también tienen más probabilidades de emparejarse de nuevo.

5.3.2 *Algunos cambios en la dinámica familiar durante los años ochenta.*

Decíamos en un apartado anterior que la tendencia durante los ochenta era a un ligero aumento del número de transiciones. Sin embargo, no podíamos estar seguros de en qué medida este ligero aumento correspondía a un cambio en la estructura por edad o a un aumento en la intensidad de las transiciones, por ejemplo, mediante la intensificación de los emparejamientos o de las separaciones. Podemos aislar el efecto de la estructura mediante el estudio sintético que estamos comentando y el cálculo de estos indicadores para los tres momentos ya mencionados: 1982-84, 1985-87, 1988-90.

¿Qué se puede comentar sobre la evolución del ciclo de vida familiar? Antes que nada decir que las variaciones aparecidas son relativamente pequeñas y que corremos el riesgo de señalar diferencias poco significativas. En general, se puede decir que el marco apenas ha variado: dado el reducido arco máximo estudiado es lo que cabe esperar. Sin embargo, la idea de estudiar esta evolución viene motivada por el interés de compararla con la pronunciada evolución en la intensidad de la movilidad residencial, que forma una onda con el máximo precisamente entre los años 1985 y 1987. Mediante el cálculo en tres momentos se estará en disposición de comenzar a responder hasta qué punto se interrelaciona la dinámica familiar con la dinámica residencial.

Tabla 5.8. Distribución* de la duración de la vida (85 años) según la dinámica de pareja por sexo y momento. Análisis transversal sintético. Provincia de Barcelona

Estado o transición de pareja	Hombres			Mujeres		
	1982-1984	1985-1987	1988-1990	1982-1984	1985-1987	1988-1990
	Estado Dep	28,18	28,18	31,26	25,79	25,58
Dep-ESP	0,25	0,23	0,26	0,25	0,16	0,21
Estado ESP	3,60	3,45	4,14	3,87	3,06	4,41
ESP-Par	0,19	0,16	0,16	0,16	0,10	0,12
Dep-Par	0,74	0,76	0,72	0,75	0,83	0,79
Estado Par	45,80	44,70	41,97	39,22	39,09	38,07
Par-DS	0,09	0,17	0,13	0,12	0,18	0,16
Estado DS	2,73	3,39	2,72	4,54	5,12	5,12
DS-Par	0,04	0,11	0,07	0,01	0,06	0,04
Par-Viud	0,34	0,30	0,27	0,60	0,69	0,54
Estado Viud	3,07	2,70	2,45	9,62	9,65	9,11
Viud-Par	0,02	0,04	0,01	0,01	0,01	0,02
Duración vida	85,00	85,00	85,00	85,00	85,00	85,00
Transiciones efectuadas	1,67	1,76	1,62	1,90	2,02	1,88

* La cifra de las transiciones son en realidad probabilidades de ocurrencia a lo largo de la vida. En este caso puede considerarse que cada transición equivale a un año de vida para que la suma final dé la duración supuesta de 85 años.

Fuente: ESD, elaboración propia.

En efecto, también se observa un aumento de la dinámica de hogar en los años centrales de la década, pero ligero, de poco más de 0,1 transiciones respecto al comienzo y algo más (0,15) respecto a los últimos años. En una primera interpretación podríamos decir que la coyuntura de mediados de los ochenta que favoreció la movilidad residencial se reencuentra en la dinámica familiar aunque sus efectos son mucho más matizados. Cabe destacar, por ejemplo, una ligera redistribución a favor de la formación directa de pareja de las emancipaciones en esos años centrales y un ligero aumento de las disoluciones de pareja. Sin embargo, como nota de alarma sobre el detalle del comentario se observa también una ligera oscilación cíclica de las transiciones femeninas a viudez, que en principio no es lógica. Más explicable resulta el retraso en la edad de emancipación, sobre todo al final de la década, que lleva a una ligera reducción del tiempo consagrado a vivir en pareja. En consecuencia, el aumento y la redistribución de las transiciones que encontrábamos en el apartado 5.2 es principalmente un efecto del cambio de la estructura de la población. Veremos a su vez que los cambios en la intensidad de la movilidad residencial se deben a dicho cambio estructural y a incrementos en las tasas de

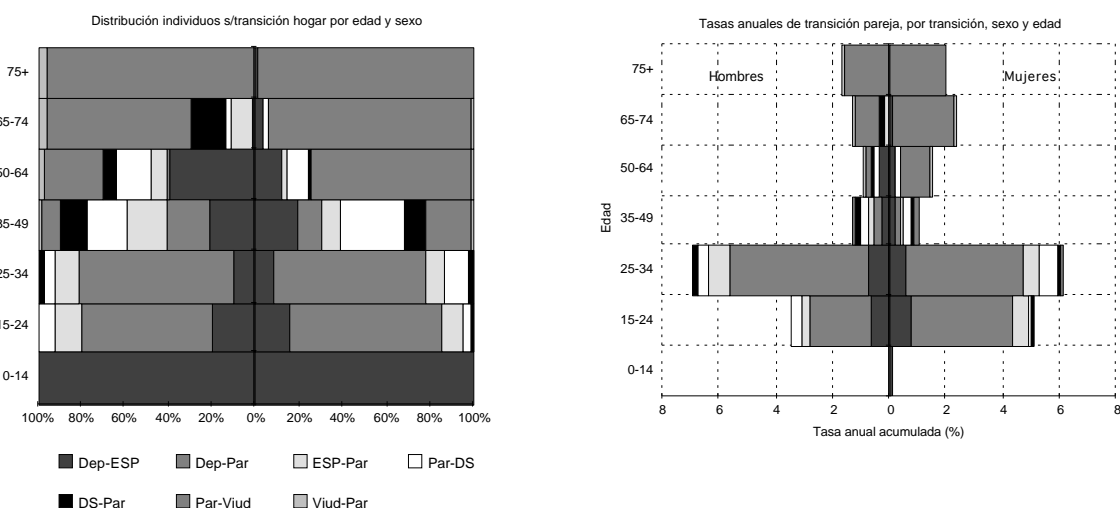
movilidad específicas por transición o estado familiar, pero no a un cambio significativo de la dinámica de hogar.

La relativa estabilidad de la dinámica de hogar en los ochenta nos permite concentrar el análisis de ahora en adelante en los datos conjuntos por sexo, para acabar de caracterizar este tipo de itinerarios biográficos.

5.3.3 La dinámica de hogar y la evolución por edad.

En cada edad de los ciclos vitales de hombre y mujeres tienen lugar un número y una combinación diferente de transiciones de hogar. Si calculamos las tasas específicas según transición realizada por sexo y grupos de edad podemos representarlas mediante, por ejemplo una pirámide. (Gráfico 3.8). Como es de suponer, el mayor dinamismo de hogar se obtiene en el grupo 25-34: en ese tramo de edad un 6% de la población realiza cada año una transformación de hogar. El otro grupo con gran dinamismo es el 15-24. A partir de los 35 años se produce un estancamiento considerable hasta que se superan los 65 años de edad. La mayor estabilidad de hogar se produce entre los 35 y 49 años en las mujeres, entre los 50 y 64 años en los hombres. Las diferencias entre sexos tienen que ver principalmente con la intensidad y calendario de la entrada en pareja (más joven entre las mujeres) y en viudez (más intensa y más joven entre las mujeres).

Gráfico 5.5. Transiciones de hogar y pareja por edad y sexo. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

Antes de los quince años en situaciones normales no debería haber ninguna transición de hogar o pareja. Los reducidos casos que han aparecido en el análisis se relacionan con una emancipación sin formación de pareja, más bien de tipo traumático. Entre los 15 y los 34 años la transición que domina es la emancipación directa en pareja, más claramente en las mujeres. La emancipación sin pareja no llega al 20% de las transiciones a estas edades. Aparecen emparejamientos de emancipados previamente y también algunas separaciones o divorcios.

A partir de los 35 la frecuencia y la estructura de las distintas transiciones de cada sexo son muy diferentes. Los hombres de 35-49 años realizan cuatro transiciones con similar intensidad: emancipaciones sin pareja o con pareja, formación de pareja con emancipación anterior y separaciones/divorcios. Dado el reducido nivel general de movilidad de hogar también destacan los emparejamientos de separados/divorciados. Mientras tanto, las mujeres prácticamente no forman ya primeras parejas, lo que hace que sobresalgan las transiciones a viudez y, especialmente en este grupo, las separaciones y divorcios que cuentan por alrededor de un 30% del total.

A partir de los cincuenta años la dinámica familiar de la mujer se ve dominada por el paso a la viudez, no dejando espacio (ni quizá oportunidades) para otras transiciones de ruptura, aunque tampoco se vuelven a formar nuevas parejas. En el hombre la incidencia de la viudez es menor aunque dominante a partir de los 65 años. Entre los 50 y 64 años recobran importancia de nuevo las finalizaciones de convivencia con los padres (por mortalidad de éstos), una emancipación podríamos decir "de oficio" y que alcanza casi el 40% del total de transiciones realizadas en ese tramo de edad. Volver a formar pareja es mucho más frecuente entre los hombres tras una separación o divorcio: en el grupo 65-74 alcanza alrededor del 15% de todas las transiciones.

5.3.4 La frecuentación de los diversos itinerarios familiares.

Una contribución adicional y muy interesante del tratamiento de las proporciones de paso es el cálculo de la probabilidad de ocurrencia de determinados encaminamientos o itinerarios familiares. En dicho cálculo se trata de combinar las probabilidades de paso de las transiciones consideradas y la no ocurrencia de otras.

Una idea previa: lo fundamental que resulta un análisis diferenciado por sexos. La ordenación de los itinerarios familiares de hombres y de mujeres según probabilidad de ocurrencia es significativamente diferente para hombres y para mujeres. Predominan, en uno y otro caso, los itinerarios cortos, reduciéndose la probabilidad de ocurrencia cuanto más complejo es el itinerario. Otra idea para destacar es la concentración de la población en unos pocos itinerarios.

El 39% de los hombres realizaría el itinerario Dependiente-Pareja, exclusivamente sin pasar por otra transición hasta el momento de su fallecimiento, situado en los 85 años. Se trata del itinerario más frecuentado por el sexo masculino, pero el segundo de las mujeres: sólo el 13,4% de ellas vería transcurrir su vida por este aparentemente apacible camino.

Tabla 5.9. Distribución de una generación ficticia según el itinerario de situaciones de hogar/pareja recorrido según sexo. Análisis transversal. Provincia de Barcelona

Itinerarios sexo masculino		Itinerarios sexo femenino	
	%		%
Dependiente - Pareja	39,0	Dependiente - Pareja - Viudez	51,7
Dependiente - Pareja - Viudez	22,8	Dependiente - Pareja	13,4
Dep - Em s/par - Pareja	8,8	Dependiente - Pareja - Sep/Div.	9,8
Dep - Em s/par	7,5	Dep - Em s/par - Pareja - Viudez	8,1
Dep - Pareja - Sep/Div - Pareja	6,2	Dependiente - Emanc. s/pareja	7,9
Otros itinerarios	15,7	Otros itinerarios	7,9
Total	100,0	Total	100,0

Fuente: ESD, elaboración propia

Las mujeres se concentran bastante más en su principal itinerario, un 51,7. Se trata del itinerario Dependiente-Pareja-Viudez, como era de imaginar. Significa introducir algo más de complejidad, pero es sin duda “más ajetreado”, por cuanto la mujer llegaría en estado de viudez al final de sus días. Entre los hombres es el segundo itinerario que se recorrería, en concreto un 22,8%.

Estos dos itinerarios familiares son los más tradicionales o clásicos y parece que seguirán siendo los más concurridos si las condiciones de dinámica de hogar no varían en demasía. El 62% de los hombres y el 65% de mujeres limitarán su vida familiar a estos itinerarios. Cuentan con un máximo de dos transiciones de hogar y representan estados que, como veremos más adelante, no destacan por una eventual inestabilidad residencial.

Los siguientes dos itinerarios de los hombres tienen seguramente menos vinculación con comportamientos tradicionales: el Dependiente-Emancipado sin pareja-Pareja con un 8,8% y el Dependiente-Emancipado sin Pareja con un 7,5%. En el primer caso, el individuo experimenta una etapa de residencia independiente antes de vincularse en pareja; en el segundo, nunca llega a coresidir en unión. Hasta qué punto ambos itinerarios, sobre todo el segundo, son opciones libremente escogidas es algo que no se puede saber con la información disponible. Lo que sí sabemos es que tendían a convertirse en encaminamientos minoritarios todavía en los años ochenta.

El quinto itinerario, el último que comentaremos, que se estaba construyendo en los ochenta por el sexo masculino lo podemos calificar de actual. Un 6,2% de los hombres llegarían a corresidir con una segunda pareja tras un proceso de separación o divorcio respecto la primera (Dependiente-Pareja-Separación/Divorcio-Pareja), por encima de los que no volverían a formar una nueva pareja.

Por contra, el tercer y cuarto itinerarios de hogar de las mujeres tienden a caracterizarse por la ruptura del proyecto familiar. El tercero (9,8%) podemos catalogarlo como actual por cuanto la mujer queda fuera de una pareja anterior de manera permanente: el itinerario es Dependiente-Pareja-Separada/Divorciada. Me parece que es un porcentaje considerable al pensar que una de cada diez mujeres seguiría este patrón, sin poder rehacer un proyecto familiar truncado. El cuarto (8,1%) es parecido al itinerario más frecuentado por las mujeres, solamente que además se incorpora una etapa de emancipación sin pareja. El quinto itinerario tendría un seguimiento muy parecido (7,9%) siendo Dependiente-Emancipación sin Pareja: puede tratarse de un comportamiento más moderno, pero también de restos de la tipología de soltería definitiva tradicional.

El resto de itinerarios tienden a reunir porcentajes muy reducidos. En total un 15,7% en los hombres y un 9,1% en las mujeres. Son más complejos en el caso de los hombres, donde intervienen sobre todo retornos a la situación de pareja y algún proceso de ruptura, mientras que en las mujeres hay algunos itinerarios sencillos en que no interviene la ruptura de viudez, como por ejemplo, permanecer en pareja tras un período de emancipación sin pareja.

En resumen, dada la tendencia a la formación de parejas con un carácter bastante permanente la mortalidad diferencial entre hombres y mujeres interviene principalmente en el momento de decidir qué tipo de itinerarios familiares seguirán unos y otras. Igualmente el hombre se caracteriza por una mayor capacidad de volver a formar pareja una vez rota esta, sobre todo en los casos de separación/divorcio: los hombres realizarían el doble de reentradas a una unión en pareja. La mujer muestra bastantes más problemas y las transiciones de ruptura tienden a dar lugar a estados permanentes. Y no sólo eso, como decíamos antes la mujer tiende a realizar más transiciones de hogar (1,93), pero por el mayor número medio de transiciones de ruptura: 0,61 de viudez y 0,15 de separación/divorcio, un total de 0,76 (o lo que es lo mismo habría 76 rupturas de pareja por cada 100 mujeres). El hombre por su parte registraría 0,43 ya que sólo el 30% de los hombres enviudarán.

6. MOVILIDAD RESIDENCIAL Y DINÁMICA FAMILIAR.

En este capítulo nos marcamos una serie de objetivos. El principal de ellos es desentrañar algunas de las relaciones que se establecen entre el comportamiento y la organización familiar de la población y su comportamiento residencial, esencialmente en la forma de cambios de vivienda. En resumidas cuentas, pretendemos aportar nuestro grano de arena al estudio de la constitución y expresión de la demanda residencial. También tiene importancia superar la visión del tema a partir de indicadores agregados y transformarlos para que sean más significativos como indicadores que fácilmente resuman comportamientos individuales. Elaboraremos indicadores de movilidad residencial que indiquen el número de movimientos que se efectuarían a lo largo de la vida familiar de los individuos; estudiaremos la construcción de la experiencia residencial paralelamente a la del ciclo de vida en el área de Barcelona

6.1 Participación de los miembros del hogar en el cambio de vivienda.

Una primera manera de aproximarnos a la interrelación entre dinámica familiar y movilidad residencial es mediante la consideración de las personas que acompañaban al sujeto en su cambio de vivienda. Se contextualiza así el movimiento residencial individual en el seno de la unidad social realmente pertinente: el hogar. Se contemplan tres posibilidades: el movimiento en solitario, con todos los miembros del hogar y con parte de estos miembros. Cuando el sujeto se mueve con todos los corresidentes en la anterior vivienda, podemos decir que existe un traslado espacial del hogar, pero sin afectar, en principio, a su estructura y sin significar la ruptura o la creación de una nueva pareja, ni la emancipación de ningún individuo. En principio, porque el cambio puede tener lugar tras la muerte de algún miembro lo cual no invalida el hecho de que se responda "todos los miembros del hogar" y se podría relacionar el cambio residencial con una respuesta a una transformación familiar (viudez, orfandad).

Trasladarse en solitario es una circunstancia habitualmente conectada con la emancipación de un joven. Emancipación que puede dar lugar a un hogar solitario o a la formación de un hogar con un núcleo de pareja. Téngase en cuenta que se retiene el número de personas que efectuaron al mismo tiempo el cambio entre dos viviendas sucesivas, no el de personas que entraron a convivir en la nueva vivienda. Moverse en solitario puede ser también producto de una ruptura de pareja, en que obligatoriamente uno de los dos miembros ha de dejar el domicilio, o de pasar al estado de viudez. Si en estos casos el sujeto se hace acompañar por parte de los miembros del hogar (piénsese en una

madre separada con hijos) el cambio se efectúa con parte del anterior hogar. Por tanto, este tipo de desplazamientos también implica casi siempre transiciones en la dinámica familiar. En cambio, desplazarse en solitario también lo puede hacer una persona que ya vivía sola y continúa viviendo sola en la nueva vivienda.

Si en España y concretamente en nuestro ámbito de estudio es verdad que se minimizan los sucesivos desplazamientos autónomos y que existe una elevada estabilidad residencial de los hogares y si los procesos de disolución de las parejas no son todavía muy elevados, deberemos encontrar una relativamente baja cantidad de cambios de vivienda en que intervienen todos los miembros del hogar. En su mayoría tendrían que ser cambios residenciales de adaptación y no ligados a la dinámica del hogar.

Tabla 6.1. Evolución de la distribución de los movimientos residenciales según miembros del hogar anterior que intervienen. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Año	Todos	Sólo sujeto	Parte del hogar anterior
1982	57,5	39,4	3,1
1983	58,4	35,9	5,8
1984	62,4	31,2	6,4
1985	62,1	32,4	5,5
1986	59,5	34,6	5,9
1987	61,3	32,9	5,8
1988	54,2	41,8	4,1
1989	52,6	42,7	4,8
1990	51,6	44,8	3,5
Total	58,1	36,8	5,1

Fuente: ESD, elaboración propia

Aun así, un 58% de los individuos que se movieron lo hicieron en compañía del hogar en que se encontraba, sin aparente modificación estructural. Un 37% se movió en solitario, un primer indicador de la incidencia de la dinámica familiar en el conjunto de la movilidad residencial. El restante 5% se movió en compañía de parte del hogar, cifra que puede servir a su vez como indicador de la importancia (pequeña) de las rupturas de pareja en el conjunto de la dinámica residencial.

En una ojeada a la evolución durante los ochenta se puede observar (Tabla 6.1), para confirmar nuestras impresiones, que la proporción de personas que se mueven con todo el hogar ha ido disminuyendo pero con un ligero movimiento al alza entre 1984 y 1987. Entre 1987 y 1988 la

participación de este subconjunto cae bruscamente, para proseguir un descenso paulatino. Frente al 58% en el conjunto de la década, en 1990 los desplazamientos en que el sujeto se movía con todo el hogar ha pasado al 51%.

De la misma manera la edad en que se produce el movimiento residencial también está relacionada con el grupo familiar que acompaña al sujeto. Por ejemplo, más del 85% de los movimientos en solitario, es decir, de individuos que partieron solos del hogar de origen (independientemente que tanto en el hogar de origen como en el de destino esté acompañado de otros individuos) corresponde a individuos situados entre los 15 y los 34 años de edad.

Tabla 6.2. Distribución de los movimientos residenciales según miembros del hogar anterior que intervienen por edad del sujeto en el cambio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Edad	Todos	Sólo sujeto	Parte
0-14	89,91	1,12	8,97
15-24	34,78	62,11	3,11
25-34	47,58	47,40	5,02
35-49	78,56	16,67	4,77
50-64	78,05	16,22	5,73
65-74	75,56	17,28	7,16
75 y más	54,37	35,63	10,00
Total	58,06	36,70	5,24

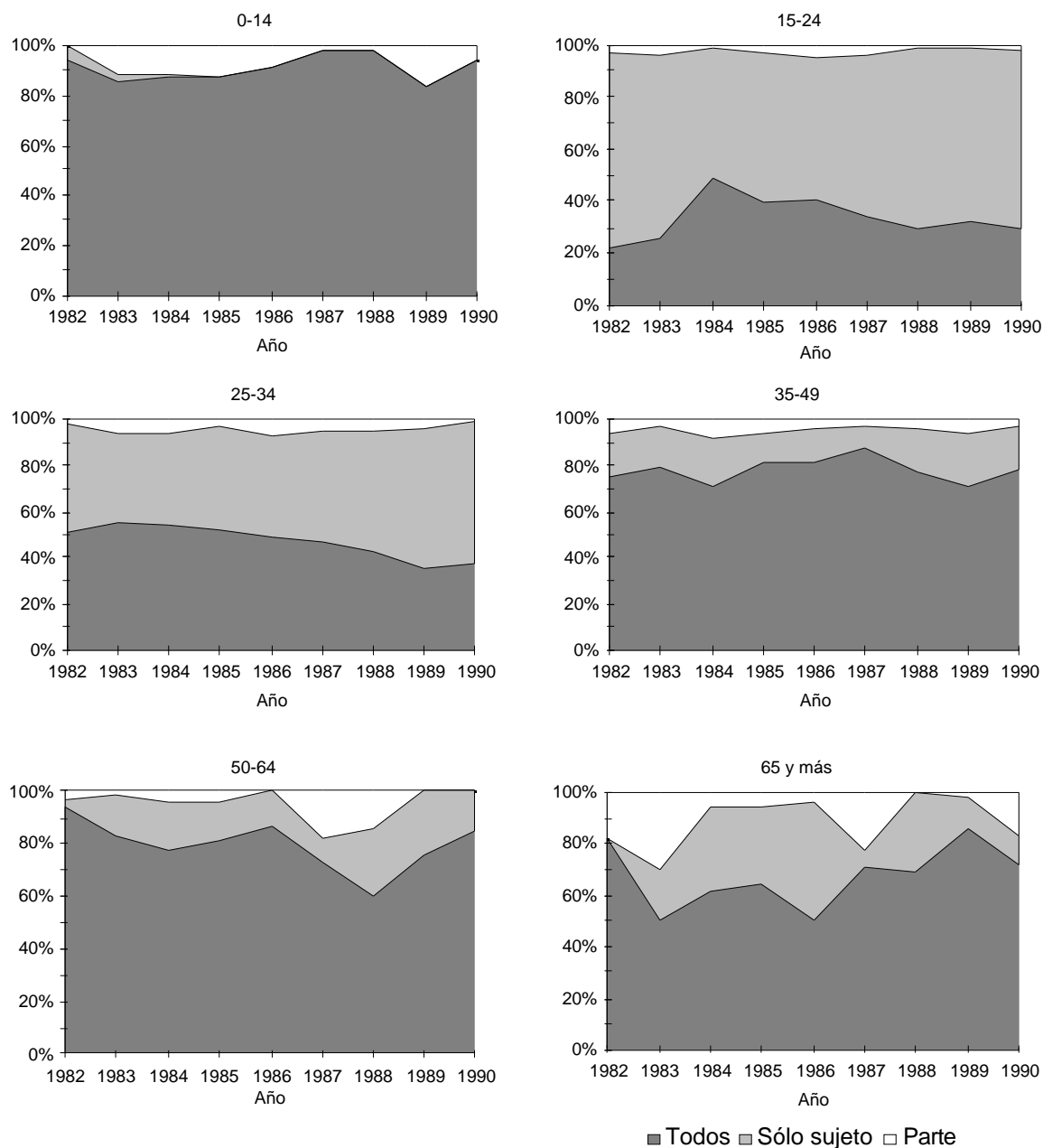
Fuente: ESD, elaboración propia

Si retenemos el dibujo de onda del nivel de movilidad general puede decirse que en los años centrales de la década el aumento de la movilidad residencial se debió a un aumento de las segundas o sucesivas transiciones familiares, movimientos de ajuste residencial para hogares ya formados, lo cual confirma nuestras impresiones obtenidas del análisis por edad. La disminución posterior se debió casi totalmente a la desaparición de la mitad de este subconjunto de movimientos entre 1986 y 1990, es decir, en sólo cinco años.

Un análisis de la evolución de estos tres tipos de desplazamiento por edad nos trae algunas ideas muy interesantes (Gráfico 6.1). La principal de ellas es que se puede afirmar que la reducción de los movimientos residenciales de ajuste con el hogar constituido ha afectado sobre todo a los hogares que se encuentran en las primeras fases de evolución. Mientras que en los primeros años de la década los movimientos en solitario en este segmento de edad eran minoritarios, menos del 40%, al finalizar la década alcanzaban el 60%. Sin embargo, podemos captar mejor esta evolución con las cifras absolutas ya que además se añade la cuestión de la concentración en esta edad de las

emancipaciones: los jóvenes adultos, 25-34 años, que se movieron con todo el hogar alcanzaron los 21.000 en 1986 y eran apenas 9.500, es decir, menos de la mitad en 1990. Hay una reducción de movimientos de ajuste tras la formación de hogar, las emancipaciones residenciales tienden a concentrarse en este grupo de edad, así como se reducen los movimientos residenciales de los hogares en que miembros de esta franja de edad figuran como hijos todavía dependientes.

Gráfico 6.1. Evolución de la distribución de los movimientos residenciales según miembros del hogar anterior que intervienen por edad en el momento del cambio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia

Un análisis detallado del grupo de edad 35-49 permite ver que la participación de los movimientos en que el individuo se mueve solo ha aumentado desde mediados de los ochenta, lo cual, en un contexto de descenso de la movilidad, confirma la reducción de las segundas transiciones también en edades algo más avanzadas.

6.1.1 Coincidencia entre cambios residenciales y transformaciones de hogar durante los años ochenta.

En los ochenta los movimientos de hogares completos tendieron a disminuir. En momentos de crisis la relación entre la dinámica residencial y la dinámica familiar tiende a limitarse al momento de la constitución del hogar. Pasemos a continuación a profundizar en esta interconexión.

En esa década se produjeron más de 1,3 millones de cambios residenciales por parte de los habitantes que en 1991 vivían en la provincia de Barcelona. De esta cantidad un 31% (412 mil) se produjo en coincidencia con una transición de hogar tal como las hemos definido. El restante 69% (913 mil) tuvo lugar cuando el sujeto estaba en una etapa de hogar más o menos estable. No hay diferencias apreciables por sexo en este nivel de agregación.

Vale la pena retener que, como hemos visto detalladamente en apartados anteriores, la mayor parte de las transiciones de hogar en nuestro contexto espacial no son otra cosa que uniones en pareja. De las transiciones familiares que coinciden con un cambio de vivienda el 80% se refieren a emparejamientos, el 78% a primeras uniones y el 67% a emancipaciones directas en pareja. La existencia de un modelo de única transición familiar formando una sola pareja durante toda la vida condiciona el que esa transición aparezca como el único hito importante en las relaciones entre dinámica de hogar y movilidad residencial. Como consecuencia de lo anterior entre los movimientos que no coinciden con transiciones de hogar entre un 77% (mujeres) y un 81% (hombres) son efectuados por personas que están emparejadas.

La influencia de la formación y la permanencia en pareja para explicar la producción de la movilidad es incuestionable. Si sumamos los cambios de vivienda durante la transición de pareja, los cambios de vivienda de los emparejados y los cambios de los que tienen 0-14 años (en su mayoría integrados en hogares con núcleo) conseguimos acumular el 77% de todos los cambios.

Si analizamos por edad (Tabla 6.3) la coincidencia con transición de hogar de los movimientos residenciales nos aparece una pauta lógica: en las edades en que la formación de hogares es mayor esta coincidencia también lo es. El porcentaje más alto se obtiene en el grupo 15-24 con el 55% por

encima del 25-34 con el 41% ya que en este grupo también se acumulan las transiciones residenciales de ajuste. En edades superiores el nivel de coincidencia ronda solamente el 10%.

Tabla 6.3. Proporción (%) de cambios de vivienda que coincide temporalmente con una transición de hogar o pareja según sexo y edad en el momento de la transición y cambio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Edad	Hombres	Mujeres	Total
0-14	0,2	1,6	0,9
15-24	51,3	57,6	54,9
25-34	45,7	35,9	41,2
35-49	15,3	11,7	13,7
50-64	7,8	9,4	8,6
65-74	6,5	15,6	11,5
75 y más	5,1	7,1	6,3
Total	30,9	31,3	31,1
	(666.651)	(658.575)	(1.325.226)

Fuente: ESD, elaboración propia

No todas las transiciones de hogar han de coincidir con un cambio de vivienda. Una de las conclusiones de este estudio es constatar que muchas transiciones de hogar, las básicas tal como las hemos definido en el apartado 5.2, no necesitan de un cambio de vivienda para llevarse a cabo (A partir de los 35 años cuando tiene lugar una transición de hogar la probabilidad de que coincida con un cambio de vivienda es pequeña. La principal transición de hogar en las edades más avanzadas es la viudez, la cual, excepto en casos extremos no tiene por qué acarrear un desplazamiento espacial. Más allá de los cincuenta años de edad menos del 10% de los cambios familiares obliga a replantearse la localización de la residencia.

En la medida en que la transición a viudez afecta menos a los hombres y, por lo tanto, aumenta el peso relativo de las transiciones de formación de pareja, la coincidencia entre movilidad de hogar y residencial se hace mayor: es así en un 57% de los casos, por un 49% en las mujeres.

Tabla 6.4). Las 412 mil transiciones de hogar con cambio residencial son sólo el 53% del total de transiciones de hogar producidas en los ochenta. Por ejemplo, sería de suponer que os jóvenes adultos que inician su ciclo familiar necesitan compaginarlo con un cambio de vivienda, casi siempre la primera vivienda propia. Por ello, es sorprendente el porcentaje de transiciones de hogar que los jóvenes efectúan sin ninguna transición residencial: sólo hay coincidencia en el 65% de las transiciones de hogar del grupo 25-34 y el 69% del 15-24. Es posible que haya problemas en la

recogida de esta información temporalizada por parte de la E.S.D. Seguramente ambos tipos de transiciones, residencial y de hogar, coinciden en una frecuencia algo mayor.

A partir de los 35 años cuando tiene lugar una transición de hogar la probabilidad de que coincida con un cambio de vivienda es pequeña. La principal transición de hogar en las edades más avanzadas es la viudez, la cual, excepto en casos extremos no tiene por qué acarrear un desplazamiento espacial. Más allá de los cincuenta años de edad menos del 10% de los cambios familiares obliga a replantearse la localización de la residencia.

En la medida en que la transición a viudez afecta menos a los hombres y, por lo tanto, aumenta el peso relativo de las transiciones de formación de pareja, la coincidencia entre movilidad de hogar y residencial se hace mayor: es así en un 57% de los casos, por un 49% en las mujeres.

Tabla 6.4. Proporción (%) de transiciones de hogar o pareja que coincide temporalmente con un cambio de vivienda según sexo y edad en el momento de la transición y cambio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Edad	Hombres	Mujeres	Total
0-14	19,4	63,6	49,6
15-24	67,2	69,8	68,7
25-34	67,1	61,7	64,8
35-49	40,3	28,2	34,5
50-64	12,7	6,9	8,6
65-74	8,9	9,6	9,4
75 y más	7,2	7,8	7,6
Total	57,1	49,1	52,7
	(355.918)	(424.946)	(780.864)

Fuente: ESD, elaboración propia

Podemos decir, simplificando, que la dinámica familiar se expresa más en forma de cambios residenciales que viceversa. La movilidad residencial es un instrumento bastante eficaz de la dinámica familiar, pero la mayor parte de los cambios de vivienda no tienen una vinculación directa con un cambio en la estructura de los hogares. Por otra parte, se dibuja una pauta por edades, bastante similar a ambos sexos, en que la coincidencia entre dinámica familiar y dinámica residencial tiende a desvanecerse con la edad. Hasta los catorce años como es lógico solamente existe movilidad residencial ligada a la de los padres sin ninguna implicación en su dinámica de hogar. Al llegar al inicio de su vida autónoma, por un lado la movilidad residencial se produce en buena parte por cambios en la ubicación familiar y por otro buena parte de las transiciones de hogar se han de mediatizar por un desplazamiento de la ubicación de la vivienda habitual. A partir de los 35 años y la finalización de la

Tabla 6.5. Distribución de los cambios de vivienda según la situación de hogar anterior y posterior al cambio de los sujetos por sexo. 1981-1990

HOMBRES		Situación de hogar tras el cambio				
Situación de hogar anterior	Dependiente	Emanc. s/par.	En pareja	Viudo	Sep/div.	Total
Dependiente	25,5%	2,8%	20,5%			48,9%
Emanc. s/par		3,8%	3,5%			7,3%
En pareja			36,5%	0,2%	3,0%	39,7%
Viudo			0,1%	1,4%		1,5%
Separ/Div.			0,7%		1,9%	2,6%
Total	25,5%	6,6%	61,3%	1,6%	4,9%	100,0%

MUJERES		Situación de hogar tras el cambio				
Situación de hogar anterior	Dependiente	Emanc. s/par.	En pareja	Viuda	Sep/div.	Total
Dependiente	22,7%	2,8%	21,3%			46,8%
Emanc. s/par		3,5%	3,3%			6,8%
En pareja			36,6%	1,0%	2,2%	39,7%
Viuda			0,3%	4,0%		4,3%
Separ/Div.			0,3%		2,1%	2,4%
Total	22,7%	6,4%	61,7%	5,0%	4,2%	100,0%

Fuente: ESD, elaboración propia

etapa de creación de nuevos hogares se produce una disociación casi absoluta entre movilidad residencial y movilidad familiar: la primera responde a otras causas no relacionadas con la formación o ruptura de la pareja, la segunda implica la mayoría de las veces un cambio (viudez casi siempre) que no tiene por qué alterar necesariamente la relación del sujeto con la vivienda utilizada.

En la Tabla 6.5 hemos presentado una distribución de los cambios residenciales según la situación de hogar de los individuos antes y después de efectuar el cambio. La distribución es consecuencia tanto de la concentración de movimientos en las primeras fases, especialmente la constitución de la pareja, como de la estabilidad de los itinerarios familiares y, concretamente, de las uniones constituidas en primer lugar. Todo ello provoca que la mayor parte de los cambios se relacionen con la transición desde una situación de dependencia familiar a otra en que se es parte de una pareja independiente o estén producidos por hogares consolidados con un núcleo de pareja, lo que explica la importancia tanto del estado de en pareja como el estado de dependiente (hijos). En una visión dinámica, puede decirse que la movilidad residencial vehicula el aumento de individuos en situación de pareja y la disminución de individuos en situación de dependencia familiar.

El resto de transiciones de hogar tienen poca influencia en el sistema de movilidad residencial que estudiamos, paralelamente a la poca incidencia de la divorcialidad y la estabilidad residencial relacionada con la viudez. Sin embargo, destaca que hay más movimientos residenciales ligados a transiciones de emancipado sin pareja a en pareja que de entrada al estado de emancipado sin pareja.

Lo que nos hace pensar en la gran proporción de emancipaciones de este tipo en que no hay necesidad de un cambio de vivienda: por ejemplo, en relación con la mortalidad de los padres.

6.2 Las tasas de movilidad según transiciones y estados de hogar, sexo y edad.

6.2.1 Tasas de movilidad según la estabilidad o no de hogar.

El porcentaje de transiciones de hogar que coincide temporalmente con un traslado de la vivienda habitual, puede ser considerado como una tasa específica de movilidad. Recordemos que se dibujaría una curva cuyo máximo se encontraría en las edades centrales de formación de hogar (A partir de los 35 años cuando tiene lugar una transición de hogar la probabilidad de que coincida con un cambio de vivienda es pequeña. La principal transición de hogar en las edades más avanzadas es la viudez, la cual, excepto en casos extremos no tiene por qué acarrear un desplazamiento espacial. Más allá de los cincuenta años de edad menos del 10% de los cambios familiares obliga a replantearse la localización de la residencia.

En la medida en que la transición a viudez afecta menos a los hombres y, por lo tanto, aumenta el peso relativo de las transiciones de formación de pareja, la coincidencia entre movilidad de hogar y residencial se hace mayor: es así en un 57% de los casos, por un 49% en las mujeres.

Tabla 6.4). A partir de los cincuenta años la movilidad residencial ligada a los cambios familiares sería escasa. La máxima diferencia entre hombres y mujeres se encuentra en el grupo 35-49. Los hombres son más móviles cuando realizan una transición de hogar que las mujeres (40,3% por 28,2%). Esto se debe no sólo a la diferente composición de las transiciones de hogar, sino también a la mayor propensión de los hombres a realizar un desplazamiento en un evento de este tipo. En este tema nos introduciremos en los siguientes párrafos.

Como ya sabemos, la movilidad de las personas que no efectúan ninguna transición de hogar (la inmensa mayoría año tras año) es muy baja (Tabla 6.6). Naturalmente es inferior a la del conjunto de la población ya que en este caso se incluyen también a los que padecen transiciones de pareja. La tasa de movilidad del subconjunto estable familiarmente es del 2,5%. No he sabido obtener ningún dato comparable en el repaso de la bibliografía sobre el tema. Ahora bien, supongo que esta cifra sigue estando situada en el límite inferior de lo que sería normal en nuestro contexto europeo y occidental. En el resto de países los movimientos de ajuste de las condiciones de calidad y tenencia de la vivienda son bastante numerosos: a diferencia de lo que es normal en nuestro contexto, la transición de vivienda en bloque multifamiliar a vivienda unifamiliar o la de vivienda en alquiler a vivienda en propiedad están bastante extendidas. En estos casos sí se puede hablar de un verdadero

ciclo residencial. Aunque el tratamiento de las condiciones del mercado de la vivienda no es un objetivo primario de la presente tesis, indudablemente hay que ir haciendo referencias más o menos puntuales a esta cuestión. Una idea cabe exponer aquí: la falta de variabilidad de la oferta residencial la cual se concentra en un tipo de vivienda en propiedad y extremadamente cara limita por una parte el primer acceso mediante un retraso del mismo y por otra, precisamente por la forzada calidad y estabilidad de la primera vivienda, desincentiva los tradicionales movimientos de ajuste posteriores, que son norma en el norte de Europa o en los Estados Unidos.

Tabla 6.6. Tasas específicas de movilidad residencial de la población que no experimenta ninguna transición de hogar o pareja por sexo y edad. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Edad	Hombres	Mujeres	Total
0-14	3,1	3,0	3,0
15-24	2,3	2,9	2,6
25-34	4,5	4,4	4,5
35-49	2,5	2,1	2,3
50-64	1,2	1,1	1,1
65-74	1,6	1,2	1,4
75 y más	2,3	1,5	1,8
Total	2,6	2,5	2,5

Fuente: ESD, elaboración propia

Rayando los límites de la significación estadística hemos detectado una mayor movilidad de los hombres en situación de estabilidad de hogar. Esto es debido, marginalmente, a que los hombres se encuentran con mayor frecuencia en otros estados diferentes al de pareja, los cuales, sobre todo el de divorciado/separado, conducen a una mayor inseguridad residencial.

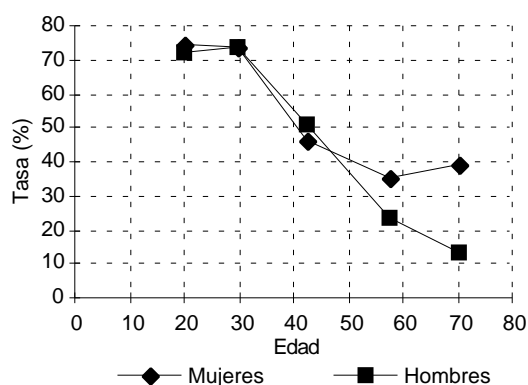
Los años posteriores a una transición de hogar son por lo general residencialmente más estables. De esta manera se explica que los adultos jóvenes en torno a los treinta años que no realizan ninguna transición de hogar tengan una movilidad residencial dos puntos porcentuales por encima del conjunto de la población. Conforme se incrementa la distancia temporal con el momento en que se ha formado el hogar autónomo y han nacido los hijos, tema este que retomaremos en el apartado 3.6.3, la probabilidad de que se efectúe un cambio residencial disminuye. La etapa 50-64 vuelve a aparecer, también ahora y como era de esperar, como la más inmóvil de todo el arco de edades. Las personas de más de 65 años ven, sin embargo, algo enturbiada esta situación de calma debido a las distorsiones que se introduce por el aumento de las disoluciones de pareja.

Nuestra población es residencialmente muy estable. El ciclo familiar se limita a la primera formación de pareja y suele expresarse en forma de movimiento residencial. La mayor parte del tiempo la población se encuentra en situaciones de estabilidad de hogar o pareja que conducen a una casi desaparición de la movilidad residencial. Con estas dos ideas claras podemos avanzar un paso más. Introduciremos ahora el análisis pormenorizado de las proporciones de sujetos que se mueven cuando pasan por distintas transiciones de hogar o están en diferentes estados de pareja en función del sexo y de la edad según las condiciones agregadas de la década de los ochenta.

6.2.2 Movilidad residencial y formación de pareja.

Más del 90% de una generación ficticia de nuestro ámbito acabaría por formar pareja de mantenerse las condiciones de los ochenta. Esta transición es la que permite la formación de nuevas familias que mayoritariamente adoptan como marco una vivienda independiente de la de los progenitores de ambos miembros de la pareja. Sin embargo, esta simplificación es sólo válida, y con matices, para los que se emparejan en edades jóvenes. Decimos con matices porque el porcentaje de coincidencia entre inicios de unión en pareja y cambios residenciales nos parece bajo. Creemos que parte de las coincidencias no están bien recogidas y en la encuesta se recogen años adyacentes, pero distintos y, por tanto, no coincidentes según nuestra metodología de aproximación, en algunos casos en que realmente emparejamiento y cambio residencial se realizaron al unísono.

Gráfico 6.2. Tasas de movilidad residencial de los que entran a vivir en pareja por edad en la unión y sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

Entre los 20 y los 35 años de edad, es decir, cuando tienen lugar la mayoría de los emparejamientos la proporción que realiza un cambio de vivienda en coincidencia temporal (Gráfico 6.2) es de casi el 70%, algo menor antes de cumplir los 25 años. Parece, contando con que la mayor

parte de ellos vivían con anterioridad en casa de los padres, que el porcentaje es algo bajo. Sin embargo, a este nivel no existen diferencias apreciables entre hombres y mujeres. Con todo, se trata de la transición de hogar que implica más movilidad residencial. A partir de los 34 años la participación de primeras uniones va disminuyendo lo que explicaría en buena parte la reducción de las tasas de movilidad en esas edades: aun así entre los 35 y 49 años casi la mitad de los que forman uniones se mueven, ya que como mínimo uno de los dos miembros tiene que desplazarse. A partir de los cincuenta años la movilidad residencial en conexión con la formación de pareja disminuye bastante y divergen los comportamientos de hombres y de mujeres: estas últimas se ven impelidas a desplazarse en un tercio de las ocasiones en que forman este tipo de uniones tardías. En las edades viejas los hombres apenas se desplazan cuando vuelven a unirse: lo hacen desde situaciones de mayor estabilidad, entre otras de tipo residencial.

Cuatro son las maneras de acceder a la situación de en unión: desde una situación de dependencia (unión clásica), desde una situación de emancipado sin pareja, desde la viudez y desde el estado de separado o divorciado (Tabla 6.7). La primera vía, la mayoritaria, ofrece unas tasas de movilidad en consecuencia muy similares a las que acabamos de describir. El porcentaje de coincidencia entre los jóvenes es superior y ronda el 80% entre los 25 y 34 años, la edad clave en este tipo de transición. ¿Qué hace el restante 20%? ¿Forma pareja en el domicilio de los padres? Si fuera así en todo ese margen del 20% seguramente debería aparecer algún sesgo por sexo. No es así, lo cual me induce a pensar que buena parte se debe a errores en la recogida de la información o a mala memoria de los entrevistados. Asumiré el 80% como si fuese prácticamente el 100% de los casos. En favor de esta opción concurre que en el tramo 15-24, quizá el más propicio para estas uniones en el domicilio paterno, la tasa de movilidad apenas varía. En el grupo 35-49 hay una pequeña disminución de la movilidad residencial achacable sin duda a que en esta edad la dependencia del hijo a menudo se convierte en dependencia del progenitor respecto del hijo presente, el cual cuando eventualmente forma pareja puede optar por permanecer en el mismo domicilio.

En el resto de transiciones, por no hablar de los estados de pareja, no se alcanza nunca una tal correspondencia con los cambios residenciales. La transición Emancipado sin Pareja-Pareja es la que acarrea más movilidad después de la transición Dependiente-Pareja. Más de la mitad van a vivir a otro alojamiento en el mismo momento en que forman pareja. La diferencia de nivel con la transición anterior se explicaría sencillamente porque el que está emancipado sin pareja en principio tiene altas probabilidades de contar con vivienda propia, vivienda que puede servir para iniciar la nueva unión. Esta opción es más seguida por los hombres lo que explica que su tasa de movilidad apenas supere el 50%, mientras que la de las mujeres supera el 60%, siempre antes de los 35 años de edad. ¿Están las mujeres emancipadas y que forman pareja en situaciones residenciales inestables: vivienda

Tabla 6.7. Tasas de movilidad residencial de los que se emparejan según sexo y situación de pareja anterior por edad en el año de la transición. Provincia de Barcelona, 1982-1990

Edad	Ambos sexos					Hombres					Mujeres				
	Dep	ESP	Viud	S/D	Tot	Dep	ESP	Viud	S/D	Tot	Dep	ESP	Viud	S/D	Tot
15-24	76,7	58,4	---	28,7	73,8	76,9	46,4	---	---	71,8	76,6	67,7	---	28,7	75,0
25-34	80,5	56,7	68,3	29,6	73,4	80,6	54,8	---	31,7	73,4	80,4	60,0	---	27,6	73,3
35-49	76,1	47,7	15,5	32,5	49,5	78,5	42,8	24,1	42,9	51,0	72,3	62,8	---	6,9	46,1
50-64	---	---	47,5	27,8	27,9	---	---	25,0	33,3	23,6	---	---	68,3	---	35,3
65-74	---	---	21,6	34,7	21,3	---	---	---	---	34,7	---	---	39,2	---	39,2
Total	78,3	54,7	33,1	30,6	71,2	79,0	48,7	15,6	36,9	69,6	77,8	62,7	52,8	21,8	72,9

Fuente: ESD, elaboración propia

compartida, tenencia en alquiler, etc.? ¿Las parejas que forman las mujeres son de un tipo más estable, “formal”, lo que exigiría la búsqueda previa de una vivienda adecuada? Son preguntas que dejamos aquí un poco en el aire

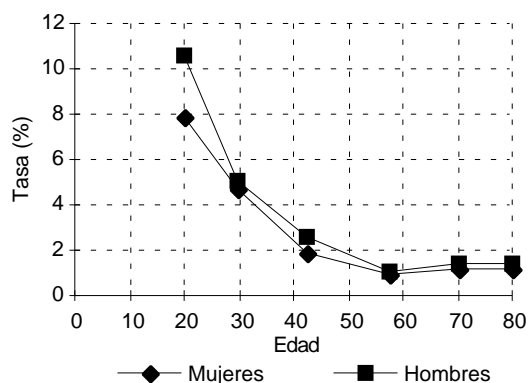
6.2.3 La movilidad residencial de los hogares con un núcleo de pareja.

La entrada en una situación estable sin transiciones reduce la movilidad residencial de los hogares. La mejor manera de verlo es medir el nivel de movilidad en diferentes duraciones a partir del momento de la transición. Nos dedicaremos en el apartado 6.4.2. Aquí efectuaremos un comentario de otra manera de ver la cuestión también interesante, las tasas de movilidad por edad de los que conviven en pareja.

Las parejas de jóvenes tienen una alta movilidad residencial. Influye sobre todo la cercanía respecto al momento del inicio de la vida en común en la mayoría de los casos. Por tanto, estas parejas están todavía en una fase de adaptación respecto a la vivienda. Sin embargo la edad también influye porque hay una diferencia significativa en los niveles de movilidad entre los que están en pareja en el grupo 15-24 y el 25-34 cuando en ambos la proporción de parejas recientes es muy elevada. En los primeros la tasa de movilidad es del orden del 8-10%, por encima de la media de la población y muy por encima del resto de personas en pareja. Esta elevada movilidad en parte puede explicarse por movimientos residenciales diferidos y no efectuados en el momento del inicio de la convivencia; por ejemplo, porque la vida en pareja empezó en casa de los padres de uno de los miembros. Obsérvese que las tasas de movilidad de este grupo en la formación de pareja son algo más bajas que las del grupo 25-34 lo que vendría a corroborar lo que estamos diciendo. Otra parte de los que viven en

pareja siendo tan jóvenes, para nuestros estándares, lo harán en condiciones residenciales provisionales o de mala calidad.

Gráfico 6.3. Tasas de movilidad residencial de los que habitan en unión de pareja según edad y sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia

Conforme aumenta la edad de los que están en pareja disminuye intensamente su nivel de movilidad residencial. La edad es directamente proporcional a la duración de la pareja. Aunque vivir en pareja fomenta la estabilidad residencial, ésta se adquiere sobre todo cuando pasan algunos años. Entre medias queda para algunos encontrar una vivienda que reúna todos los requisitos buscados y que se pueda adquirir, regular las relaciones entre el número de hijos y el tipo de vivienda, etc. A partir de los 50 años la movilidad residencial es casi nula. Un apunte interesante cabe insertar aquí. En diversos estudios sobre la movilidad residencial en otros países, sobre todo los anglosajones, y especialmente los que intentaban formular un ciclo de vida residencial que concordase con un ciclo de vida familiar normativo, se incluía una transición residencial coincidente con el momento en que el hogar pasaba a la categoría de “nido vacío”; se adaptaba así la pareja a una reducción de sus necesidades de espacio, incluso había un cambio de vecindario. Parece que en nuestro caso podemos descartar la importancia de esta transición. Por último cabe señalar que continuar en pareja en las edades viejas y muy viejas aparece como una garantía de estabilidad residencial.

6.2.4 La movilidad de los emancipados sin coresidir en pareja.

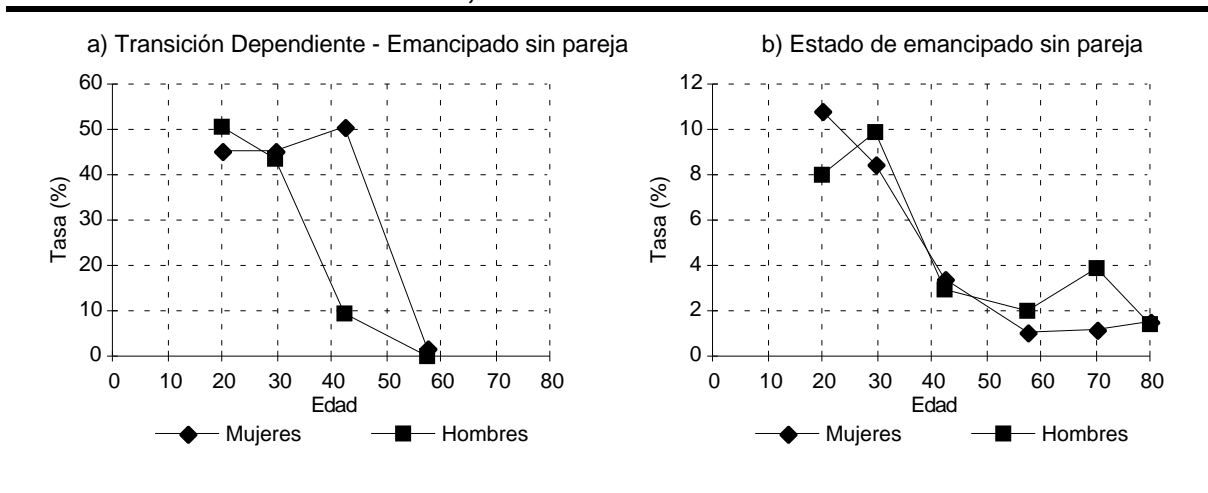
Una parte de la respuesta, aunque quizá no a las preguntas formuladas, pueda encontrarse si estudiamos cómo se comportan residencialmente los que no se emancipan formando pareja (Gráfico 6.4). Para las mujeres entre 15 y 49 años y para los hombres entre 15 y 34 años este tipo de emancipación necesita un cambio de vivienda en menos del 50% de los casos. Aunque aceptemos

que esta cifra está subestimada nos indica que el fin de la convivencia con los padres sin formar pareja combina elementos de las nuevas trayectorias familiares y de antiguas situaciones de crisis familiar al intervenir la mortalidad de los miembros del hogar. Esta segunda vía aflora en su totalidad en las edades avanzadas: prácticamente nadie que deja de vivir con sus padres a partir de los 50 años tienen necesidad de realizar una transición residencial.

Los que se emancipan sin pareja en edades jóvenes no responden siempre a una marcha del domicilio de los padres. La emancipación definida en este estudio como el fin de la convivencia con ambos padres se convierte en muchos casos en señal de la presencia de una orfandad tardía. Este carácter se acentúa con la edad.

El perfil por edad de las tasas de los que están emancipados sin pareja se parece bastante al de los que están con pareja, aunque el nivel es siempre algo superior. Esto es señal inequívoca de que las variaciones registradas en uno y otro estado dependen de manera directa de la edad en que se encuentra el sujeto, pero que estar en pareja aporta un grado mayor de estabilidad. Antes de los 35 años el nivel de movilidad ronda el 10% anual y desciende en edades posteriores hasta estabilizarse alrededor del 2% anual. No existen diferencias esenciales entre sexos lo que interpreto como que en los emancipados sin pareja las condiciones y significados añadidos tienden a ser semejantes.

Gráfico 6.4. Tasas de movilidad residencial vinculadas con la emancipación sin pareja. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

No pasa así con el resto de estados y parejas. Nuestro análisis no sólo destacará la influencia de la edad sino que dejará de manifiesto lo diferente de las consecuencias residenciales para hombres y mujeres de las etapas que siguen a la disolución de una pareja.

6.2.5 Separación y divorcio, mayor inestabilidad residencial masculina.

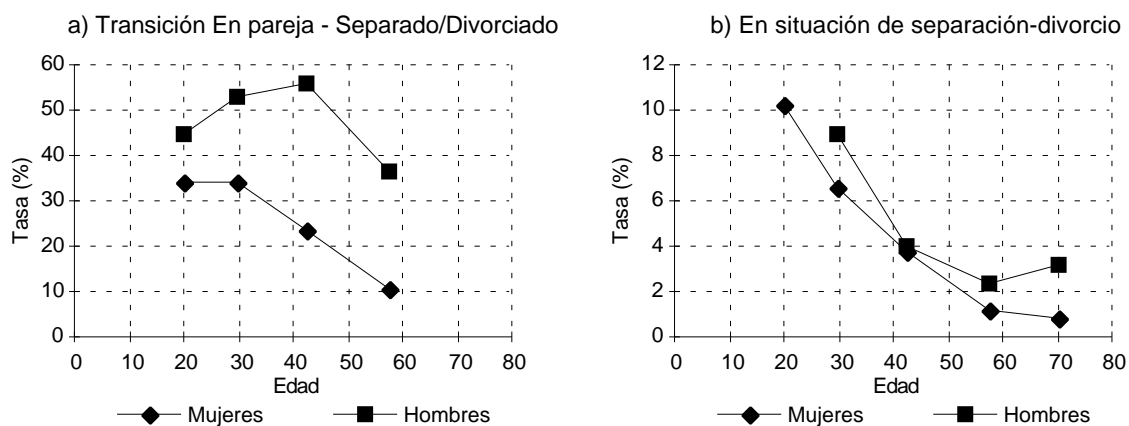
La movilidad residencial ligada con la separación y el divorcio presenta diversos puntos de interés. Primero, las transiciones de entrada y de salida en este estado determinan, por lógica, la necesidad de un movimiento residencial de al menos uno de los miembros de las parejas, la que se disuelve y la que vuelve a formarse. La presencia en la trayectoria de hogar de un individuo de alguna de estas transiciones impulsa su experiencia residencial. La extensión de la separación y el divorcio, tanto en números absolutos como en proyección sintética, era limitada. Sin embargo, es previsible que desde entonces su impacto haya ido y vaya en aumento. Es un factor, por lo tanto, que facilitará el aumento de la movilidad residencial de la población, pero de una manera sesgada por cuanto existe una fuerte desigualdad por sexo.

Efectivamente, lo primero que llama la atención de las tasas de movilidad residencial de los que se separan o divorcian es la sobremasculinidad (Gráfico 6.5). En todas las edades la movilidad de los hombres es superior y llega a doblar a la de las mujeres. Se puede concluir con seguridad que la disolución de la pareja implica la estabilidad, al menos residencial, de la mujer y la necesidad del hombre de buscar un nuevo lugar para residir. Esta inestabilidad puede observarse de dos maneras: por el tipo de convivencia que se establece en la nueva vivienda y por el tipo de tenencia.

Los hombres, en las edades centrales, las más significativas, superan siempre el 35% y alcanzan el máximo entre los 25 y los 50 años en que la tasa supera el 50%. Hay que tener en cuenta que es posible que la coincidencia no sea mayor porque se considere como fecha de disolución de la pareja la del reconocimiento legal de la separación o divorcio en vez de la del fin efectivo de la convivencia en una misma vivienda. La movilidad de las mujeres, más baja, alcanza su máximo en el primer grupo 15-24. Las parejas prematuras se forman en peores condiciones residenciales que no garantizan la estabilidad de la mujer que se separa. Estará obligada en mayor medida a buscar un alojamiento más accesible o a volver, por ejemplo, a una situación de dependencia residencial con los padres. En edades superiores se consolida la pauta por la que la disolución de la pareja acarrea la permanencia de la mujer en la vivienda que era compartida: así sólo el 10% de las mujeres en esta transición tras los 50 años de edad sienten la necesidad de irse de su vivienda.

La forma de la curva de movilidad por edad de los separados y divorciados (en la etapa posterior a la transición, Gráfico 6.5b) no se aleja mucho de la que hemos comentado para los que permanecen casados. Sin embargo, toda la curva está retrasada respecto ésta última, especialmente la de los hombres. Es decir, los separados y divorciados de 25-34 años se mueven con parecida intensidad que los emparejados entre 15 y 24 años. Y así sucesivamente hasta llegar a los sesenta años en que prácticamente se igualan los niveles. La inestabilidad residencial está relacionada con la duración desde el momento de la transición, como veremos también más adelante.

Gráfico 6.5. Tasas de movilidad residencial vinculadas a separación o divorcio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia

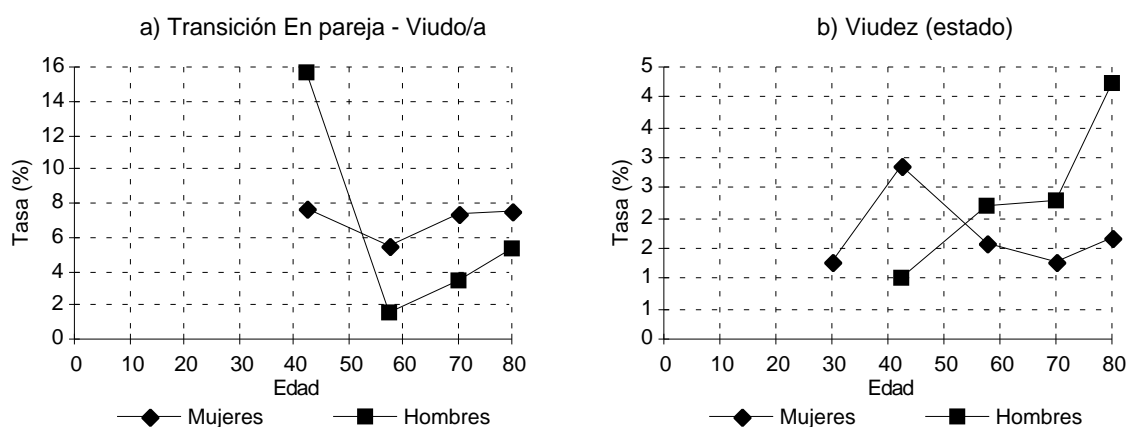
Existe, sin embargo, una ligera sobremasculinidad de la movilidad en esta situación de pareja. La mujer separada y divorciada se queda en un mayor número de casos con la vivienda de la pareja y el hombre realiza una transición a una nueva vivienda que a menudo no es la definitiva: puede que en primer lugar vuelva a casa de padres u otros familiares, puede que en primer lugar acceda a una vivienda provisional en alquiler, etc.

Dijimos que los hombres volvían a formar pareja con mayor frecuencia que las mujeres tras una separación o divorcio. Y es un motivo de cambio residencial para buena parte de estos individuos: el porcentaje de hombres que cambian de vivienda en ese instante es superior al 30% en todas las edades. Esto deja de manifiesto que la vivienda elegida durante el periodo en que se ha vivido sin pareja no reunía a menudo las condiciones para reiniciar una vida en pareja, ya sea por la calidad, la tenencia o, también, por ser la de los padres u otros parientes. La mujer en las pocas veces que puede reorientar su vida en pareja aparentemente ofrece su vivienda como localización, aunque sea provisional, de la nueva unión, sobre todo en edades avanzadas. Todo el ciclo de separación/divorcio, estancia en esta fase y eventual vuelta a una unión implica un elevado coste en términos de inestabilidad residencial para el hombre y no tanto para la mujer. Seguramente el hombre está en mejores condiciones económicas para poder permitirse dicha inestabilidad, en la mujer a veces la estabilidad sería para muchas también sinónimo de estancamiento.

6.2.6 La viudez, de nuevo los hombres se mueven más.

Cuando un sujeto enviuda se ve afectada su situación residencial en un nivel significativamente superior a si hubiese continuado en pareja. A todas las edades y en ambos sexos las tasas de movilidad en el preciso año en que enviudan son superiores. La viudez es en muchas ocasiones una transición no prevista, sorprendente, por lo que los movimientos residenciales que se efectúan coincidiendo con esta transición son en su mayoría no planificados, son una respuesta residencial rápida a un cambio repentino de las condiciones de vida. En el Gráfico 6.6a se han recogido las tasas de los que enviudan después de los treinta y cinco años ya que entre los jóvenes hay pocos casos. Hombres y mujeres tienen comportamientos muy diferenciados. Las tasas femeninas por edad se muestran muy estables alrededor del nivel 6-7%, con una ligera inflexión en forma de U que denota la influencia del substrato de comportamiento residencial general por edad. Sin embargo, en los hombres esta forma de la curva es muy acusada. Los que enviudan antes de los 50 años se mueven en una alta proporción, el 16%. Está claro que la viudez de un hombre relativamente joven es, todavía, un acontecimiento que le rompe mucho más los esquemas vitales que a una mujer.

Gráfico 6.6. **Tasas de movilidad residencial vinculadas con la viudez. Provincia de Barcelona, 1982-1990**



Fuente: ESD, elaboración propia

Sin embargo, entre los 50 y los 75 años las tasas de movilidad masculina de los que enviudan caen por debajo de las de las mujeres, hasta un nivel cercano al de los que continúan en pareja, el 2-3%. Varios factores intervienen aquí: la mayor estabilidad económica de los hombres (seguirían cobrando o su sueldo o su pensión completa de jubilación) que les permitiría proseguir con más comodidad su autonomía residencial; la menor predisposición, quizá, a aceptar a un progenitor masculino a corresidir en el hogar de alguno de los hijos. A partir de los 75 años las tasas tienden a igualarse a la de las mujeres.

Una vez pasada la sorpresa de la viudez en la que el sujeto se replantea su situación residencial y actúa incrementando la movilidad que en otro caso hubiese sido normal para su edad, no parece que la condición de ser viudo afecte en demasía las propensiones a cambiar de vivienda en relación con los que, por ejemplo, siguen en pareja. Las tasas masculinas y femeninas se mueven ambas entre 1-3%. Solamente entre los viudos de más de 75 años aumentan los cambios de vivienda. Se trata sin duda de un grupo especialmente frágil: los hombres de esas edades están en condiciones de salud significativamente peores que las mujeres. Esta fragilidad se proyectaría sobre la estabilidad residencial de estos hombres, que tienden a buscar apoyo en la vivienda de familiares u otros próximos

Haremos una rápida mención a la movilidad de los viudos que forman pareja. Son pocos y la significación estadística peligra. Las mujeres realizan con mayor frecuencia un cambio de vivienda asociado a esta transición, sobre todo en el grupo 50-64 años, aunque el nivel de movilidad de los hombres de esta edad también es elevado. Posteriormente la necesidad, o el deseo, de cambiar de vivienda es menor.

6.2.7 El comportamiento residencial en relación con la dinámica de hogar según el lugar de residencia.

Para concluir este gran apartado sobre las interrelaciones entre dinámica de hogar, edad y sexo nos ha parecido oportuno comparar las grandes tasas (de cada transición o estado familiar) de los residentes en los distintos tipos de municipio (Tabla 6.8). No realizaremos la desagregación por edad y sexo porque las conclusiones no serían en absoluto fiables. Incluso, para el pequeño análisis realizado aquí hemos agrupado todos los municipios menores de 20 mil habitantes.

Los municipios más pequeños destacan por la elevada movilidad residencial en coincidencia con una transición de viudez y, en general, la movilidad ligada a la viudez es más elevada que en el conjunto. En los municipios pequeños la viudez quizá provoque una sensación mayor de aislamiento de la red de apoyo familiar y para evitarlo una solución es cambiar de vivienda. En los municipios intermedios también se aprecia esta mayor sensibilidad residencial en relación con la viudez, pero también con la divorcialidad. En los grandes municipios de la segunda corona la unión en pareja tiende a coincidir más veces con un cambio residencial, quizá en relación con la mayor facilidad de acceso a una primera vivienda en estos municipios periféricos. Por contra, los grandes municipios contiguos a Barcelona parece que recurren más a soluciones provisionales que entorpecen la coincidencia entre estos dos eventos. En estos municipios hay que destacar además la mayor propensión a efectuar un cambio de vivienda cuando la pareja se disuelve: afloraría en estas ocasiones la mayor inestabilidad de

la tenencia y la fragilidad de los recursos económicos de uno y otro miembro. Barcelona, se sitúa en posiciones intermedias. Sólo adopta posiciones extremas, aunque dentro de un comportamiento común, en la menor movilidad residencial de los hogares consolidados con pareja y de los que ya están separados o divorciados.

Tabla 6.8. Tasas (%) de movilidad residencial según dinámica de hogar por tamaño del municipio de residencia anterior al cambio.

Situación anterior de hogar	>20 mil h.	20-100 mil h.	>100 mil h. 2a. corona	>100 mil h. 1a. corona	Barcelona	Total
Dependiente	2,5	2,1	2,6	1,5	1,9	2,1
Emanc. s/par.	5,4	6,0	6,6	4,1	5,8	5,7
Trans. pareja	68,8	69,8	76,2	67,4	71,4	70,6
En pareja	2,6	2,5	2,4	2,1	2,1	2,3
Tr.div/sep.	33,1	44,5	23,2	57,5	34,6	36,9
Estado sep/div.	3,7	3,2	4,6	3,1	3,1	3,3
Tr. viudez	10,5	7,5	4,9	1,4	4,6	5,8
Viudo/a	3,1	1,4	1,7	1,1	1,4	1,7

Fuente: ESD, elaboración propia

Debido a esta ausencia de grandes diferencias territoriales, hemos creído oportuno realizar el análisis más detallado de la interrelación entre itinerarios familiares y residenciales considerando el comportamiento común.

6.3 Análisis de la movilidad residencial en función de la dinámica familiar.

6.3.1 Cómo se ha introducido la dimensión familiar en el análisis demográfico de la movilidad.

De igual manera que calculamos un índice de movilidad residencial sintético a partir de las tasas de movilidad por edad, hemos calculado un índice sintético por transiciones y situaciones de pareja a partir de las tasas de movilidad residencial por edad y condición familiar que se acaban de analizar. La interpretación aunque algo más compleja es también de fácil comprensión. Hemos descompuesto el índice sintético en movimientos producidos en cada estado de pareja y con ocasión de cada transición de pareja efectuada. Adicionalmente se puede detallar también por la edad por lo que el índice sintético de movilidad residencial se puede interpretar como aquel número de cambios de vivienda que efectuaría un individuo desde su nacimiento si durante toda su vida experimentase las tasas de movilidad residencial por edad y recorriese el itinerario de pareja agregado de toda la población, existentes en los años ochenta en la provincia de Barcelona.

Hemos realizado diferentes cálculos que iremos presentando en los siguientes párrafos. La primera fase ha sido sencillamente descomponer los índices sintéticos de movilidad residencial de hombres y de mujeres en función de sus respectivos comportamientos sintéticos de pareja. En una segunda fase hemos estandarizado los índices en función del comportamiento de pareja tomando como comportamiento estándar el medio entre ambos sexos. En este caso existe una doble estandarización: el de la estructura por edad y el del comportamiento de pareja, de tal manera que el índice resume sólo las propensiones de movilidad en cada estado o transición de pareja y excluye el distinto peso obtenido por sexo de cada estado o transición. En una tercera fase hemos calculado los indicadores anteriores no para el total de la década sino para los tres períodos utilizados en el cálculo de los indicadores de dinámica de hogar: 1982-84, 1985-87 y 1988-90. El cuarto nivel de profundización del análisis ha consistido en calcular los índices sintéticos de movilidad residencial de los itinerarios familiares más concurridos por ambos sexos, los calculados en el apartado 5.3.4. Para ello se han estimado unas edades medias de realización de las diferentes transiciones de hogar por lo que el itinerario abstracto se ha concretado en algo. Considerando las tasas de movilidad por edad y situación-transición de pareja se han calculado los índices de movilidad de cada trayectoria.

Tan interesante como disponer de este conjunto sistematizado de índices sintéticos de movilidad residencial por sexo es analizar su descomposición por las dos dimensiones tratadas: la edad y la dinámica familiar. Hemos retenido ante todo el siguiente esquema de descomposición: movimientos efectuados en situación de dependencia (pero sólo hasta los 35 años) y en situación de autonomía familiar, el resto. Los movimientos autónomos han sido divididos a su vez en movimientos efectuados durante transiciones de pareja y en períodos de estabilidad de hogar. Adicionalmente hemos separado los movimientos autónomos realizados antes de cumplir los 35 años de edad de los realizados una vez superado este umbral. Naturalmente se mantiene la convención de que tanto hombres como mujeres solamente mueren al alcanzar los 85 años de vida.

El último nivel de descomposición implica el detalle de los movimientos que se realizarían en cada situación (5) y transición de hogar (7) por los 7 grupos de edad escogidos. Es decir, en el caso extremo podemos fraccionar los 2,79 y los 2,69 cambios de hombres y mujeres en 84 cifras parciales.

6.3.2 Descomposición de la movilidad según grado de autonomía, coincidencia con la dinámica familiar y edad.

La exploración en profundidad de la movilidad residencial por los dos planos considerados, edad y dinámica familiar, nos podría ocupar, bastante espacio si nos adentramos y perdemos en vericuetos descriptivos. Es mejor centrarse de momento en tres aspectos cruciales para categorizar la

historia residencial del individuo: involucración en la decisión, dependencia de la dinámica familiar y distribución por edad.

En primer lugar, cabría distinguir los movimientos en que el individuo toma parte del proceso de decisión respecto de aquellos en que la decisión es adoptada por otros. He adoptado un criterio desde la información de dinámica familiar, en vez de entrar en los problemas que plantean la información sobre motivación. De esta manera, considero como movimientos no autónomos aquellos producidos cuando el individuo vive todavía con sus padres, está en situación de dependencia, y no ha superado los 35 años de edad. Considero como autónomos el resto de movimientos residenciales, producidos en solitario, en el seno de una pareja o cuando el individuo se encuentra en otras situaciones que no sean de dependencia juvenil.

La verdadera historia residencial se inicia con su emancipación residencial. A partir de este momento sus condiciones personales en el hogar donde se inserta influyen en el movimiento y es él el que decide la realización, el momento y la localización de la nueva vivienda, así como la tenencia, tamaño y otras características de la nueva vivienda. El sujeto es responsable de acuerdo o en negociación con los otros miembros del hogar, especialmente el otro miembro de la pareja en su caso. Como estamos realizando un examen sintético de la movilidad podemos considerar que los cambios de vivienda que el sujeto realiza en situación de dependencia son los que realizará en compañía de sus propios hijos. Este método supone la reproducción en el tiempo de los mismos comportamientos en generaciones ficticias que, en este caso, hago transmitir a las generaciones descendientes.

Tabla 6.9. Descomposición del índice sintético de movilidad residencial según autonomía de hogar, relación con la dinámica de hogar y edad en el cambio. Análisis transversal. Provincia de Barcelona

	Hombres	Mujeres
ISM	2,79	2,69
Dependiente	0,66	0,61
En hogar autónomo	2,13	2,08
Mov. autónomos en transición de hogar	0,83	0,88
Mov. autónomos sin transición de hogar	1,30	1,21
Autónomo <35 años	1,14	1,27
Autónomo >35 años	0,99	0,82

Fuente: ESD, elaboración propia

Tanto mujeres como hombres realizarían poco más de dos movimientos autónomos desde que deciden emanciparse del hogar inicial de los padres hasta su hipotética muerte a los 85 años (Tabla 6.9). Desde el nacimiento hasta su emancipación se habrían producido 0,6 movimientos. La gran

estabilidad residencial de la convivencia en pareja se traslada lógicamente a sus hijos. Esta cifra de 0,6 viene a decir que poco más de la mitad de la población realizaría un cambio de vivienda mientras convive con los padres. El arraigo en el barrio de residencia que suponíamos como una consecuencia de la gran estabilidad de la vida en pareja es también una gran estabilidad de los hijos que nacen, crecen y se socializan en el mismo marco espacial. Este elevado grado de integración en el medio urbano local debe influir, por fuerza, en las redes sociales que construye el individuo en las primeras etapas de vida. Esta prolongación de un mismo marco de referencia social y espacial condicionarán las decisiones de tipo residencial que los sujetos adopten cuando comiencen a planear su vida residencialmente autónoma.

Esos movimientos autónomos se pueden dividir, desde el punto de vista de la dinámica familiar paralela, en dos partes: los que coinciden con una transición de hogar y los que se producen en el resto del tiempo de vida. Tanto hombres como mujeres hacen coincidir con transiciones de hogar (incluida la emancipación) poco más de 0,8 movimientos. Recuérdese que la transición mayoritaria (formación de pareja) nos ofrecía una coincidencia con movimientos residenciales del 80% en edades jóvenes. En situaciones de estabilidad familiar, para la mayoría de hombres coincidente con la convivencia en primera unión para el resto de su vida, para la mayoría de las mujeres convivencia en pareja o viudez, se produce poco más de un movimiento de media (1,3 los hombres; 1,2 las mujeres).

Los movimientos que se producen sin transiciones de pareja tienden como sabemos a concentrarse en las primeras etapas de la historia residencial autónoma. Y la mayoría de los movimientos con transición de hogar se limitan a la emancipación y la formación del hogar propio. Efectivamente, el individuo autónomo realizará más de uno (1,1 los hombres; 1,3 las mujeres) de esos dos cambios antes de cumplir los 35 años de edad. En los cincuenta años siguientes hasta llegar a la edad de 85 años la población experimentaría como media menos de otro cambio de vivienda.

6.3.3 La evolución en los ochenta de los índices sintéticos de movilidad residencial.

Comentábamos en el capítulo 4 la evolución en forma de onda de la movilidad residencial durante los años ochenta. En el apartado 5.3.2 comprobábamos que la distancia familiar no se muestra tan sensible al cambio coyuntural. Recordemos que en las primeras aproximaciones a la movilidad residencial según las personas que acompañaban en el movimiento (apartado 6.1) decíamos que buena parte del aumento de la movilidad residencial se debió a la incorporación de movimientos de ajuste, en los que hogares ya formados cambiaban de vivienda. Comprobemos con precisión esta interrelación.

Tabla 6.10. Evolución temporal de la descomposición del índice sintético de movilidad residencial según autonomía de hogar, relación con la dinámica de hogar y edad en el cambio. Análisis transversal, Provincia de Barcelona, 1982-1990

	Hombres			Mujeres		
	1982-84	1985-87	1988-90	1982-84	1985-87	1988-90
ISM	2,26	3,26	2,77	2,31	3,21	2,47
Dependiente	0,55	0,81	0,64	0,54	0,79	0,46
En hogar autónomo	1,71	2,45	2,13	1,77	2,41	2,01
Mov. autónomos en transición de hogar	0,77	0,80	0,87	0,74	0,90	0,94
Mov. autónomos sin transición de hogar	0,94	1,65	1,25	1,03	1,51	1,07
Autónomo <35 años	1,06	1,23	1,13	1,14	1,35	1,30
Autónomo >35 años	0,65	1,23	1,00	0,63	1,06	0,71

Fuente: ESD, elaboración propia

Podemos confirmarlo: el peso de la movilidad residencial autónoma no ligada a transiciones de hogar aumenta desde el principio de la década, prácticamente 0,5 movimientos que vuelven a desaparecer en la fase depresiva posterior, especialmente entre las mujeres. Idéntica evolución sufre por lógica la movilidad dependiente (Tabla 6.10). La pérdida de peso en los últimos años de esta movilidad, podríamos decir de ajuste residencial y que viene a representar alrededor del 60% de los desplazamientos autónomos, se acentúa por un incremento paulatino durante la década de la movilidad residencial ligada a transiciones de hogar, parece que de una manera independiente a la coyuntura. No sólo por el aumento de dichas transiciones de hogar (por ejemplo, una mayor incidencia del divorcio o de segundas parejas) sino también porque hay un mayor número de transiciones de hogar que se hacen coincidir con un cambio de vivienda. Encontramos, pues, dos evoluciones diferentes para los dos componentes de la movilidad residencial autónoma que hemos identificado. Por un lado, una evolución en onda, más ligada a las circunstancias exteriores coyunturales, de la movilidad menos obligatoria, de ajuste residencial. Por otro, una movilidad ligeramente ascendente ligada a las transiciones de hogar no tanto porque hayan ido aumentando éstas (de hecho, hemos demostrado que también fueron sensibles ligeramente a la evolución coyuntural) sino a un aumento de la propensión a efectuar cambios de vivienda en coincidencia con dichas transiciones.

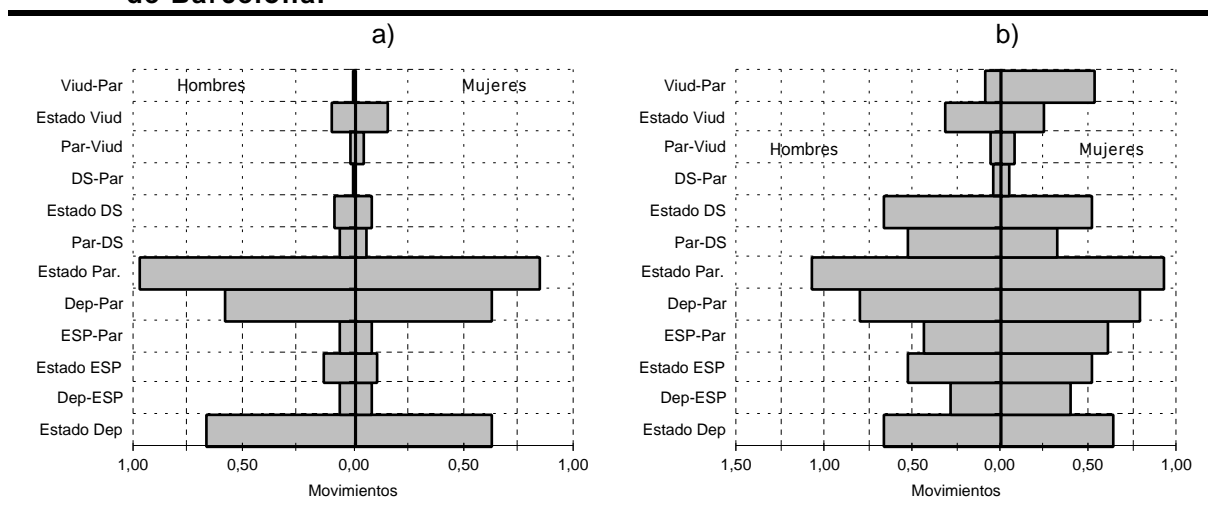
6.3.4 Cadencia temporal de movimientos residenciales en función del estado de pareja.

Detallemos ahora los movimientos que se realizan en cada estado de hogar. Si sumamos al análisis las duraciones medias en cada etapa, seremos capaces de medir los periodos de estabilidad residencial, es decir, la cadencia temporal entre cada cambio residencial. En general los patrones de

hombres y mujeres no muestran grandes diferencias. Ni las trayectorias de hogar, ni las propensiones a moverse presentan disparidades extremas. En común presentan el dominio de los movimientos ligados a la formación y existencia de la pareja (Gráfico 6.7a). Representan 1,64 movimientos para los hombres y 1,55 en las mujeres. Si sumamos los movimientos realizados cuando se vivía con los padres (0,67 y 0,63 respectivamente) resulta que más del 80% de la movilidad residencial queda ligada a este comportamiento de hogar. El resto de transiciones y estados apenas aportan medio movimiento. El peso de la trayectoria de hogar clásica es incontestable.

Aunque en conjunto las situaciones marginales o de pequeña duración no aportan mucho a la historia residencial de los sujetos, aquellos que experimentan las distintas transiciones y estados sí ven su nivel de movilidad residencial afectado (Gráfico 6.7b). En el tiempo pasado en situación de emancipado sin pareja se efectúa poco más de medio movimiento de media por persona involucrada, sólo poco más de una décima en el conjunto de la población. Como la duración media en ese estado de hogar es de 18 años en los hombres y de 15 en las mujeres, puede decirse que existe una cadencia de movilidad residencial de 18 y 14 años respectivamente (Tabla 6.11). Este estado de hogar aporta más movilidad residencial a los hombres, tanto por la mayor frecuencia de involucración y por la mayor intensidad de la movilidad.

Gráfico 6.7. Movimientos residenciales y dinámica familiar. a) Descomposición del índice sintético de movilidad residencial según el ciclo de vida familiar agregado y b) Movimientos efectuados en cada transición y estado de hogar o pareja por quienes los experimentan Análisis transversal. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

La emancipación sin pareja es una etapa que ofrece menos estabilidad residencial que la mayoritaria etapa de vida en pareja. En los más de 45 años que (42 años ellas y 49 ellos como media se correría en unión) sólo se efectúa un movimiento residencial de media (1,07 los hombres, 0,93 las

mujeres). La cadencia es baja y similar entre sexos: 23 años. Creo que con este pequeño indicador temporal se refleja perfectamente las consecuencias que para la movilidad residencial tiene entrar a vivir en pareja; se trata de una fase de extraordinaria estabilidad residencial que implica largas estancias en la vivienda elegida por la pareja. Esto tiene trascendencia no sólo a nivel del hogar, sino en el tipo de relaciones que establece en el lugar de residencia, que retroalimentan esa estabilidad, y también en la elección de la localización residencial de los hijos, como veremos más adelante.

Tabla 6.11. Intervalo de tiempo en años entre cada cambio de vivienda según el estado de pareja u hogar y el sexo. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

Estado de pareja u hogar	Hombres	Mujeres
Emancipación sin pareja	18	14
En pareja	23	23
Separación o divorcio	16	31
Viudez	14	31

Fuente: ESD, elaboración propia.

La movilidad se incrementa, pero no excesivamente, para los divorciados y separados. Los que se encuentran en esta situación realizan algo más de medio movimiento residencial de media pero en un largo período que ronda los 22 años en los hombres y los 32 en las mujeres. La estabilidad residencial es mucho mayor en la mujer, como se vio en el análisis de las tasas específicas. La cadencia es bajísima de 31 años ya que las divorciadas sólo realizarán medio movimiento en un período de 32 años de duración media de esa fase. Los hombres divorciados y separados reflejan su inestabilidad residencial en una cadencia de 16 años, ya que realizan 0,66 movimientos de media en 21 años.

La viudez hemos visto que afecta sobre todo a las mujeres. Por lo tanto, también altera en mayor medida la historia sintética residencial femenina: aporta 0,15 movimientos al índice sintético de movilidad femenino y 0,10 al masculino. Sin embargo, los que efectivamente son viudos efectúan más movimientos que las viudas: 0,33 por 0,24, pero en una duración como viudo bastante menor 9 años por los 15 de la mujer. El hombre viudo realizaría un movimiento cada 14 años en esa condición y la mujer en dicha situación, ¡un movimiento cada 31 años! De nuevo se observa que la cadencia de las mujeres es mucho más baja que en los hombres y parecida a la de las separadas y divorciadas. En ambas fases la mujer contaría con la vivienda anterior como garantía residencial en situaciones de fragilidad económica. En los hombres la alta cadencia se tiene que relacionar más con las condiciones de salud y soledad en que se queda el sujeto ya que, en principio, tendría la misma garantía residencial que una viuda.

En resumen, a pesar de que viviendo en pareja se aporte un movimiento completo al índice sintético se puede decir que es la fase de mayor estabilidad residencial masculina. No así en las mujeres cuyas etapas de máxima estabilidad las alcanza cuando está divorciada/separada o viuda: tiene una garantía residencial en los dos casos y la vejez no le impide una vida autónoma hasta edades muy avanzadas. Al mismo tiempo, no tiene los alicientes ni los incentivos económicos que una pareja encuentra cuando realiza un movimiento de ajuste residencial.

La fase de mayor inestabilidad residencial está más claramente delimitada en las mujeres. Se trata de la etapa de emancipación sin pareja que, sin embargo, sólo afecta a un 20% del total de mujeres. Por el contrario, todas las situaciones de vida autónoma sin pareja representan un sensible aumento de la movilidad residencial de los hombres. En la medida en que estas etapas sólo afectan en algún momento a dos tercios del total y durante cortos períodos no influye en demasía en la elevación de su movilidad residencial total.

En cuanto a la movilidad residencial ligada a las transiciones de hogar y yendo un poco más allá de la dominante Dependiente-Pareja, (Gráfico 6.7b) se observa que la mujer tiende a moverse menos cuando la transición de hogar se produce por desaparición de la pareja, ya sea por defunción o disolución del vínculo. La mujer tiende más que el hombre a seguir en la misma vivienda, lo cual es especialmente verdad en las disoluciones. La transición a viudez produce para unos y otras poca movilidad residencial. Realmente no existe necesidad a priori para el cónyuge superviviente de cambiar de vivienda, pero cuando el viudo es hombre la movilidad es algo mayor. Al contrario, cuando la transición coincide con una formación de pareja estando el sujeto en situación previa de autonomía personal el hombre se muestra más estable residencialmente. ¿Ofrece el hombre una situación residencial previa mejor, más definitiva que es aprovechada para la nueva unión? ¿Está la mujer viuda, emancipada sin pareja o separada/divorciada en condiciones de mayor fragilidad general que se reflejaría en su situación residencial? Tenderíamos a contestar que sí, pero no podemos demostrarlo con nuestra aproximación metodológica al tema.

6.3.5 *Un itinerario biográfico residencial mayoritario.*

¿Qué podemos decir de cruzar la historia familiar propia de una población imaginaria anclada en los años ochenta, sus distintas fases y transiciones, su desarrollo por edad con la historia residencial? Hagamos una aproximación a la máxima descomposición del índice sintético de movilidad. Podríamos indicar qué ciclo familiar y de movilidad se nos dibuja con el transcurso de las edades en función de la selección de aquellas transiciones o estados más frecuentes cuando el sujeto realiza cambios de

vivienda en cada edad (Tabla 6.12). Es un itinerario biográfico de la movilidad mayoritario y veremos en qué grado. Lo haremos separadamente para hombres y para mujeres.

Tabla 6.12. Distribución de los movimientos residenciales a lo largo del ciclo de vida en función de la edad y la dinámica familiar. Identificación del itinerario mayoritario. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

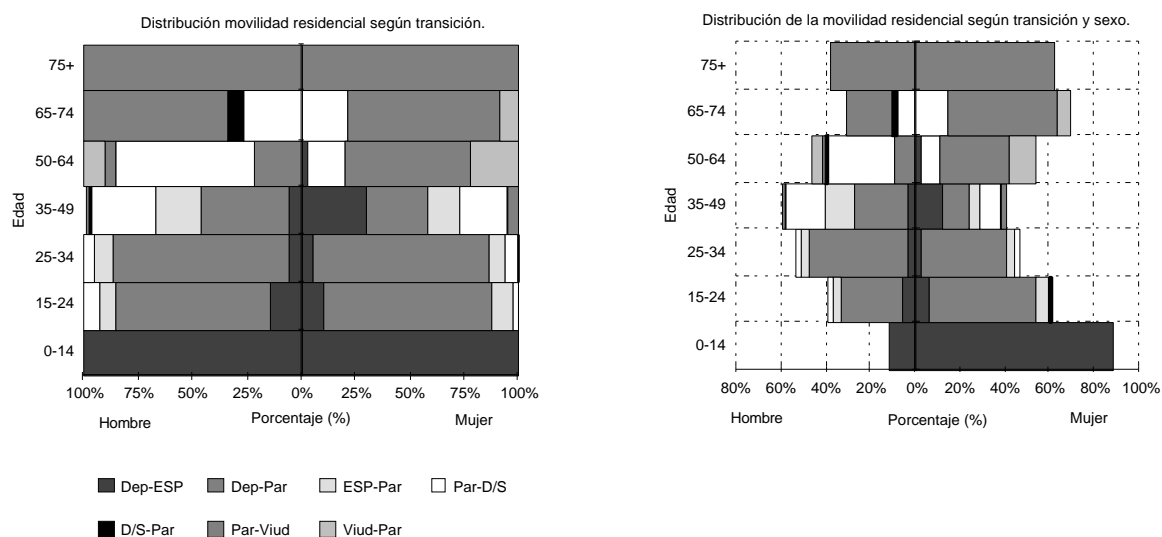
Hombres (Índice sintético de movilidad residencial = 2,79)													
Edad	Estado Dep	Dep-ESP	Estado ESP	ESP-Par	Dep-Par	Estado Par	Par-D/S	Estado D/S	D/S-Par	Par-Viud	Viud-Par	Estado Viud	Total
0-14	16,4	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	16,4
15-24	5,2	1,2	0,6	0,6	5,8	3,4	0,5	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	17,4
25-34	2,0	1,1	1,3	1,4	14,2	9,0	0,8	0,9	0,0	0,0	0,0	0,0	30,8
35-49	0,3	0,1	0,6	0,6	1,1	10,7	0,8	0,8	0,0	0,0	0,0	0,0	15,2
50-64	0,0	0,0	0,7	0,0	0,1	4,6	0,3	0,8	0,0	0,0	0,0	0,2	6,8
65-74	0,0	0,0	1,1	0,0	0,0	4,0	0,1	0,6	0,0	0,2	0,0	0,5	6,7
75+	0,0	0,0	0,4	0,0	0,0	3,3	0,0	0,0	0,0	0,3	0,0	2,8	6,8
Total	24,0	2,5	4,7	2,6	21,2	35,1	2,5	3,2	0,1	0,6	0,1	3,5	100,0
Mujeres (Índice sintético de movilidad residencial = 2,69)													
Edad	Estado Dep	Dep-ESP	Estado ESP	ESP-Par	Dep-Par	Estado Par	Par-D/S	Estado D/S	D/S-Par	Par-Viud	Viud-Par	Estado Viud	Total
0-14	16,7	0,3	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	17,0
15-24	4,8	1,3	0,9	1,3	10,1	5,0	0,2	0,1	0,0	0,1	0,0	0,0	23,9
25-34	1,1	0,9	1,1	1,2	12,5	10,5	0,9	0,5	0,0	0,0	0,0	0,0	28,7
35-49	0,8	0,6	0,8	0,3	0,5	8,6	0,4	1,4	0,0	0,1	0,0	0,3	13,7
50-64	0,1	0,0	0,4	0,0	0,0	3,8	0,1	0,6	0,0	0,3	0,1	0,9	6,3
65-74	0,1	0,0	0,3	0,0	0,0	2,3	0,2	0,3	0,0	0,6	0,1	1,3	5,1
75+	0,0	0,0	0,4	0,0	0,0	1,3	0,0	0,0	0,0	0,6	0,0	3,0	5,3
Total	23,5	3,0	3,9	2,8	23,1	31,6	1,8	2,9	0,1	1,6	0,2	5,4	100,0

Fuente: ESD, elaboración propia

En primer lugar las mujeres. Hasta los 15 años la mayor parte de los cambios de vivienda los efectúa acompañando a sus progenitores. Sin embargo, en los diez años siguientes su movilidad viene explicada sobre todo por su transición directa a una vida en pareja, al igual que en el grupo 25-34. En este grupo también tienen importancia los movimientos de ajuste residencial de la pareja. Comienza una larga etapa de vida en pareja dominante y caracterizada por un progresivamente menor número de movimientos residenciales. Al pasar la barrera de los 75 años de edad la mayor parte de la movilidad se realiza en situación de viudez.

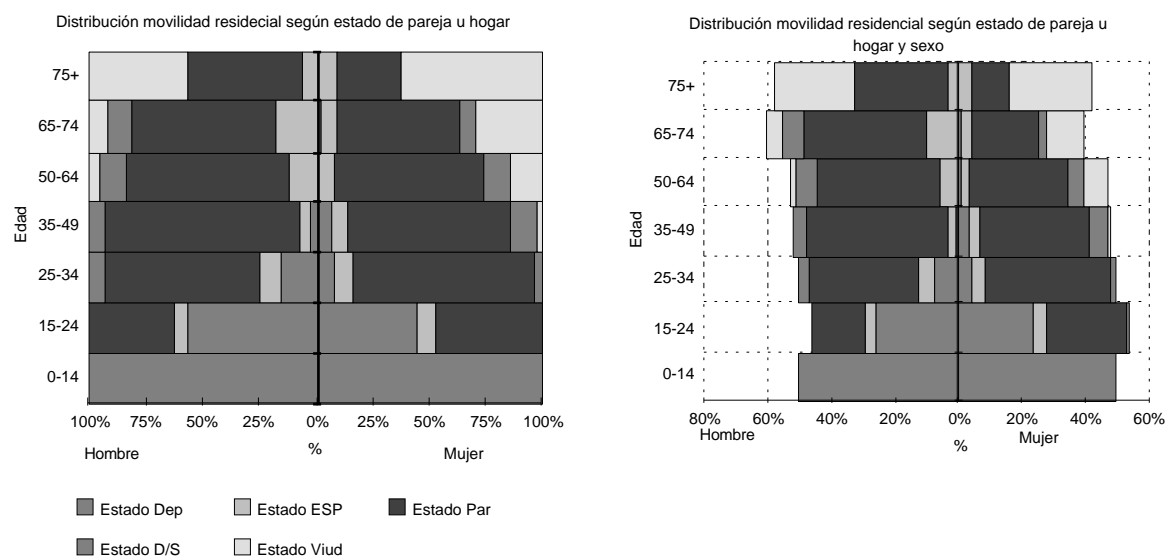
En los hombres el peso de los movimientos residenciales en situación de dependencia familiar se nota con fuerza hasta los 25 años de edad. Ya previamente pero sobre todo entre los 25 y 34 años el ciclo residencial avanza con las transiciones directas a vida en pareja. Desde los 35 años en adelante

Gráfico 6.8. Comparación de los itinerarios biográficos de la movilidad residencial según sexo. Movilidad ligada a transiciones de hogar y pareja. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

Gráfico 6.9. Comparación de los itinerarios biográficos de la movilidad residencial según sexo. Movilidad ligada a estados de pareja. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

la movilidad residencial de los hombres se produce mayoritariamente en la larga etapa de vida en pareja.

En ambos sexos el período en que hay una mayor variación de experiencias residenciales y familiares es el de mayor intensidad de la movilidad residencial, cuando se es adulto-joven. Curiosamente en ambos sexos la parte de la movilidad residencial total explicada por el itinerario mayoritario mencionado más arriba es prácticamente idéntica, alrededor del 70%. Pero buena parte de la movilidad restante estaría muy relacionada con los itinerarios dominantes: movilidad residencial de ajuste de parejas muy jóvenes, movilidad residencial de viudas relativamente precoces, movilidad residencial en situación de dependencia de mayores de 25 años...

Aunque en cuanto se supera la edad modal de formación de pareja, la movilidad relacionada con transiciones de hogar es mínima (menos de 0,1 movimientos acumulados a partir de los 50 años), la estructura es diferente según sexo. En las mujeres dos tercios de esta movilidad residencial tiene que ver con la entrada en la viudez, en los hombres la viudez interviene en menos de la mitad de los movimientos (Gráfico 6.8 y Gráfico 6.9).

La descomposición por sexo, edad y situación familiar de la movilidad residencial nos permite comparar nuestros datos con los de otras investigaciones. Bonvalet (1990a: 88) en su investigación retrospectiva de la experiencia residencial de los parisinos (hombres) de la generación 1926-1935 encuentra que el número medio de viviendas independientes (o cambios residenciales autónomos) hasta los 50 años es de 3,3. Nuestros datos nos indican que los hombres menores de 50 años de una generación ficticia que experimentase el comportamiento por edad de los años ochenta, realizaría 1,6 movimientos autónomos. Los franceses vivieron, en los años cincuenta y sesenta, una coyuntura favorable a la movilidad; nuestros hombres ficticios vivirían en un marco muy restrictivo.

6.3.6 La movilidad residencial ligada a las trayectorias familiares más frecuentadas por sexo.

Adelantamos ya la primera regla que puede parecer de perogrullo: a mayor número de transiciones de hogar, la movilidad total también tiende a incrementarse. O lo que es lo mismo, una de las razones de la baja movilidad residencial existente en nuestra población es la elevada estabilidad familiar que disfruta, o sufre según los casos. Sin embargo, seguramente no sea la razón de mayor peso. En trayectorias familiares poco estables, con varias transiciones de hogar, y que podamos considerar factibles, el índice sintético de movilidad residencial no superaría en mucho los 3,5 movimientos y la movilidad residencial autónoma rondaría los tres movimientos. No parece, a la vista de las cifras disponibles de otros países, que fuera un gran incremento.

En el apartado 5.3.4 comentábamos cuáles serían los itinerarios de hogar más frecuentados por ambos sexos de mantenerse las condiciones de los años ochenta. A continuación incorporaremos el análisis de la movilidad residencial total que realizarían los sujetos que siguiesen los diferentes itinerarios de hogar, destacando las diferencias entre itinerarios y entre hombres y mujeres que siguiesen la misma evolución de vida familiar (Tabla 6.13). De la comparación en un mismo sexo de distintos itinerarios observaremos como el número de transiciones, el tipo de fases de hogar y las tasas de movilidad asociadas influyen en el índice de movilidad residencial. De la comparación entre

Tabla 6.13. Intensidad y descomposición de la movilidad residencial en los itinerarios biográficos de hogar mayoritarios por sexo. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

Itinerarios masculinos							
	Dep-Par	Dep-Par- Viud	Dep-ESP- Par	Dep-ESP	Dep-Par- D/S-Par	Dep	Total
ISM	2,54	3,02	2,45	2,50	3,32	0,88	2,79
Dependiente	0,65	0,65	0,78	0,78	0,65	0,80	0,66
En hogar autónomo	1,89	2,37	1,66	1,72	2,67	0,08	2,13
Mov. autónomos en transición de hogar	0,81	0,84	0,86	0,43	1,43	0,00	0,83
Mov. autónomos sin transición de hogar	1,09	1,52	0,80	1,28	1,24	0,08	1,30
Autónomo <35 años	1,19	1,19	0,43	0,43	1,19	0,00	1,14
Autónomo >35 años	0,70	1,17	1,23	1,28	1,48	0,08	0,99
Itinerarios femeninos							
	Dep-Par- Viud	Dep-Par	Dep-Par- D/S	Dep-ESP- Par-Viud	Dep-ESP	Dep	Total
ISM	2,60	2,41	2,80	2,73	2,57	1,50	2,69
Dependiente	0,61	0,63	0,63	0,66	0,66	0,75	0,61
En hogar autónomo	1,99	1,78	2,17	2,06	1,90	0,75	2,08
Mov. autónomos en transición de hogar	0,84	0,80	1,04	1,13	0,45	0,00	0,88
Mov. autónomos sin transición de hogar	1,15	0,98	1,13	0,93	1,45	0,75	1,21
Autónomo <35 años	1,21	1,20	1,20	1,28	0,96	0,00	1,27
Autónomo >35 años	0,79	0,58	0,97	0,79	0,94	0,75	0,82

Fuente: ESD, elaboración propia

sexos de un mismo itinerario habrá que destacar sobre todo la diferente propensión a efectuar movimientos residenciales, pero también el diferente calendario medio de realización del itinerario de hogar.

Curiosamente aunque el itinerario de hogar mayoritario seguido por hombres y mujeres es diferente (Dependiente-Pareja, en los hombres; Dependiente-Pareja-Viudez, en las mujeres) la movilidad sintética resultante es muy similar del orden de 2,5-2,6 movimientos totales y 1,9-2,0 movimientos autónomos. Son cifras inferiores a los índices sintéticos generales los cuales incorporan la mayor movilidad residencial asociada a otros itinerarios, algunos bastante más complejos. Se confirma igualmente que la viudez para las mujeres no significa una alteración de la tónica de estabilidad residencial desde el momento de constitución de la pareja. El hecho que la mujer tenga que hacer dos transiciones no aumenta substancialmente su movilidad residencial por este concepto (aproximadamente 0,8 cambios) y la movilidad en el resto del ciclo de vida autónomo es idéntica a la masculina (1,1).

El segundo itinerario de hogar de la mujer (Dependiente-Pareja) presenta una movilidad residencial casi idéntica al mismo itinerario masculino comentado ahora mismo (2,4 cambios de los cuales 1,8 serían autónomos) y por tanto muy similar al primer itinerario femenino. Sin embargo, el segundo itinerario de hogar masculino que comprende una etapa de viudez al final del ciclo familiar altera considerablemente la historia residencial resultante (3,0 cambios totales, 2,4 autónomos). Tanto la transición como el estado de soledad posterior debilitan su capacidad de continuar en solitario, tal como hemos visto. El incremento resultante sobre el itinerario de pareja sin viudez es de medio movimiento más como media, o dicho de otra manera, cerca del 50% de los viudos realizarían un cambio de vivienda en un corto período de tiempo que transcurriría desde el momento de la transición que podemos situar algo más allá de los setenta años de edad como media hasta su muerte hipotética a los 85 años. Este cambio de vivienda añadido se realizaría sobre todo una vez en situación de viudez y no inmediatamente en coincidencia con la transición.

La disolución por separación o divorcio de la pareja y la permanencia indefinida en esta situación también altera esa relativa calma residencial que “disfrutaría” la mayoría de las mujeres. El índice sintético se incrementa en unos 0,4 movimientos divididos casi a partes iguales entre la necesidad para algunas de cambiar de vivienda en el mismo momento de la disolución y en los cambios de ajuste efectuados con posterioridad. Los itinerarios cuarto y quinto femeninos no alteran en demasía el índice sintético de movilidad general: las pequeñas oscilaciones dependerán sobre todo del número de transiciones que se efectúan y de la relativa inestabilidad que introduce el hecho de estar emancipado sin pareja.

Una prueba de que conforme se hacen más complejos los itinerarios de hogar aumenta la movilidad residencial final se encuentra en el quinto de los masculinos (Dependiente-Pareja-Separación/Divorcio-Pareja). El índice final es de 3,3 y el de movilidad autónoma de 2,7, unos 0,8 movimientos más que el itinerario Dependiente-Pareja. En este caso, el aumento de las transiciones explica el 75% del incremento de los índices sintéticos. Sin embargo, cabe insistir en que se trata de una movilidad final todavía relativamente baja.

Tabla 6.14. Número medio de viviendas independientes según la edad y el estado matrimonial a cada edad. Generación 1926-1935 residente en la región de París en 1986

Edad	Total	Solteros	Casados	Segundas o más nupcias	Divorciado/ Separado	Viudo
25	0,83	0,54	1,16	0,79*	1,21*	1,10*
30	1,56	1,00	1,76	2,16*	1,82	1,97
35	2,19	1,50	2,32	2,85	2,55	2,38
40	2,69	1,86	2,77	3,30	3,19	2,76*
45	3,07	2,28	3,11	3,83	3,61	2,87
50	3,32	2,58	3,33	3,90	3,84	2,88
55	3,50	2,59	3,46	4,44	4,32	3,19
60	3,63	3,28*	3,58	4,40*	4,22*	3,20*

* No significativo

Fuente: Bonvalet, 1990a: 89.

En la Tabla 6.14 hemos reproducido los datos obtenidos en la investigación sobre la historia residencial de un grupo de generaciones masculinas residentes en París. Estos datos, aunque no son de la misma naturaleza, pueden ser comparados con los de la tabla anterior referentes a los hombres. Puede observarse que estos parisinos, que tuvieron su etapa álgida de movilidad a caballo entre los años cincuenta y sesenta, han tenido una experiencia de cambios de vivienda más intensa que la que tendrían nuestras generaciones ficticias. Ellos tuvieron 1,5 movimientos autónomos más de los que tendrían nuestros sujetos investigados.)

De igual manera se reproduce el esquema de que la acumulación de experiencia familiar, la realización de transiciones de hogar, repercute en un aumento de la intensidad final de la movilidad residencial. Y tanto en París como en Barcelona la máxima movilidad la alcanzan, parece ser, los que vuelven a casarse. De las categorías presentadas por Bonvalet, la diferencia máxima es de 1,2 movimientos a los 60 años de edad (el mínimo en los viudos, el máximo en los que se han vuelto a casar). Nuestros datos nos ofrecen una diferencia de 0,95 movimientos en la frontera de los 85 años de edad (el mínimo en los siempre solteros, el máximo en los que se vuelven a emparejar.

Sin embargo, encontramos una diferencia muy interesante. Los datos que Bonvalet ofrece indican que la viudez masculina limita con claridad la movilidad residencial. En efecto, los que son viudos con 60 años han efectuado alrededor de 0,4 movimientos menos que los que están casados. Ello puede ser debido a que la entrada en la viudez interrumpe el deseo o la necesidad de realizar los frecuentes movimientos de ajuste residencial de los hogares maduros. En nuestro caso, la limitación de la movilidad residencial en la etapa de pareja es tal, que la viudez masculina se convierte en un “incentivo” para la llegada de nuevos cambios de vivienda, aunque los viudos parisinos en conjunto se mueven más.

6.3.7 *Análisis de la movilidad por sexo estandarizando la dinámica familiar.*

Hemos visto extensamente como la movilidad residencial sintética se desarrolla en el transcurso de las edades acompañada, influida y a menudo determinada por la dinámica familiar. La movilidad final alcanzada por hombres y mujeres depende en buena medida de los distintos encaminamientos familiares que realizan, del diferente peso de transiciones y estados. De esta manera, en el indicador final de movilidad se recogen sintéticamente las tasas de movilidad por edad y dinámica familiar (en una doble especificación) pero también la diversa estructura familiar.

Esta constatación nos conduce a un ejercicio de estandarización para sopesar exclusivamente la influencia agregada de las tasas por edad y dinámica familiar (Tabla 6.15). De la comparación entre el índice estandarizado y el no estandarizado también podremos valorar la influencia conjunta sobre la movilidad de la dinámica de hogar. Se tratará de una estandarización en cierto sentido directa por cuanto comparamos las tasas propias de cada sexo con una estructura sintética de la población que es la media de las de hombres y mujeres. De esta manera estamos en condiciones de responder a la siguiente pregunta: ¿cuántos cambios de vivienda realizarían los hombres y las mujeres si tuviesen las mismas propensiones y calendario para emanciparse, formar parejas, disolverlas, enviudar, etc.? Bien se comprende que ambos sexos no podrían nunca desarrollar exactamente la misma dinámica familiar, pero este supuesto nos servirá para saber sintéticamente sólo qué sexo reacciona más en su ciclo residencial ante las vicisitudes del ciclo familiar.

Tabla 6.15. Estandarización de la dinámica familiar de hombres y mujeres en indicadores de movilidad residencial. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

	Hombres		Mujeres	
	Estr.fam.real	Estr.fam.estand.	Estr.fam.real	Estr.fam.estand.
ISM	2,79	2,94	2,69	2,61
Dependiente	0,66	0,64	0,61	0,62
En hogar autónomo	2,13	2,30	2,08	1,99
Mov. autónomos en transición de hogar	0,83	0,84	0,88	0,85
Mov. autónomos sin transición de hogar	1,30	1,45	1,21	1,14
Autónomo <35 años	1,14	1,24	1,27	1,18
Autónomo >35 años	0,99	1,06	0,82	0,81

Fuente: ESD, elaboración propia

Si los hombres y las mujeres juegan en las mismas condiciones en la partida familiar son ellos los que continuarían realizando más movimientos residenciales a lo largo de su vida y la ventaja respecto a las mujeres se agranda: el índice estandarizado masculino sería de 2,94 y el femenino 2,61. Respecto a los índices no estandarizados los hombres efectuarían en las nuevas condiciones 0,15 movimientos más mientras las mujeres reducirían su movilidad total en 0,08 cambios.

Tomado en su conjunto, el sexo masculino presenta una dinámica familiar que en cierta forma es menos propensa a la movilidad residencial, especialmente en las fases de estabilidad sin transiciones (mayor duración períodos en pareja), ya que al adoptar el nuevo estándar familiar común incrementa los cambios de vivienda. Por el contrario, la propensión a efectuar cambios de vivienda en una misma transición o fase estable es en conjunto superior en los hombres que en las mujeres. A ellas les sucede lo contrario. Siguen un itinerario familiar agregado relativamente favorable a la producción de cambios de vivienda, frecuente en mayor medida las transiciones y etapas sensibles residencialmente aunque sus tasas de movilidad específicas son significativamente más reducidas.

6.4 La compleja relación temporal entre acontecimientos familiares y transiciones residenciales.

6.4.1 Interdependencia no es igual a coincidencia temporal.

Hasta ahora hemos seguido un enfoque que para algunos puede parecer excesivamente simplista, en el sentido que cuando se ha hablado de las relaciones entre transiciones de hogar y

movilidad residencial nos hemos centrado en aquellos casos en que había una coincidencia temporal entre ambos acontecimientos según las posibilidades de la Encuesta Sociodemográfica, es decir, que tengan lugar en el mismo año. El resto de movimientos residenciales los hemos explicado en el contexto de las etapas de estabilidad de hogar en que se encontraban los sujetos: en situación de dependencia, emancipado sin pareja, en pareja, viudo y divorciado o separado. Por lo tanto, hemos resaltado la oposición entre momentos puntuales de cambio familiar y etapas más o menos largas de estabilidad.

Sin embargo, en el análisis realizado con el enfoque anterior, que aun así consideramos una de las mejores aportaciones de esta parte de la tesis, se dejaban entrever algunos elementos que nos indicaban algunas cosas más. Se ha comentado varias veces que la movilidad residencial que ocasiona una transición de hogar no siempre se produce al mismo tiempo, no existe una coincidencia temporal exacta. Esto se veía especialmente en la transición de dependiente a vivir en pareja en que la coincidencia con un cambio de vivienda era de “sólo” el 80%. El restante 20% puede ser debido a que se haya registrado incorrectamente uno u otro acontecimiento cuando se realizó la encuesta. O bien la constitución de pareja se realizó en la vivienda donde vivía el sujeto para posteriormente ir a vivir a una vivienda independiente. Quizá en nuestro contexto sociotemporal este comportamiento se vea como anómalo pero en épocas anteriores constituía una vía muy recurrida sobre todo cuando había escasez en el mercado de la vivienda. Por ejemplo, en Francia tras la segunda guerra mundial el 36% (véase apartado sobre Emancipación residencial y movilidad) de las parejas residía durante una etapa inicial en casa de unos de los progenitores a la espera de encontrar una vivienda. Con la E.S.D. es imposible realizar este análisis para los que formaron pareja antes de 1981 por no disponer de la información sobre cambios de vivienda, pero sí para el período estudiado en esta tesis, 1981-1991.

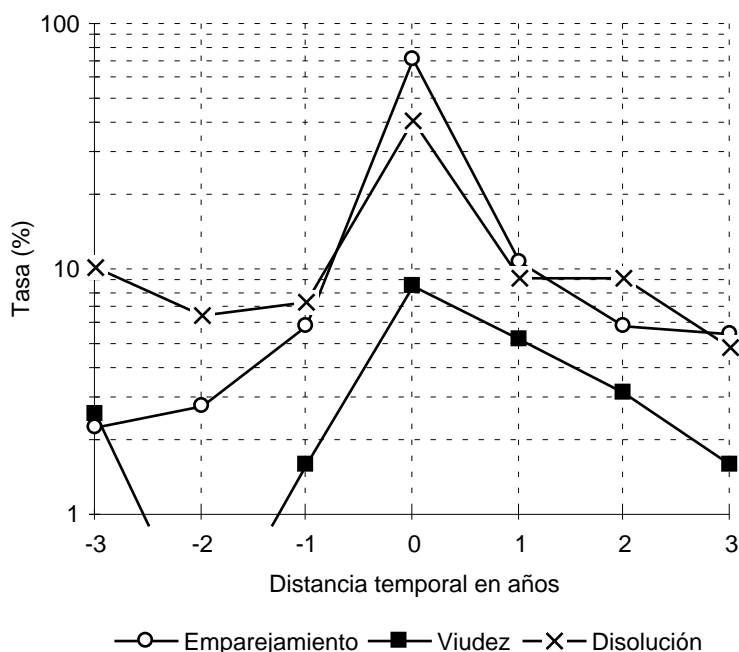
Reiteradamente hemos comentado también que en las etapas de estabilidad de hogar las tasas de movilidad residencial no mantenían el mismo nivel. Se ha visto que la edad en la que se encontraba el sujeto influía decisivamente en el nivel de movilidad residencial alcanzado dentro de una de esas etapas. E indicábamos que en muchas ocasiones no era tanto la edad como la duración de esa etapa, es decir, el tiempo transcurrido desde que se realizó la transición lo que influía en el nivel. Así pasaba, sobre todo, con el estado de emparejado.

Falta de coincidencia entre dos transiciones, familiar y residencial, interconectadas e inestabilidad residencial en los primeros momentos de una nueva etapa residencial se combinan para explicar la existencia de un buen número de movimientos residenciales alrededor del momento de la transición familiar, antes, por supuesto en coincidencia, pero también bastante a menudo tras ese cambio familiar. En este punto de la tesis abordaremos también un tema de la evolución familiar que hasta el momento hemos dejado de lado como es la llegada de los sucesivos hijos. En nuestra

sociedad española y catalana, la llegada de hijos no supone una alteración importante del ciclo de vida residencial de los hogares. Sin embargo, realizaremos algunas precisiones de gran interés.

6.4.2 Movilidad residencial alrededor de la formación de pareja.

Gráfico 6.10. Tasas de movilidad residencial según la distancia temporal con diversas transiciones de creación y disolución de pareja. Provincia de Barcelona. (Referencia año cero = 1985, 1986, 1987)



Fuente: ESD, elaboración propia

Hemos dicho en el apartado 3.4.3 que más del 70% de los que pasan a vivir en pareja (sea la primera o no) efectúan al mismo tiempo un cambio residencial. Ahora bien los años que rodean a ese acontecimiento familiar no presentan un nivel de movilidad residencial que pudiéramos considerar homogéneo. Podemos pensar que los que están más cerca de esta situación son los que nunca han efectuado ninguna transición de hogar, es decir, no saldrían nunca del estado de dependencia. Comentábamos anteriormente que en ningún momento superan el 3% de movimientos anuales y podemos pensar en un nivel del 1,5-2% como normal para los individuos que se encuentran en esta fase. Pues bien, si examinamos las tasas de movilidad residencial en un período comprendido entre

tres años antes y tres años posteriores a la formación de la pareja² podemos decir que existe un período de inestabilidad residencial que se inicia en el año anterior y se recupera nunca antes del tercer aniversario del emparejamiento. Estamos en condiciones de decir que en el intervalo temporal observado los individuos o las nuevas parejas no efectúan más de un movimiento; son movimientos que se relacionan directamente con la formación de pareja pero que tienen lugar en coincidencia (la inmensa mayoría) pero también antes y, sobre todo, después de efectuada la transición familiar: las 160 mil parejas formadas corresponden con poco más de 167 mil cambios de vivienda sucedidos en ese período de siete años. Si sólo cogemos el período un año antes - tres años después se registran más de 159 mil movimientos: la correspondencia entonces es casi perfecta, un movimiento residencial por cada formación de pareja.

En el año anterior se cambian de vivienda el 6% de los que forman pareja, (Gráfico 6.10) una cifra pequeña pero significativamente por encima del nivel hipotético de estancamiento residencial. Estos movimientos de preparación corresponderán en su mayoría con aquellas emancipaciones sin pareja que rápidamente dejan de ser tales. El 71,4% de las formaciones de pareja coinciden con el estreno de una nueva casa, o al menos esta cifra se desprende de la E.S.D. Sin embargo, de lo dicho anteriormente se desprende también que el 10,8% que efectúa un cambio residencial un año después de formar una unión en su inmensa mayoría no ha efectuado un cambio de vivienda el año anterior. Esto se puede ver a su vez con el análisis de los motivos aducidos: la mayoría de los entrevistados en esta situación aducen la causa “matrimonio o formación de unión marital estable” como la responsable de ese movimiento residencial “diferido”. ¿Hasta qué punto son errores en la recogida de la información temporal y hasta qué punto son efectivamente cambios diferidos que implicarían la coresidencia con alguno de los progenitores durante los meses iniciales de la unión? No se puede evaluar con total seguridad pero me inclino más por la primera opción como explicación principal. Poco menos de la mitad de los que efectúan un cambio residencial en el segundo y tercer año tras la unión (5-6% anual) no se desplazaron en coincidencia con la unión. Para esta mitad repetiría la misma pregunta con una contestación quizá algo más sesgada hacia la segunda posibilidad, es decir, la existencia de auténticos desplazamientos diferidos, casos en que la unión se realizó quizá en situaciones residenciales provisionales o precarias. Para la mitad restante, es decir, para alrededor del 8% (3% sobre 70%*2) anual de los que hicieron el cambio familiar y residencial simultáneamente, se produce un nuevo cambio residencial en el segundo o tercer año. El movimiento residencial efectuado cuando se forma la pareja tiene indudablemente visos de producir una larga

² Para poder examinar la movilidad residencial existente alrededor de las transiciones consideradas hemos tenido que seleccionar las transiciones de hogar producidas en los años 1985, 1986 y 1987, de manera que el intervalo de siete años de movilidad residencial puede circunscribirse a la década de los ochenta. La idea inicial para el apartado 6.4 surgió de la lectura de Clerici (1996).

estancia en la nueva vivienda para más del 90% de los casos. La observación de los motivos aducidos hace aparecer al acceso a una vivienda en propiedad y la mejora física de las condiciones habitacionales como los motores principales del cambio. Por ello, hablamos de este tipo de movimientos como de transiciones residenciales de ajuste. La codificación de los motivos realizada en la E.S.D. no recoge el nacimiento de hijos como un motivo concreto pero, como veremos a continuación, este acontecimiento influye en algunas de las parejas para realizar un cambio residencial.

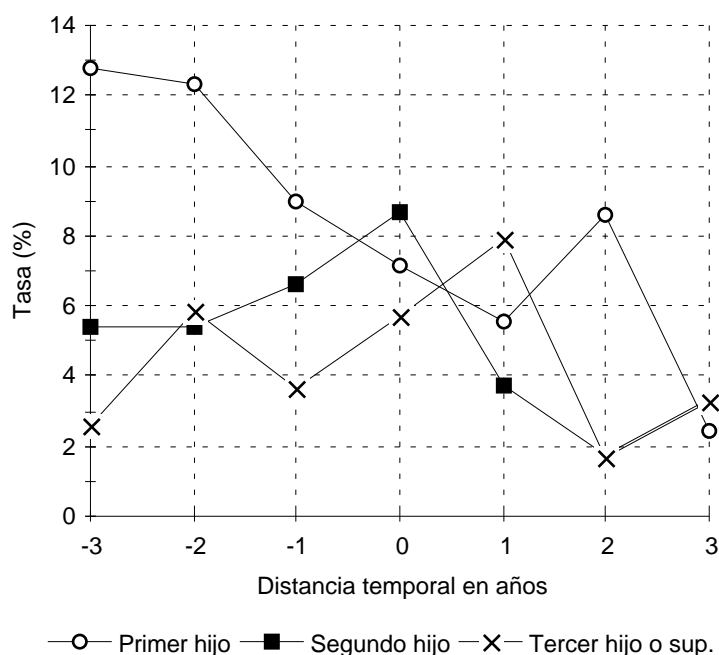
6.4.3 *Movilidad residencial y nacimiento de hijos.*

El nacimiento de los hijos no constituye una transición que condicione decisivamente la historia residencial de la población. Sólo en algo más del 5,5% de los individuos que efectúan un cambio de vivienda se produce al mismo tiempo el nacimiento de un hijo. Y visto de otra manera, sólo el ocho por ciento de los nacimientos se ven acompañados simultáneamente de una transición residencial. El grado de coincidencia entre ambos fenómenos es, por lo tanto, reducido. No ocurre así en otras sociedades donde normalmente se contempla el nacimiento de los hijos como un factor condicionante de la trayectoria residencial tanto por los movimientos de ajuste de la vivienda a las nuevas condiciones del hogar que ello produce como por la necesidad de establecer una estrategia de compaginación entre la formación de la descendencia y el acceso a la propiedad, que en la mayoría de países se produce tras la formación de la pareja y, casi nunca, constituye el primer movimiento autónomo.

En nuestro caso creemos que la interrelación entre fecundidad y movilidad residencial debe circunscribirse a la posible alteración de las condiciones de habitabilidad de la vivienda más que a la interferencia en una estrategia de acceso a la propiedad. Para ver con más detalle toda esta cuestión hemos estimado oportuno introducir de nuevo una perspectiva temporal de duración antes y después del nacimiento, así como diferenciar los rangos de los hijos (primero, segundo y tercero o superior).

Resumamos ya las conclusiones a las que hemos llegado (Gráfico 6.11). Es el segundo nacimiento el que más altera, en mayor medida que el primero, el nivel de movilidad residencial de los padres, pero de una manera parece ser planificada porque no sólo aumenta el número de cambios de vivienda en el mismo año del segundo nacimiento sino *ya en el año anterior*. Sin embargo, la alteración que supone el tercer o superior orden de hijo sobre la estabilidad residencial aparece como un elemento inesperado ya que el incremento apreciable de la tasa se produce *un año después del nacimiento*: parece como si estos nacimientos pillaran de sorpresa a los padres y tuvieran que ajustarse residencialmente cuando es necesario *a posteriori*.

Gráfico 6.11. Tasas de movilidad residencial según la distancia temporal con el nacimiento de un hijo según orden. Provincia de Barcelona. (Momento cero = 1985, 1986, 1987)



Fuente: ESD, elaboración propia

Pasemos al detalle. El repaso a las tasas de movilidad residencial antes, en coincidencia y tras el nacimiento del primer hijo muestra que este acontecimiento familiar no parece afectar la evolución de las tasas. El máximo, muy por encima del 10% anual, se encuentra dos y tres años antes, es decir y aproximadamente, cuando se constituye la pareja. Tras esa hipotética transición de pareja las tasas de movilidad descenderían progresivamente, pasando indiferentemente por ese primer nacimiento, y sólo se verían alteradas al alza dos años después del nacimiento. ¿Qué suele pasar en muchas parejas dos años después del nacimiento del primer hijo?

Responderíamos que la llegada de un segundo hijo. Sí parece claro que el segundo hijo es motivo para unos pocos de un cambio residencial. Apuntaría que no más del 7-8% de los sujetos que pasan por este acontecimiento deciden acometer una transición residencial. Para la inmensa mayoría el aumento de la familia no altera las relaciones existentes entre hogar y espacio físico. La vivienda en que se aloja la mayoría de los hogares jóvenes puede admitir sin problemas un tamaño estándar de cuatro personas. Ahora bien, los que se mueven lo hacen de una manera bastante planificada. La punta de movilidad no sólo se observa en el mismo año del nacimiento lo que ya indica un cierto grado de previsión (la adquisición de una nueva vivienda no es un acto instantáneo), sino que se extiende, con menor intensidad, al año anterior. Para algunos el cambio de vivienda sería un requisito para tener ese segundo hijo. Los que tienen un tercer hijo o de grado superior aumentan su movilidad

residencial después del nacimiento lo que quizá nos indica la existencia de un cambio no planificado con antelación: este hijo, en el contexto actual, puede bien ser un hijo “sorpresivo” que para algunos significa la entrada en una fase de inadaptación a la vivienda que tiene que resolverse en seguida. La tasa máxima se obtiene en el año siguiente, con cerca de un 8%, y también puede detectarse una cierta alta movilidad en el mismo año del nacimiento.

6.4.4 Movilidad residencial alrededor de la disolución de la pareja.

Las personas que ven frustrado su proyecto de pareja están obligados por fuerza a realizar en muchas ocasiones un cambio de vivienda. En el análisis de las tasas de movilidad ligadas a la transición así se observaba. Igualmente veíamos que la inestabilidad residencial se prolongaba posteriormente y descendía con la edad. Identificábamos también un posible efecto de duración de la transición. En este momento pasaremos a estudiar la movilidad residencial que rodea temporalmente a ese acontecimiento de hogar (Gráfico 6.11). El patrón resultante es bastante similar al de formación de pareja: una punta de movilidad justo en el momento de la disolución y una cola de alta movilidad que va disminuyendo progresivamente en los tres años posteriores. Si en la E.S.D. se recoge el año de fin de la convivencia (y no otras fechas como la de disolución legal, concesión de divorcio, etc.) por definición la elevada movilidad posterior sería debida a los problemas de inestabilidad residencial planteados por la nueva situación (reducción de la renta disponible, tenencia y calidad no satisfactorias). En efecto, entre un tercio y la mitad de los divorciados/separados que se desplazan uno o dos años más tarde ya habían cambiado de vivienda en el momento de la transición de hogar; aproximadamente, un ocho por ciento del total de individuos afectados por la disolución.

Hay pocas diferencias entre hombres y mujeres. Aunque quizá superando los límites razonables que la significación estadística nos marcaría podemos decir que el hombre se mueve más tanto en el momento de la separación como en los inmediatos años posteriores.

La elevada movilidad residencial que se observa en los años anteriores al fin de la convivencia en pareja hay que atribuirlos a su vez a la cola de movilidad producida por la formación de la pareja: la mayoría de las disoluciones no biológicas suceden poco después de la unión.

6.4.5 Movilidad residencial alrededor de la viudez.

La viudez es la transición de hogar que suscita menos movilidad residencial tal como se ha dejado de manifiesto anteriormente. Pero en comparación con lo que sería el nivel en condiciones de normalidad la alteración de la estabilidad residencial es notable. Si en los años anteriores a la viudez el número de cambios residenciales raya en lo inexistente, justo en coincidencia con la transición casi el

9% se ven impelidos a efectuar un cambio residencial. Ahora bien, la otra característica que define el comportamiento residencial durante la viudez es que la insatisfacción residencial o la necesidad de anular la soledad se siente con intensidad a lo largo de un período que se inicia con la viudez pero que se extiende unos años más. De esta forma se ve que las tasas de movilidad continúan altas en los dos años posteriores y en su inmensa mayoría los que se mueven con posterioridad no lo hicieron en coincidencia con la viudez. Se trata de movimientos de evaluación y adaptación a la nueva situación. En esos tres años iniciales un 23% de los viudos de ambos sexos cambió de vivienda lo que nos dibuja mejor el impacto que la nueva condición de hogar tiene sobre los que la sufren.

7. REDES SOCIALES, PROXIMIDAD Y ESTRATEGIA RESIDENCIAL

Hasta ahora se ha seguido una óptica individualista de las relaciones entre movilidad residencial y evolución familiar: el individuo inicia su ciclo familiar y paralelamente formula una demanda residencial y la ejerce en forma de cambio de vivienda. Sin embargo, entre la continuación de la demanda y el ejercicio final espacial, se produce el proceso de decisión concreta. El proceso de decisión consta a nuestros efectos de tres elementos principales: hacer o no el cambio, cuándo efectuarlo y dónde ubicar la nueva vivienda. Argumentaremos que el proceso de decisión es una actividad no individual sino colectiva, en la que no sólo intervienen los miembros del hogar, sino los diferentes vínculos de sociabilidad que se sitúan simbólica y físicamente en derredor. El hogar tiene en cuenta dónde se localiza la red familiar y social próxima para decidir dónde va a residir. La reducida movilidad residencial que hemos encontrado, muy centrada en la primeras fases del hogar, potencia la importancia del papel que el deseo inicial de permanecer cerca de la red familiar tiene sobre la localización durante un largo periodo posterior de vida del hogar, quizás mucho después de que hayan desaparecido los intercambios generacionales.

7.1 Convivencia en el nuevo hogar tras un cambio de vivienda. Una primera visión de las redes sociales y familiares.

¿Con quién va a vivir el sujeto tras efectuar un cambio de vivienda? En la mayoría de los cambios tal como los hemos estudiado hasta el momento la convivencia en la nueva vivienda viene a ser una continuación de la situación de pareja y de hogar anterior o es evidente en función de la transición de pareja efectuada. En otros casos la situación de convivencia en que queda el sujeto no se sabe de antemano: ¿con quién correcede el divorciado que deja la anterior vivienda común? ¿dónde va la viuda que deja su vivienda a una edad muy avanzada? ¿viven solos, con otros miembros de la familia, con otras personas? En este apartado, pretendemos estudiar someramente este aspecto en función de las situaciones o transiciones de hogar en que se efectúa el cambio de vivienda y la edad del sujeto.

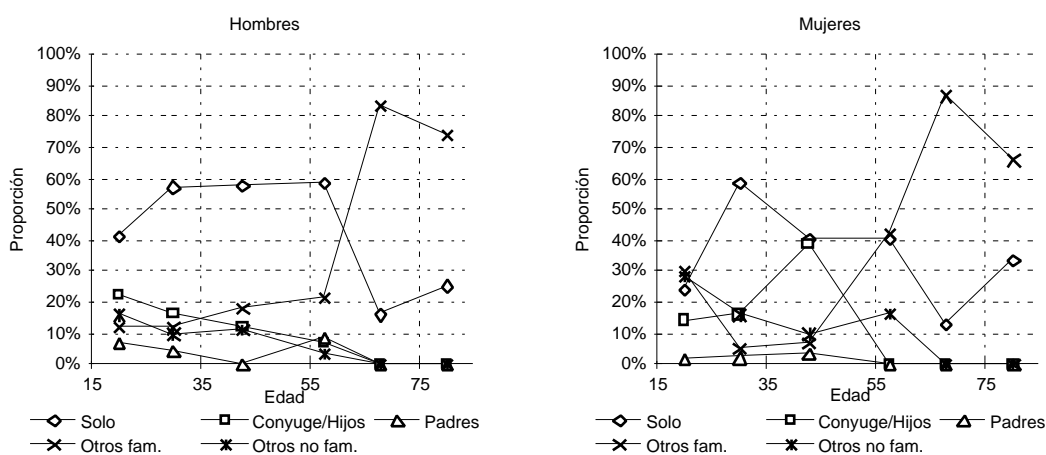
La información que recabaremos y comentaremos nos tiene que servir para observar si la población utiliza y cómo utiliza las redes sociales en las que está insertado en casos de necesidad más o menos perentoria. Estas observaciones conectan con el comentario que dedicaremos a la estructura residencial de las personas próximas al sujeto, lo que nos servirá para aproximarnos, siquiera de una manera rudimentaria, al tema básico de las estrategias de elección de la localización residencial. La elección de la vivienda y de su ubicación espacial no dependen sólo de las necesidades y preferencias del individuo en solitario o del hogar en que se inserta sino también de la localización de los miembros próximos de la red social ya sea para no perder una ayuda cotidiana necesaria, por motivos

más ligados al deseo de no tensar en demasía los vínculos establecidos, tanto con la familia y amigos, como con el marco espacial donde uno se ha desarrollado como ser social. El aspecto que trataremos ahora puede resultar en ocasiones un caso extremo de condicionamiento de la elección de la vivienda: si un divorciado joven quiere volver a vivir con los padres escoge por fuerza la vivienda de éstos, no se dará el caso en que obligue a trasladarse a ellos para vivir juntos en una nueva vivienda.

Los que forman pareja y los que están en pareja viven, por definición, con el otro miembro de la pareja en la nueva vivienda, ya sea la primera o producto de una transición adicional. Esto es así en porcentajes que superan el 95% dejando un margen para posibles errores de declaración o de datación temporal de una y otra trayectoria, familiar y residencial. Complementariamente, los que declaran estar en situación de dependencia continúan viviendo abrumadoramente con sus padres en la nueva vivienda. En ambos casos, ni la edad ni el sexo introducen nuevos elementos que varíen este panorama.

Cuando el sujeto vive emancipado sin pareja se encuentra en situaciones de convivencia bastante diferentes. La opción mayoritariamente elegida es la de soledad, más entre los hombres que entre las mujeres (49% frente a 35%) y sobre todo en las edades centrales, entre los 25 y 65 años de edad. Sin embargo, las pocas personas que no han formado nunca pareja y tienen más de 65 años tienden a buscar la compañía de otros individuos en la nueva vivienda, sobre todo la de otros familiares. Este sería el caso de personas discapacitadas que, al fallecimiento de sus padres, son acogidos en la vivienda de otros miembros de la red familiar. El recurso a otros familiares es importante en casos de emancipación traumática como son la mayoría de las producidas en edades muy jóvenes. Hasta los cincuenta años de edad se observa un contingente apreciable de individuos que viven con cónyuge o hijos, reflejando la existencia de un flujo de salida de este estado para formar una unión y algunos casos de movimientos de hogares monoparentales. Otras opciones como compartir la vivienda con otros individuos no familiares son minoritarias, pero curiosamente más entre los hombres (12 frente a 20%). En las mujeres es una opción que supera la de vivir en solitario en el grupo de edad 15-24. Vemos por tanto que bajo la etiqueta de emancipado sin pareja hemos tratado de manera simplificada un número variado y muy heterogéneo de situaciones de convivencia. En la mayoría de estas situaciones podemos presumir la imbricación directa del sujeto en la decisión individual: cuando vive en solitario, con cónyuge o hijos, con otras personas no familiares. No así cuando convive con otros familiares, especialmente cuando nos damos cuenta de que el sujeto por lo general tiene una edad que promueve la dependencia. Podemos decir, siguiendo este razonamiento, que un 16% del conjunto de cambios de emancipados sin pareja, los que sirven para convivir con otros familiares, hacen dudar de su carácter autónomo.

Gráfico 7.1. Convivencia en el nuevo hogar tras un cambio residencial coincidente con el estado o la transición a emancipado sin pareja. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

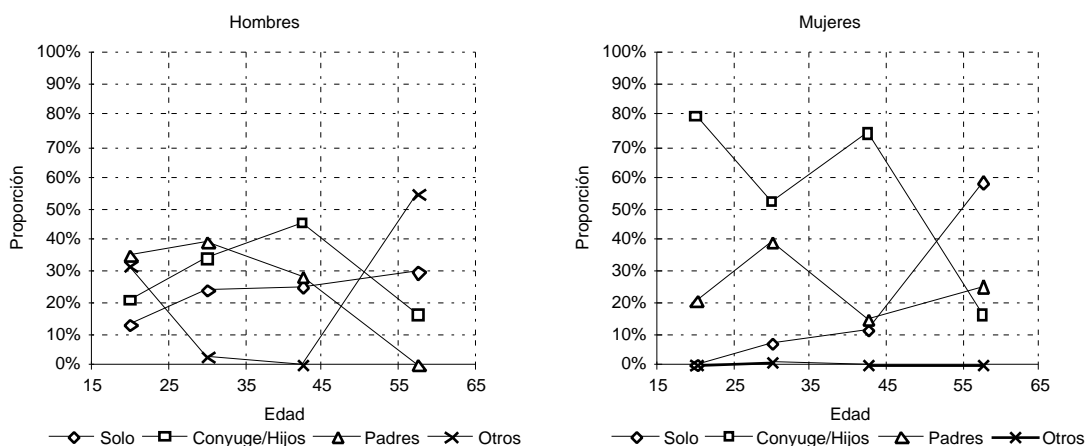
Con respecto a la localización de la nueva vivienda, y entramos así en la cuestión de las estrategias espaciales, puede hacerse una digresión interesante, anticipando lo que trataremos en el capítulo siguiente. Cuando el sujeto es responsable absoluto de la elección de la nueva vivienda, la mayor parte de los desplazamientos, alrededor del 60%, no superan el marco municipal. Sólo cuando intervienen más personas o el sujeto se ve obligado a residir en la vivienda de otras personas los movimientos intermunicipales son mayoritarios. ¿Quiere ello decir que a mayor grado de autonomía en la responsabilidad de la elección aumenta el deseo de permanecer en el mismo municipio? Y la cuestión más difícil y seguramente más importante, ¿hasta qué punto se trata de una elección y no de una determinación? Sin embargo, hay que decir que en comparación con el total de la movilidad residencial de la población la parte de desplazamientos residenciales que se convierten en migratorios es, como veremos, superior.

Más interesante aún es observar la convivencia en otras situaciones de hogar, como la de los separados y divorciados. En este caso las diferencias por sexo son básicas y nos encontramos ante dos tipos de desplazamiento totalmente diferentes. Asimismo, diferenciaremos entre la convivencia lograda justo en el momento del cambio que coincide con la transición de pareja y la que se relaciona con la movilidad posterior en situación de separación o divorcio.

Sólo un tercio de los hombres que parten de la vivienda cuando se disuelve la pareja lo hace en compañía de sus hijos, mientras que las mujeres se ven acompañadas por ellos en el 56% de los casos (Gráfico 7.2). El porcentaje depende también de si en realidad la pareja tenía hijos o no, pero se observa claramente que los hijos tienden a quedarse con la madre. El hecho de que uno u otro cónyuge consiga o se vea obligado a tener la custodia de los hijos es un factor de inmovilidad residencial. Así un 77% de las

mujeres y un 58% de los hombres que se separan y no cambian de vivienda continúan viviendo con sus hijos.

Gráfico 7.2. Convivencia en el nuevo hogar tras un cambio residencial coincidente con una transición de separación o divorcio, por edad en el momento del cambio y sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

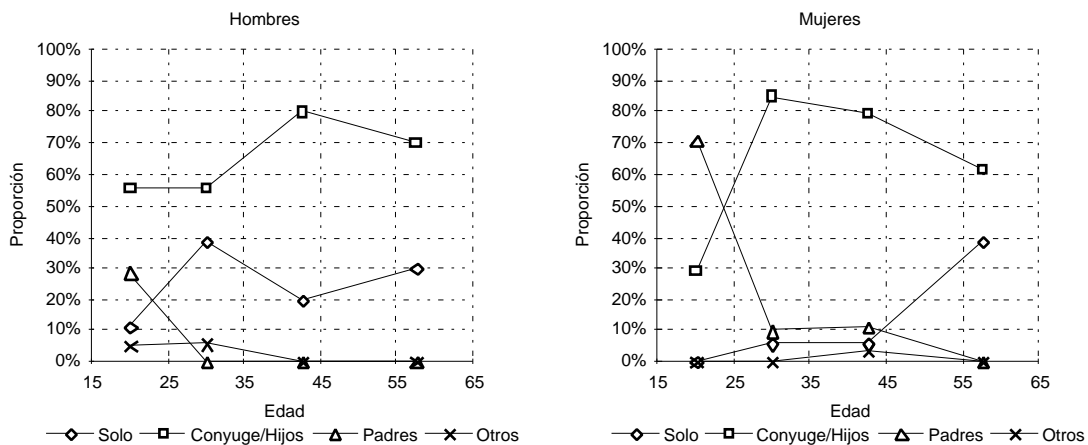
Los hombres que no efectúan el cambio de vivienda con sus hijos prefieren volver con sus padres (31%) a irse a vivir solos (23%) y esto es así sobre todo en los menores de 50 años, entre otras cosas porque la probabilidad de que éstos sigan vivos cuando el sujeto es mayor se reducen. A partir de esa edad entra en juego la convivencia con otros familiares o con otras personas. En todas las edades, la opción más prestigiada, es decir, el vivir en solitario, es la minoritaria. Más aún, este cambio en solitario se efectúa de una manera rápida, con una elevada idea de provisionalidad: de ahí, el dominio de los cambios intramunicipales (84% en los hombres, todos los recogidos en las mujeres), se recurre a una solución rápida en el contexto más conocido, sin explorar otras opciones más lejanas quizás mejores pero que signifiquen más inversión temporal en la búsqueda.

En las mujeres las dos salidas de convivencia contempladas en el momento del cambio de vivienda coincidente con el fin de la pareja son o continuar con los hijos o volver con los padres. Vivir sola se convierte en una opción forzada cuando los primeros están ya emancipados y los segundos han desaparecido o no pueden acogerla; es una opción de mujeres de avanzada edad.

Cuando se efectúan movimientos residenciales en situación de separado o divorciado predomina la convivencia posterior con hijos o cónyuge. Puede que haya un cierto grado de error en la información por cuanto entrar a vivir con otra pareja tendría que eliminar al sujeto de este subgrupo estudiado y, sin embargo, cuesta admitir el elevado porcentaje de coresidencia con hijos en los hombres a todas las edades. Es digno de mencionar que el recurso a la soledad sigue siendo una opción minoritaria y sólo

tiene un peso apreciable entre los hombres adultos maduros (35 a 49 años) y las mujeres de 50 a 64 años. Por otro lado, el recurso a los padres aparece como factible sólo en el momento de la disolución, como solución de urgencia, pero no después. Una vez asentado el individuo en la nueva situación desaparece este recurso salvo en los muy jóvenes.

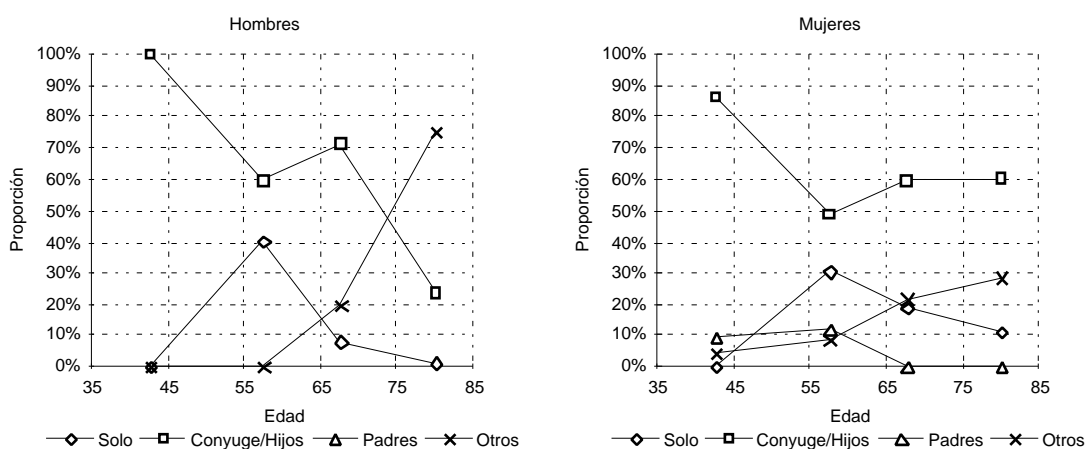
Gráfico 7.3. Convivencia en el nuevo hogar tras un cambio residencial en estado de separación o divorcio, por edad en el momento del cambio y sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

En el caso de la viudez la red familiar existente condiciona extraordinariamente cuando se efectúa un cambio de vivienda (Gráfico 7.4). Más del 58% de los cambios efectuadas por viudas y un 46% de los de viudos se producen en compañía de los hijos o, minoritariamente, para ir a vivir con otra pareja. La presencia de hijos pequeños en viudeces prematuras o el recurso a los hijos emancipados en el caso de las edades avanzadas explican el dominio de este tipo de convivencia en casi todas las edades. La diferencia a favor de las mujeres se explica sobre todo por la edad media menor de las viudas que favorece la presencia de hijos no emancipados en el hogar del sujeto y porque a edades superiores las mujeres tienden más a corresidir en casa de los hijos. Los desplazamientos residenciales para vivir en solitario sólo se producen en un 17% de los casos masculinos y en un 9% de los femeninos. En este caso influye sobre todo el peso sobre el total que tiene el grupo 50-64 en el que esta opción es muy frecuentada tanto en hombres (41%) como en mujeres (30%) ya que los hijos suelen estar ya emancipados, pero el sujeto todavía es totalmente autónomo en la vida cotidiana. Cuando los hijos no existen o no se ofrecen como ayuda y las condiciones de vida tienden a deteriorarse toma protagonismo el recurso a otros familiares: más del 20% de los movimientos de viudas de más de 65 años acaban en este tipo de convivencia y más del 75% de los de viudos de más de 75 años.

Gráfico 7.4: Convivencia en el nuevo hogar tras un cambio residencial en situación o transición a viudez, por edad en el momento del cambio y sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

En este tipo de movimientos en que el apoyo de la red social de proximidad es básico se entiende que el sujeto intente conservar la cercanía con el domicilio anterior. De hecho, como ya se ha visto, el sujeto viudo intenta mantener lo más posible la antigua vivienda y sólo efectuará un cambio cuando sea imprescindible. En esta línea se entiende que el 75% de los cambios de vivienda son intramunicipales. A mayor fragilidad de la situación, mayor es el peso de los cambios internos, así se explica que su peso en el caso de los hombres sea de más del 88% y sólo del 70% en las mujeres. También se prueba así, como veremos en apartados posteriores, que de hecho la red familiar de apoyo (hijos, otros familiares) se ha ido constituyendo en el entorno cercano del sujeto.

7.2 La localización residencial de la red familiar

En un contexto socioeconómico en que la familia sustituye en muchas ocasiones al Estado en la prestación de diferentes servicios, el mantenimiento de la accesibilidad espacial facilita los flujos de ayuda. La cercanía residencial respecto la familia se constituye en un valor buscado en la elaboración del proyecto residencial. Esta cercanía se facilita por el mantenimiento de una elevada endogamia local en la constitución de las parejas en un entorno metropolitano como el de Barcelona.

7.2.1 Algunos elementos teóricos sobre la endogamia residencial.

En este apartado y en el siguiente trataremos de dos aspectos que nos escenifican en el espacio el proceso de creación de un nuevo hogar mediante una pareja. Los sujetos que constituyen una unión

marital o un matrimonio pueden proceder o no del mismo lugar de residencia y la vivienda donde se forma el nuevo hogar puede estar o no en alguno de sus anteriores lugares de residencia.

El primer aspecto de nuestra cuestión no tiene que ver directamente con la plasmación de una estrategia de localización residencial, sino más bien con la expresión espacial del mercado matrimonial. Este mercado donde confluyen los candidatos a formar una pareja que al mismo tiempo funcionan como oferta y como demanda no tiene una localización fija. Este mercado funciona de una manera difusa en los lugares y en los momentos en que miembros “emparejables” confluyen para que puedan convertirse en candidatos reales para la otra persona. Cuantas menos veces coincidan dos personas concretas “deseosas” de iniciar una relación de pareja, más difícil será que la formen entre sí. Las variables que intervienen para propiciar esas coincidencias de trato son de diversa índole: encontrarse en situación de ser candidato, es decir, mejor no tener pareja previa; tener una edad parecida; realizar actividades semejantes y, también, tener una parte común de la red de conocidos y amigos. Estas condiciones se potencian en condiciones de proximidad espacial de las residencias ya que las oportunidades de encuentro se multiplican.

En un área urbana como la de Barcelona, la proximidad de la residencia de los jóvenes potencia la creación de parejas. Dicho de otra manera, la mayoría de las parejas que se formaron durante los ochenta vivían antes de unirse a corta distancia el uno del otro. Este comportamiento no difiere en absoluto de lo que ha sido normal en generaciones anteriores y de procedencias espaciales diversas: ha dominado una endogamia espacial en la formación de parejas. Cabría pensar que en los tiempos actuales los jóvenes tuvieran más oportunidades de encuentros cotidianos o de multitud de encuentros fortuitos con otros jóvenes que viven en zonas alejadas del área urbana, en otros municipios: la entrada masiva en la universidad de ellos y ellas, la extensión de pautas uniformes de ocio nocturno en lugares comunes donde acceden jóvenes de todo el área, la incorporación en el mundo del trabajo en puestos alejados del lugar de residencia, etc. Sin embargo, nuestros datos se obcecaban en decirnos que no, que la mayoría de las parejas se forman con individuos que viven cerca el uno del otro, aunque sí la proporción ha ido disminuyendo ligeramente.

Diferentes investigaciones han analizado la forma en que se constituyen las parejas, el momento y el lugar del primer encuentro, la duración de ese período previo o noviazgo anterior a la unión. Se observa la importancia de las relaciones sentimentales en edades jóvenes (Iglesias de Ussel, 1987: 21-22), o la coherencia de la elección de pareja con los medios y lugares de socialización más frecuentados (Domingo, 1997): existe una intensa homogamia espacial, social y generacional. En lo que nos interesa, estos estudios, especialmente el de Domingo en que se explotan unas interesantísimas entrevistas en profundidad, inciden en el mantenimiento de la cercanía residencial como un producto, quizá no explícitamente buscado, de este proceso de elección de pareja, en una edad muy joven en que las pautas de relación social de los jóvenes son todavía eminentemente locales: enseñanza secundaria, ocio

y diversión en el barrio... Sin embargo, tal como indica Mendizábal (1996a), las generaciones jóvenes cada vez más tienden a salir del medio local para la realización de sus actividades cotidianas y estas actividades, cada vez de alcance menos local (universidad, asociacionismo, etc.) tienden a estar menos segregados sexualmente (Domingo, 1997) por lo que las oportunidades de encuentro aumentan. Cada vez tendrán menos importancia otras vías más tradicionales de encuentro como la discoteca o el baile local, que compensaban la tradicional segregación sexual de las actividades.

Fuera de España también se han realizado diferentes investigaciones al respecto. Por ejemplo en Francia se han construido varias encuestas sobre la elección del cónyuge (Girard, 1964; Bozon, Heran, 1987, 1988). Bozon y Heran resaltan la importancia de la pertenencia social para explicar el proceso de elección del cónyuge, mecanismo que, al considerar la existencia de una cierta segregación espacial, explicaría el hecho de que las oportunidades de que una pareja se forme varían en razón inversa de la distancia que separa los domicilios de los protagonistas, relación que aparece en diferentes estudios anteriores (Kerckhoff, 1964; Catton, Smircich, 1964). Rodríguez García (1997:103-113) realiza un repaso sistemático a las teorías de la *propinquidad* o endogamia residencial en conexión con la homogamia social.

7.2.2 *Residencia anterior de los que formaron pareja en los ochenta.*

Las uniones formadas en los años ochenta presentaban una endogamia residencial de un 67%. Definiremos endogamia residencial como la proporción de individuos cuya pareja vivía en el mismo municipio de residencia antes de empezar la vida en común. El municipio nos tiene que equivaler a local, a próximo ya que es la escala espacial inferior facilitada por la E.S.D. Introducimos así un cierto grado de inexactitud y heterogeneidad según como sea el municipio de residencia. El municipio de Barcelona seguramente excede lo que algunos considerarían como cercano, próximo y algunos municipios rurales de la periferia barcelonesa en nuestro contexto de elevada movilidad cotidiana son demasiado pequeños para agotar esa idea¹. Pues bien, esa endogamia residencial de las parejas recientes en este contexto urbano ha tendido a disminuir respecto las generaciones anteriores. En los mayores de 50 años ese porcentaje no baja del 75%, personas que en su mayoría se casaron bastante antes de 1981. Se confirma, por lo tanto, que las nuevas condiciones de vida y de relaciones sociales de los jóvenes facilita el contacto con otros individuos externos al contexto espacial local y la formación de parejas exogámicas espacialmente. Sin embargo, la disminución de la endogamia no puede ocultar el gran peso todavía existente de la cercanía para explicar las pautas de formación de relaciones de pareja, ya sea por la

¹ En la parte I se ha visto la interdependencia entre los pequeños municipios periféricos conformando áreas que podemos interpretar como de relación diaria.

influencia de las redes sociales de elevada frecuentación local o por el sesgo de homogeneidad social que interviene en la localización residencial.

Lógicamente no se aprecian diferencias por sexo y la evolución de la endogamia residencial ha sido inapreciable a lo largo de la década. Sí se observa que la edad influye en el nivel de endogamia residencial, ahora siempre en los años ochenta (Tabla 7.1). Las parejas formadas a partir de los 35 años de edad (del sujeto entrevistado) elevan su endogamia residencial por encima del 70% progresivamente y alcanza niveles rayanos con la inexistencia de exogamia en las edades viejas.

Tabla 7.1. Endogamia local de los sujetos que forman pareja durante los años ochenta según edad a la unión. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Edad	Porcentaje
15-24	68,0%
25-34	65,3%
35-49	70,9%
50-64	79,0%
65-74	95,7%
Total	67,4%

Fuente: ESD, elaboración propia

Si introducimos en este momento una nueva variable, clave en la segunda parte de la tesis, como es el tamaño de hábitat en el que vivía el sujeto antes de constituir una pareja (Tabla 7.2), se aprecian diferencias muy significativas. Cuando el municipio de residencia es menor de 20.000 habitantes la endogamia residencial es inferior al 50%, más de la mitad de las parejas resultantes no vivían previamente en el mismo municipio. En el otro extremo más del 76% de los sujetos residentes en Barcelona antes de iniciar una unión encontraron su pareja en la misma Barcelona. Entre medias se sitúan el resto de tamaños de municipio. Sin embargo, destaca la baja endogamia de los grandes municipios de la conurbación barcelonesa frente a la elevada endogamia relativa de los grandes municipios de la segunda corona. En el primer caso, está claro que la definición de lo local y próximo supera la demarcación municipal, la cual en pocos casos de ese nivel delimita unidades funcionales con personalidad autónoma.

La pertenencia social del sujeto influye también en el grado de endogamia residencial (Tabla 7.3). Constatemos los resultados empíricos y desarrollemos a continuación una suerte de explicación que se deja a la libre discusión. Los sujetos que pertenecen a la categoría socioeconómica alta se emparejan con individuos de su mismo municipio en una proporción que supera el 73%, claramente por encima del 67% general. En el otro extremo de la escala social los sujetos de clase baja tienen una endogamia residencial del 70%, ligeramente por encima del 66% del resto de los que formaron pareja en el período analizado. Al observar estos datos se me ocurrió que podría haber un sesgo producido por la desigual distribución en función del hábitat de los individuos según clase social. Es decir, que la endogamia residencial fuera mayor en la clase alta porque estos suelen vivir en los grandes municipios, en donde dicha endogamia es mayor, por ejemplo Barcelona. Para ello he calculado los indicadores anteriores en función del hábitat de residencia anterior a la constitución de la pareja. Los resultados corrigen un poco los datos anteriores aunque no del todo. En los municipios urbanos (de 20 mil habitantes hasta el municipio de Barcelona) se observa claramente que la mayor endogamia residencial la posee en este caso la categoría baja, seguida por la clase alta y a bastante distancia estarían ya las capas medias. ¿Cómo explicar estos resultados? La alta endogamia de los más desfavorecidos habría que relacionarla con el menor acceso a las vías actuales de relación social: la universidad, el trabajo lejos del domicilio, las formas modernas de ocio, etc. Hay una menor duración de los estudios que a menudo no se prolonga más allá de la educación primaria y la falta de preparación para el mercado laboral le limita bastante a ocupaciones de bajo nivel ligadas al conocimiento del mercado local. Las amistades, por su parte, sufrirían una menor rotación y seguramente serían más duraderas. Los círculos de relación, por último, de donde surgen los candidatos a pareja se extienden poco más allá del municipio de residencia.

Tabla 7.2. Endogamia local de los sujetos que forman pareja durante los años ochenta según nivel de hábitat previo a la unión. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Tamaño del municipio	Porcentaje
< 5.000 hab.	49,8%
5.000 - 20.000 hab.	46,4%
20.000 - 100.000 hab.	63,7%
> 100 mil hab. 2a corona	79,2%
> 100 mil hab. 1a corona	70,2%
Barcelona	78,8%

Fuente: ESD, elaboración propia

Tabla 7.3. Endogamia local de los sujetos que forman pareja durante los años ochenta según categoría socioeconómica por tamaño de municipio previo a la unión. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Tamaño del municipio	Alta	Media alta	Media baja	Baja
< 5.000 hab.	66,1%	49,5%	41,5%	47,8%
5.000 - 20.000 hab.	42,2%	39,5%	52,4%	44,0%
20.000 - 100.000 hab.	65,8%	61,0%	63,0%	67,4%
> 100 mil hab. 2a corona	84,5%	78,8%	73,5%	85,3%
> 100 mil hab. 1a corona	72,3%	61,6%	72,2%	75,7%
Barcelona	81,8%	76,3%	77,7%	87,3%
Total	73,0%	67,1%	67,8%	70,6%

Fuente: ESD, elaboración propia

La endogamia residencial de los más favorecidos socialmente debe relacionarse con la endogamia de clase que suelen practicar. Los candidatos ideales para formar pareja se mueven dentro de un círculo también espacialmente próximo. En Pinçon y Pinçon-Charlot (1990) se puede encontrar un ejemplo, de París, de cómo las clases altas aprovechan la segregación residencial que se autoimponen para garantizar esa endogamia social que facilita su reproducción como grupo. Si aceptamos la noción de que las mujeres no pueden aceptar formar pareja con alguien de inferior categoría a no ser contraviniendo las reglas del grupo, mientras que esto sí estaría permitido a los hombres se debería colegir en nuestros datos que la endogamia residencial tiene que ser mayor en las mujeres de clase alta. Efectivamente, en los datos se apunta, sin querer profundizar en ello porqué peligraría la significación estadística, que en los sectores privilegiados (Barcelona) esa hipótesis se cumple, no así en el resto.

En definitiva, se ha apreciado una relativamente alta endogamia residencial actualmente en disminución respecto a otras generaciones que formaron pareja en otros contextos sociales y espaciales. Esta endogamia es menor entre los jóvenes con unas prácticas cotidianas que les mantienen en contacto continuo con individuos procedentes de más allá de su espacio local estricto. La endogamia es mucho menor en los municipios pequeños ya que éstos, en las condiciones actuales del mundo rural, no acotan ni mucho menos lo que es el espacio de vida cotidiano de sus habitantes. La posición social limita la apertura al resto del espacio metropolitano, por condicionantes que limitan su conocimiento espacial (clases bajas) o social (clases altas). La disminución de la endogamia residencial se produce sobre todo en las clases medias.

7.2.3 Elección del lugar de residencia tras la unión.

¿Cómo condiciona esta endogamia residencial la elección de la localización de la nueva vivienda del hogar que comienza? Este será el objeto de nuestras próximas líneas. En primer lugar hay que dejar claro que hay un número considerable de sujetos que no cambian de vivienda cuando inician una nueva relación. En el conjunto de la población que realiza esta transición de hogar durante los ochenta el porcentaje es del 27%, y del 25% en el grupo central 25-34. Dejaremos de lado a este colectivo, no sin indicar antes que la proporción de inmóviles de este tipo no varía en función de la residencia anterior de la otra persona. Por tal de evitar posibles sesgos, concentraré los comentarios que siguen en el comportamiento residencial de las parejas formadas por sujetos que tenían entre 15 y 34 años que concentra más del 90% de las uniones, en su mayoría primeras uniones.

Tabla 7.4. Distribución de la movilidad residencial coincidente con una unión de pareja según nivel de localismo por sexo y origen espacial del otro miembro de la pareja. Edad de la unión: 25-34. Provincia de Barcelona, 1982-1990

Sexo	Origen espacial pareja	Movimiento intramunicipal	Movimiento migratorio
Hombre	Mismo municipio	83,9%	16,1%
Hombre	Otro municipio	43,7%	56,3%
Mujer	Mismo municipio.	87,5%	12,5%
Mujer	Otro municipio	44,6%	55,4%
Ambos sexos	Mismo municipio.	85,8%	14,2%
Ambos sexos	Otro municipio	44,1%	55,9%

Fuente: ESD, elaboración propia

La endogamia residencial se ve completada por un acentuado localismo en la elección de la nueva vivienda. El 72% de los sujetos que se emparejan y cambian de vivienda continúan residiendo en el mismo municipio en que lo hacían con anterioridad. O lo que es lo mismo sólo el 28% de los que se mueven efectúan una migración, una proporción ligeramente inferior a la del conjunto global de los que cambian de vivienda. A este nivel de análisis no se observan diferencias entre hombres y mujeres, ambos colectivos tienen las mismas propensiones a irse de su municipio cuando se emparejan.

¿Qué sucede cuando los dos son del mismo municipio? Pues que mayoritariamente seguirán residiendo en el mismo municipio (Tabla 7.4). Alrededor del 85% de estas parejas residencialmente endogámicas eligen el mismo municipio de residencia: la transición de pareja no significa ruptura con el contexto local en donde se han conocido. Si la pareja que se forma proviene de municipios diferentes (pero dentro de la provincia de Barcelona) el porcentaje de migraciones lógicamente tiene que aumentar: como mínimo uno de los dos tiene que cambiar de municipio, aunque sea al de residencia anterior del otro miembro. Los datos de que disponemos parecen confirmar este proceso de transferencia a uno de los

municipios. El porcentaje de migrantes entre este colectivo es sólo un poco superior a la mitad (56%), lo que vendría a decirnos que sólo en un pequeño número de casos la pareja se va a vivir a otro municipio distinto de los dos anteriores.

El porcentaje de migración en parejas exogámicas es parecido en los dos sexos. Por lo tanto de nuestros datos no se infiere una preferencia para permanecer en el municipio ni de él ni de ella. La hipótesis previa iba en la dirección de esperar una mayor migración de hombres exogámicos, aunque no se ha cumplido.

Tabla 7.5. Distribución de la movilidad residencial coincidente con una unión de pareja según nivel de localismo por categoría socioeconómica del sujeto y origen espacial del otro miembro de la pareja. Edad de la unión: 25-34. Provincia de Barcelona, 1982-1990

Categoría socioeconómica	Origen espacial pareja	Movimiento intramunicipal	Movimiento migratorio
Alta	Mismo municipio	79,7%	20,3%
Alta	Otro municipio	49,6%	50,4%
Media alta	Mismo municipio	87,9%	12,1%
Media alta	Otro municipio	39,9%	60,1%
Media baja	Mismo municipio	87,5%	12,5%
Media baja	Otro municipio	49,0%	51,0%
Baja	Mismo municipio	82,6%	17,4%
Baja	Otro municipio	37,5%	62,5%

Fuente: ESD, elaboración propia

Al introducir la categoría social en el análisis (Tabla 7.5) observamos que son los jóvenes de categoría baja que tienden a migrar más cuando forman pareja, ya que sólo el 68% se queda en su municipio anterior mientras que el resto de la población tiene un porcentaje cercano al 73%. Las diferencias son poco significativas, a este gran nivel de detalle, cuando analizamos el comportamiento de los sujetos exogámicos residencialmente. Sin embargo, en los sujetos que encuentran su pareja en el mismo municipio se observa que tanto la categoría alta como la baja tienden a emigrar con mayor frecuencia (20% y 17% respectivamente, por un 12% del resto de la población). Es decir, estas categorías se abren menos al exterior de su espacio local para buscar pareja, pero son más abiertos en el momento de decidir la localización de la nueva vivienda. Seguramente esto es así por motivos diferentes. Las personas de clase alta tienen un conocimiento quizá mayor del territorio no local, como espacio de los posibles residenciales, y pueden renunciar a algunas de las ventajas de la permanencia en el lugar de residencia de la red familiar porque no necesitan tanto el contacto cotidiano. Las personas de clase baja se verían condicionados por el coste de la vivienda lo que obliga a muchos a renunciar a su ubicación local si

es céntrica. En el resto de casos el equilibrio entre coste de vivienda y ventajas de mantener la vivienda en el mismo contexto espacial puede resolverse para muchos a favor de este último término de la ecuación.

Pasemos ahora a plantearnos otra cuestión. ¿Son las propensiones a cambiar de municipio idénticas según el nivel de hábitat cuando un joven forma una unión en pareja? La respuesta es no. En esta cuestión parece funcionar una agregación en tres conjuntos: los municipios menores de 20 mil habitantes, Barcelona y su conurbación inmediata y, en tercer lugar, los grandes municipios de la segunda corona. Los municipios pequeños, de manera coherente con las explicaciones dadas anteriormente, se muestran como los más abiertos ya que más del 30% de las nuevas parejas jóvenes se localizan en distinto municipio del de residencia del sujeto. Los municipios más cerrados son los grandes municipios de la segunda corona ya que menos del 10% vivirá fuera: parece en este caso que la fuerza subyacente a mantener la proximidad residencial respecto el lugar de origen se ve favorecida por un mercado de la vivienda favorable a este tipo de demanda. En una situación intermedia (alrededor del 20%) se encuentra la conurbación central. Este esquema se repite al considerar por separado las parejas endogámicas y las exogámicas.

En la Tabla 7.6 se observa la distinta capacidad de retención y atracción de las distintas partes del territorio metropolitano en el caso de las parejas exogámicas. Cuando sólo uno de los dos miembros vivía con anterioridad en Barcelona es bastante más probable que se elija otro municipio, quizá el de la pareja. Cuando hay alguno que vivía en los grandes municipios de la segunda corona la probabilidad de elegir estos municipios se eleva a casi el 70% de los casos. Son los dos casos extremos de una elección en que priman las condiciones del mercado de la vivienda.

Sin embargo, aún más interesante parece el alumbramiento de una decisión residencial dual según el tipo de pareja en los municipios centrales. Que los dos viviesen antes en esos municipios, les incita a hacer un movimiento local con mayor intensidad que la del conjunto: movimiento que significa lograr la cercanía residencial a la red de apoyo. Cuando la pareja es exogámica, en la elección de donde ubicarse priman las condiciones del mercado de la vivienda y se elige no buscar vivienda en otro municipio.

Habría que investigar con más detenimiento el comportamiento diferencial por sexo cuando los dos miembros de la pareja son de municipios distintos observando qué pasa en municipios o tipos de municipios concretos. Con nuestro enfoque por niveles de hábitat no se encuentran diferencias, excepto quizá una: los hombres atraerían más a las mujeres en los grandes municipios periféricos de la primera corona que, por ejemplo, en el municipio de Barcelona, mientras que las mujeres tienden a dejar más fácilmente esos municipios periféricos si encuentran una pareja externa. En Barcelona hombres y mujeres tendrían parecidas intensidades de emigración. ¿Tiene que ver con los emparejamientos socialmente descendentes de los hombres y ascendentes de las mujeres?

Tabla 7.6. **Nivel de localismo de la movilidad residencial coincidente con una unión en pareja según origen espacial del otro miembro de la pareja y por tamaño de municipio anterior a la unión. Edad de la unión: 25-34. Provincia de Barcelona, 1982-1990**

Tamaño de municipio	Mismo municipio	Otro municipio provincia	Total
< 5.000 hab.	78,4%	52,9%	63,6%
5.000 - 20.000 hab.	74,4%	45,7%	60,2%
20.000 - 100.000 hab.	89,7%	45,7%	74,4%
> 100 mil hab. 2a corona	95,4%	69,4%	90,6%
> 100 mil hab. 1a corona	91,1%	47,9%	78,8%
Barcelona	91,9%	33,4%	80,9%
Total	89,9%	46,0%	76,7%

Fuente: ESD, elaboración propia

En definitiva, se nos confirma que la endogamia residencial es condicionada por un acentuado localismo residencial de las nuevas parejas, tanto porque la inmensa mayoría de las parejas homogámicas continúan en el mismo municipio y porque el resto de parejas suele escoger uno de los dos municipios como residencia. Puede estimarse en alrededor del 20% el número de parejas que va a vivir a un municipio completamente nuevo para ambos (porcentaje de endogámicos migratorios -9,3%- más el porcentaje de exogámicos migratorios cuya pareja, por definición también exogámica, migra a su vez, un 10,8%). El 80% restante no acabaría de renunciar a la cercanía respecto a las relaciones sociales y familiares anteriores.

7.2.4 *Relaciones de localización residencial entre padres e hijos emancipados.*

Como hemos visto eran pocas las parejas que se formaban en los años ochenta y que se establecían en un contexto espacial totalmente nuevo para ambos. El resto de parejas mantenía un hilo conductor con el que había sido el marco espacial donde se desarrollaron sus relaciones sociales. El elemento primario que se puede considerar en el momento de evaluar la distancia espacial respecto a esa red de parentesco y de relaciones sociales es la residencia de los padres. Los padres son aquellas personas que, por lo general, se quedan habitando la vivienda anterior de los que entran a la unión y que, además, son el núcleo fundamental de la red social y familiar. La relación que se mantiene con los padres abarca lo sentimental, pero también el apoyo concreto a diferentes niveles: ayuda monetaria, ayuda en la crianza de los hijos, otro tipo de favores cotidianos. En la literatura sobre el tema se privilegia la relación hija-madre y en este apartado intentaremos ver si en nuestro ámbito de estudio se puede también observar este lazo privilegiado en la estructura residencial de los padres respecto de los sujetos

emancipados que forman pareja. Se ha considerado la relación con el lugar de residencia de la madre, en vez de considerar ambos o el padre, ya que la madre es más probable que siga viviendo.

Si los sujetos entran a vivir en pareja mayoritariamente desde la vivienda paterna y si recordamos que en las edades maduras y viejas la movilidad residencial es baja, por lo que los padres suelen tener una estabilidad residencial elevada, podemos suponer que tiene que existir una elevada correspondencia entre la proporción de parejas que eligió vivir en el municipio de origen de al menos uno de ellos y la proporción de parejas que residen en el mismo municipio que alguna de las madres. En efecto, como un resultado elaborado se puede decir que algo más del 90% de las parejas en que el sujeto tenía entre 25 y 49 años en 1991 tenían alguna de las madres o ambas corresidiendo en el mismo municipio, siempre que el sujeto hubiese nacido en Cataluña y las madres siguiesen con vida. Es decir, la combinación del localismo en la elección de la vivienda, sede del nuevo hogar, durante los ochenta y la relativa estabilidad residencial de los padres produce que exista una extrema cercanía entre parejas recién formadas y padres, lo que permite la puesta en acción de estrategias de ayuda y apoyo cotidiano por parte de la práctica totalidad de parejas.

Según la literatura el nexo realmente importante para que la pareja joven recabe ayuda cotidiana es el de madre-hija, mientras que el de madre(padre)-hijo quedaría para ocasiones especiales (como puede ser ayuda financiera en momentos concretos). De esta manera, la mujer pareciera que debería presionar para que la nueva vivienda estuviera más cerca de su madre que de la madre de él. En realidad, en nuestro ámbito esta negociación tendrá oportunidad de darse en el 41% ² de parejas que no cumplen las condiciones de ser ambos del mismo municipio y no migrar. Podemos decir que marginalmente se prefiere la matrilocalidad pero no es el modelo mayoritario en los casos en disputa.

Vayamos por partes. Se observa una ligera matrilocalidad por cuanto de las parejas de 25-49 años, el 72% de las mujeres viven en el mismo municipio que su madre por un 67% de los hombres. Podemos combinar ambos porcentajes para realizar una aproximación a la relación residencial de las parejas con la madre:

Ambas madres viven en el mismo municipio	48%
Sólo vive la madre de la mujer en el mismo municipio	24%
Sólo vive la madre del hombre en el mismo municipio	19%
Ninguna madre vive en el mismo municipio	9%
Total de parejas con ambas madres vivas	100%

² Este porcentaje surge de restar a 100 las parejas endogámicas y localistas en su elección residencial, un 59% (65,3% de parejas endogámicas por la probabilidad de no cambiar de municipio cifrada en un 0,899)

Obsérvese en primer lugar que mientras un 48% de las parejas tienen a ambas madres en el mismo municipio, decíamos que un 59% (véase nota al pie 2, pág. 290) de aquellas eran endogámicas y localistas residencialmente. El primer indicador está calculado para 1991 y el segundo es un indicador de las parejas formadas en los años ochenta. La diferencia cabe atribuirla a la movilidad posterior de esas parejas que, como resultado, tendería a una separación respecto del municipio de origen y, en menor número, a la posible movilidad residencial de los padres.

Una primera lectura diría que marginalmente las mujeres suelen vivir más cerca de las madres ya que valdría ese 72% sobre el 67% de los hombres. Pero si descartamos el 48% en que parece que no se ha planteado la duda de potenciar la cercanía respecto de la madre de la mujer y nos quedamos con el 52% de parejas restante las cosas cambian un poco. Se habría impuesto la lógica de la matrilocidad en un 46% de estos casos³, mientras que en el 54% restante no⁴. De hecho, parece que ese factor no ha intervenido decisivamente en el proceso de decisión de la localización.

En un porcentaje nada desdeñable de sujetos emparejados en esa franja de edad (25-49) existe coresidencia con alguna de las madres en la misma vivienda. En este caso también marginalmente es más probable que se reproduzca en el hogar el nexo madre-hija (6% de las parejas de esa edad, nacidas en Cataluña y con la madre viva) que el de madre-hijo (5%). En el total de los sujetos alguna vez emparejados la proporción sube al 8% (6%, hombres; 10%, mujeres, en los casos en que la madre está viva). Por edad, los porcentajes aumentan paulatinamente llegándose a un 45% de coresidencia entre los sujetos femeninos entre 65-74 años con madres vivas. Intervienen con seguridad dos efectos; uno sería de edad, ya que conforme aumenta la edad del sujeto también lo hace la de la madre y sus problemas de autonomía residencial, pero también un efecto generacional: las generaciones antiguas han coresidido más con ascendientes que lo harán las generaciones actuales cuando envejezcan.

La E.S.D. permite reformular la cuestión tomando como elemento de referencia a los padres y observar donde viven sus hijos emancipados. Sólo retendremos aquellos hijos que residen dentro de la provincia de Barcelona. Esta nueva perspectiva nos confirma en los grandes datos que aparecían en los párrafos anteriores, ya que un 71% de los hijos emancipados coinciden en el mismo municipio de residencia. No se observan diferencias significativas por lo que respecta al sexo de los hijos en este nivel agregado. La información disponible nos ha permitido combinar dos variables que parecen interesantes: el sexo del hijo y el tiempo que hace que acabó la convivencia con los padres.

³ 46% = $24/52 * 100$

⁴ 54% = $100\% - 46\%$

Tabla 7.7. Corresidencia en el mismo municipio entre padres e hijos emancipados según sexo del hijo y duración de su emancipación. Provincia de Barcelona, 1991

Duración desde emancipación hijo	Hombre	Mujer	Total
0-2	74,7%	68,6%	71,6%
3-4	70,7%	71,1%	70,9%
5-9	70,4%	70,5%	70,4%
10-19	71,0%	72,8%	71,9%
20 y más	70,6%	74,1%	72,5%
Total	71,3%	71,9%	71,6%

Fuente: ESD, elaboración propia

Si observamos el efecto de la duración de la emancipación en exclusiva llegaríamos a la conclusión de que no afecta a la relación residencial padres-hijos ya que se mantiene ese 70-72%. Es cuando se introduce el sexo que empiezan a aparecer elementos dignos de interés. En las duraciones antiguas (más de 20 años) se observa una mayor cercanía de las hijas mientras que en las duraciones recientes (2 años y menos) son los hijos los que parece que tienden a residir más cerca de los padres (75% ellos por 69% ellas). La primera tendencia es más explicable si uno retiene en la cabeza una pretendida mayor cercanía residencial hijas-madre. Pero, ¿y la segunda tendencia? ¿Es un efecto de duración o, quizá más probablemente, un efecto del momento? Recordemos que los que acaban de irse de casa de los padres lo han hecho en el período 1988-91, justo cuando la crisis residencial muestra su mayor virulencia. Si retenemos en mente la idea aparecida en el marco teórico de que los lazos de ayuda financiera circulan más y mejor en el nexo padre-hijo varón (Apartado 2.6.2), es posible que en un momento en que el recurso a la ayuda de los padres se hace más acuciante se produzca el reflejo sobre la estructura residencial que hemos visto. Incluso este comportamiento diferencial entre hombres y mujeres se refuerza en el caso de los primogénitos. Dejemos este apunte y no profundicemos más porque cuando analizábamos el lugar de residencia de las parejas formadas en los ochenta no encontramos ninguna alteración significativa en el ritmo temporal.

7.2.5 *La relación residencial respecto a los hermanos.*

Los lazos espaciales entre las viviendas de padres e hijos y, previamente, entre las viviendas anteriores de los cónyuges son los más interesantes, sin duda, para estudiar la estructura residencial de los habitantes en relación con su contexto social y familiar. Aun así, la E.S.D. nos permite explorar otro tipo de nexos, los que se producen entre el sujeto y sus hermanos.

De lo dicho en los apartados anteriores se desprende que el localismo residencial de las parejas respecto sus municipios de origen y la cercanía respecto a los padres tiene que traducirse también en que los hermanos tiendan a vivir también unos cerca de otros. Efectivamente si consideramos sólo los hermanos que viven en la provincia de Barcelona, la proporción de los que lo hacen en el mismo municipio es de alrededor del 60% en las edades centrales (30-65) y de alrededor del 65% en los mayores de 65 años. Hay una mayor dispersión residencial entre los hermanos derivada en parte por el mayor número de personas involucradas; a mayor número de hermanos la proporción de los que viven en el mismo municipio es menor (65% si es uno, 59% si son cuatro o más).

8. ITINERARIOS ESPACIALES DE LA MOVILIDAD RESIDENCIAL.

Los individuos y los hogares generan una serie de desplazamientos residenciales en relación a su ciclo vital, familiar y económico, y también teniendo en cuenta la importancia que se concede al mantenimiento de los contactos más o menos regulares con la red social y familiar.

Hasta el momento hemos explorado las principales conexiones entre movilidad residencial y comportamiento demográfico y de hogar de la población, así como hemos realizado una pequeña incursión en las posibles estrategias decisionales sobre la localización residencial de las nuevas viviendas al socaire de las relaciones residenciales con el parentesco más próximo. A partir de ahora procuraremos ofrecer luz sobre los itinerarios espaciales que se generan con el cambio residencial teniendo en cuenta cuatro variables fundamentales: la edad, la dinámica familiar, la posición social (reservado para un capítulo posterior especial) y el lugar de residencia anterior. Igualmente, nos gustaría aproximarnos al tipo de cambio que se produce en las características de la población que habita los diversos tamaños de municipio.

Daremos algunos datos sobre la acumulación de cambios en los ochenta. Tras ello desarrollaremos la dialéctica establecida entre la salida y la permanencia en el municipio de residencia cuando se cambia de vivienda. A continuación nos centraremos más en los cambios que se convierten en migratorios y analizaremos las preferencias espaciales en función de las variables enumeradas en el párrafo anterior. Seguiremos con un estudio de los perfiles poblacionales atraídos por cada tamaño de municipio, en un intento de ofrecer algunas ideas sobre los procesos de diferenciación social en el plano espacial que se desarrollan en la periferia metropolitana como extensión de lo sucedido históricamente en la ciudad de Barcelona, lo cual nos llevará en el próximo capítulo, desde un punto de vista más demográfico, a analizar los procesos de redistribución de la población y también de sustitución generacional en los distintos grupos de municipios según su población.

8.1 Una introducción: la reiteración de la movilidad residencial en los ochenta.

No hace falta introducirnos en los datos que ofreceremos en esta parte de la tesis para llegar anticipadamente a algunas conclusiones. La principal es que las trayectorias espaciales del conjunto de la población tal como daba a entender la situación de los años ochenta eran bastante reducidas. Como máximo se producirían tres movimientos a lo largo de la vida de las personas, poco más de dos como media formarían parte de la historia residencial autónoma. Constatamos también que uno de esos dos movimientos suele producirse en el momento de la emancipación residencial que en la mayoría de los

casos coincide con el inicio de la vida en pareja en un nuevo hogar. En el capítulo anterior concluimos que existe una fuerte preferencia por el mantenimiento de la residencia en el municipio anterior debido tanto a la endogamia residencial y al deseo de mantenerse cerca de la red social de ambos miembros, sintetizada en la residencia de padres y hermanos. Es decir, las trayectorias residenciales que surgirían del mantenimiento de las condiciones existentes en la década de los ochenta serían cortas, en comparación con otros contextos próximos al nuestro, y estrechamente centradas en el municipio de origen. La estabilidad residencial es manifiesta, tanto en la intensidad de la movilidad como en el destino de los movimientos.

Una opción para estudiar las trayectorias residenciales consistiría, de una manera directa, en tener en cuenta el número de movimientos efectuados por cada sujeto en el período estudiado, 1981-1991. Una síntesis de esta información, en relación con el resultado de la evolución familiar durante la década, se ha recogido en la Tabla 8.1. El principal problema es que sólo contamos con información de 10 años, una parte muy reducida del ciclo de vida de los sujetos. A pesar de ello, si pretendiéramos basar nuestro trabajo en esta información, deberíamos recordar siempre el carácter truncado de nuestra información. Nos es imposible conocer los movimientos en los años inmediatamente anteriores a 1981 y en los inmediatamente posteriores a 1991. Algunos sujetos que no realizan ningún movimiento en el período estudiado, es posible que sí lo realicen antes y después. La etiqueta de inmóvil sería incorrecta. Igualmente es posible que sujetos que se nos aparecen como de movilidad no recurrente en el período, hayan realizado otro antes o después, en conexión directa con el que sí nos aparece. Por ello, el grueso de este capítulo aborda el tema de las trayectorias aprovechándonos del enfoque transversal. Obtenemos aquellos itinerarios espaciales que una generación de ficticios individuos realizarían a lo largo de toda su vida, si las condiciones de la década de los ochenta se mantuvieran inmutables.

De todas maneras, sería muy osado por nuestra parte si no comentáramos, siquiera someramente, algunos datos sobre la movilidad acumulada realmente en esos años ochenta. En este período de 10 años lo que más destaca es la escasa reiteración de los movimientos. La movilidad residencial en Barcelona es un fenómeno poco frecuente y poco reiterado. Sólo el 28,5% de la población de 1991 se desplazó en los diez años anteriores, pero sólo el 15,9% de los móviles, es decir, sólo el 4,5% de todos los sujetos, ha efectuado dos o más movimientos.

Si se considera la reiteración de la movilidad según el resultado de la evolución familiar, se comprueba que cuánto más inestable familiarmente se ha sido, existe una mayor reiteración de los movimientos. Recuérdese que la inestabilidad familiar también se relaciona positivamente con la experiencia de la movilidad residencial. De manera que se puede decir que experiencia y reiteración están positivamente correlacionados (Gráfico 8.1). La mayor excepción viene dada por la evolución de

estar en pareja a ser viudo que sólo representa la necesidad de cambiar de vivienda para un 19% de estos sujetos y sólo el 5% de los que se mueven efectúan más de un cambio.

Tabla 8.1. Distribución de los individuos móviles entre 1981 y 1991 según la cantidad de cambios efectuados por tipo de evolución familiar.

Situación familiar		Número de cambios realizados			Individuos móviles
Año 1981	Año 1991	1	2	3 y más	
Dependiente	Tr. o est. DS	32,9	49,5	17,7	(17.518)
Forma pareja	Tr. o est. DS	52,5	29,8	17,7	(4.111)
Otras posibilidades		55,9	30,9	13,2	(1.300)
Emanc. s/par.	En pareja	67,8	21,3	10,8	(29.228)
Emanc. s/par.	Tr. o est. DS	70,5	2,1	27,4	(2.226)
Forma pareja	En pareja	72,1	25,4	2,5	(30.488)
En pareja	Tr. o est. DS	76,0	16,3	7,7	(31.316)
Dependiente	En pareja	79,6	17,2	3,2	(353.107)
Dependiente	Emanc. s/par.	79,7	15,0	5,3	(31.433)
Tr. o est. DS	Tr. o est. DS	80,8	10,9	8,3	(11.718)
Tr. o est. Viud	Tr. o est. Viud	86,3	13,7	0,0	(26.950)
Dependiente	Dependiente	86,9	10,0	3,1	(263.528)
Emanc. s/par.	Emanc. s/par.	87,1	8,3	4,6	(21.800)
En pareja	En pareja	93,0	5,6	1,4	(322.346)
En pareja	Tr. o est. Viud	94,9	5,1	0,0	(24.602)
Total individuos móviles		84,1	12,6	3,3	(1.171.671)
		(985.718)	(147.110)	(38.843)	

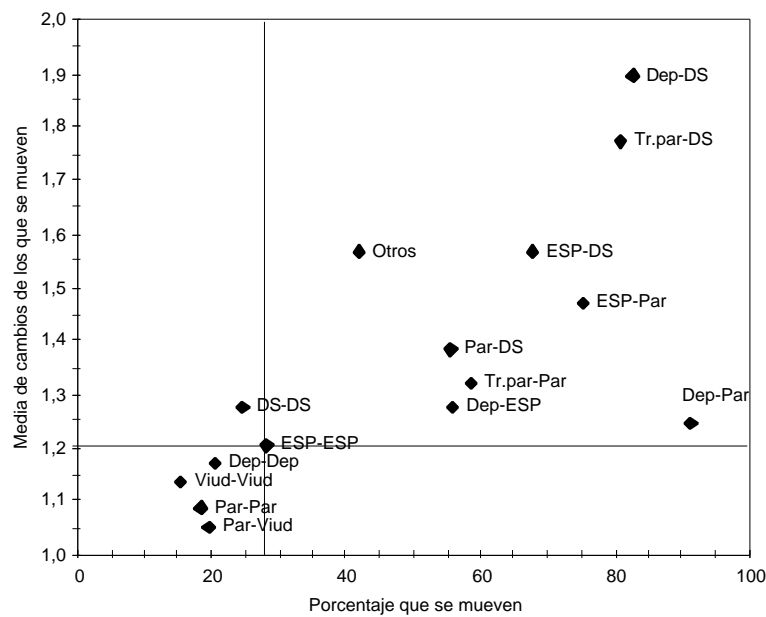
Nota: La tabla está ordenada de manera creciente por la frecuencia de 1 movimiento.

Fuente: ESD, elaboración propia

Los individuos que más reiteraron sus desplazamientos fueron los que pasaron de dependientes en 1981 a estar divorciados o separados en 1991, es decir, como mínimo realizaron dos transiciones familiares (pasaron por la condición de en pareja). Aunque no son los individuos que mayor experiencia tuvieron, cada individuo que se movió realizó una media de 1,9 desplazamientos. Los que más experiencia tienen son sorprendentemente los que pasan de dependiente a en pareja, con sólo una transición familiar. Puede que los individuos que se emparejan y separan en tan sólo un período máximo de diez años, se unieran en peores condiciones residenciales (convivencia con padres, etc.) que los que se han mantenido unidos.

Otra ejemplo ilustrativo lo ofrecen los que son o llegan a ser viudos. Mientras que los que pasan durante los ochenta a ser viudos tienen más experiencia de cambio residencial que los que han sido viudos durante toda la década, los que se mueven siendo siempre viudos se desplazan más veces. Ser viudo es una etapa de elevada estabilidad residencial para la inmensa mayoría, pero aquellos que no pueden disfrutar de ella, se ven obligados a realizar en muchas ocasiones varios cambios de vivienda. Es posible que este comportamiento dual tenga que ver con distintos grados de envejecimiento dentro de la condición de viudo.

Gráfico 8.1. Relación entre la experiencia y la frecuencia de la movilidad residencial entre 1981 y 1991 según el tipo de evolución familiar entre ambas fechas.



Fuente: ESD, elaboración propia.

Nota: La intersección de los dos ejes indica donde se ubica el conjunto de los sujetos.

En los próximos apartados indagaremos, sin embargo, en las pautas espaciales que aparecen a pesar de este marco de fuerte resistencia y restricción al cambio residencial. Nos pueden servir como un indicador de las propensiones de la población en un marco de mayor libertad de movimientos. Suponiendo, claro está, que un cambio en la intensidad de la movilidad residencial no afectaría gravemente a las pautas espaciales que aparecerían.

8.2 Cambiar o no cambiar de municipio.

El apartado de las estrategias de localización nos ha confirmado la preferencia de los habitantes del área de Barcelona por vivir cerca del domicilio de los padres. La endogamia de las parejas hace que la mitad de las parejas tengan a ambas madres (cuando no ha muerto) en el mismo municipio de residencia y sólo menos del 10% tienen ambas madres viviendo en otro municipio. Pero es posible que la endogamia y el localismo en la formación de la pareja no signifiquen la permanencia en el mismo municipio de nacimiento ya que existe una historia residencial previa. Historia que continúa, aunque con poca intensidad con posterioridad a la unión.

En conjunto algo más del 76% de los movimientos residenciales producidos durante los años ochenta dentro de la provincia de Barcelona no ha traspasado ninguna frontera municipal. La proporción se mantuvo bastante estable a lo largo de la década. El restante 24% alimentó los procesos de suburbanización y redistribución de la población en el espacio metropolitano. Pero la mayor parte de los que cambiaban de vivienda decidían continuar en el mismo municipio de residencia. Esta es una idea que tenemos que dejar suficientemente de manifiesto y es una de las aportaciones básicas de la presente tesis.

El sexo es una variable que, a nivel agregado, no introduce un sesgo significativo en la proporción anterior, habida cuenta de que en nuestro caso la inmensa mayoría de la movilidad se produce o en pareja o como dependiente de los padres en cuyo caso el sexo del hijo no tiene que influir en la decisión de la localización.

Más interesantes son los resultados cuando se incluye la variable edad (Tabla 8.2). Las diferencias no son muy amplias pero sí son significativas. El tramo de edad 50-74 ofrece el mayor localismo en los movimientos con algo más del 80% de movimientos intramunicipales. Los más migrantes son los niños menores de 14 que lo hacen en un 26% de los casos. A estas edades la

Tabla 8.2. **Porcentaje de cambios de vivienda internos al municipio por edad del sujeto en el cambio según sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990.**

Edad	Hombres	Mujeres	Total
0-14	69,6	78,1	73,6
15-24	77,0	75,1	75,9
25-34	75,5	76,3	75,9
35-49	77,6	78,7	78,1
50-64	80,1	81,2	80,7
65-74	82,7	78,5	80,5
75+	91,4	65,6	78,0

Fuente: ESD, elaboración propia

movilidad es de arrastre, es decir, se desarrolla acompañando a los padres, personas que están entre los 35 y 50 años. Estos grupos, sin embargo, presentan un localismo más acentuada, en torno del 78%, lo que hace pensar que cuando los adultos maduros cambian de vivienda acompañados de hijos pequeños suelen efectuar con más frecuencia un cambio migratorio. Lo que sí es interesante constatar es que el grupo 25-34. protagonista de la mayor parte de las uniones de pareja, es ligeramente más migratorio que grupos de más edad . Es decir, la reflexión sobre la endogamia y la preferencia por el medio local de las nuevas parejas ha de complementarse con la idea de que la movilidad posterior es tan o, si cabe, más reacia a dejar el medio local..

El comportamiento por edad presenta divergencias entre los sexos, justamente en aquellas edades en que es más probable que lo realicen autónomamente por separado, es decir, a partir de los 50 años cuando comienzan a ser frecuentes las disoluciones matrimoniales y sobre todo la viudez. Las mujeres a partir de esa edad no aumentan en adelante su propensión al movimiento local, al contrario que los hombres. Hay que destacar la reducida preferencia por el propio municipio entre las mujeres muy ancianas, sólo un 65,6%; buena parte de ellas no realizan un movimiento voluntario sino condicionado por la necesidad de incorporarse a la vivienda de parientes allegados, hijos sobre todo, los cuales en buena parte viven ya fuera del municipio de la madre. Si tenemos en cuenta que la mayoría de los hombres que están vivos en edades muy avanzadas todavía forman pareja y vemos la extraordinaria tendencia al localismo de su movilidad residencial, hay que deducir que la trayectoria residencial de las mujeres viejas es muy diferente en función de su situación de pareja, manteniendo el contexto local cuando vive en pareja, saliendo del contexto local más frecuentemente en el resto de situaciones. Puede intuirse con la información de la E.S.D. aunque careciendo de significación estadística. En este sentido es muy significativa la diferencia entre los porcentajes de movilidad residencial interna al municipio de mujeres y hombres de más de 75 años, 65,6% y 91,4% respectivamente.

Tabla 8.3. Porcentaje de cambios de vivienda internos al municipio por situación familiar en el cambio según sexo. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Situación familiar	Hombres	Mujeres	Total
Dependiente	72,2	76,5	74,2
Emancipado sin pareja	75,8	78,6	77,2
Formación de pareja	77,0	78,2	77,6
En pareja	78,1	75,5	76,8
Estado o transición a div/separ.	67,1	76,5	71,4
Estado o transición a viudez	92,0	77,2	81,4

Fuente: ESD, elaboración propia

En el párrafo anterior se constata la necesidad de considerar tal ciclo de vida además de las variables de edad y sexo. A nivel agregado, la preferencia por el medio local a la hora de cambiar de vivienda es un valor que atraviesa todas las situaciones familiares (Tabla 8.3). Las diferencias existentes no son significativas ni entre las distintas situaciones ni cuando comparamos éstas por sexo, al menos en todas excepto la separación-divorcio y la viudez. Mientras que la mujer aparentemente no modifica sus preferencias espaciales al pasar por estas dos etapas, el hombre realiza más movimientos migratorios cuando se separa o divorcia y apenas sale del municipio cuando es viudo.

La introducción del tamaño del municipio en que viven los sujetos que se mueven aporta nueva información sobre el papel que la localización anterior de la vivienda tiene sobre la decisión de salir o no del municipio (Tabla 8.4). Este análisis, introductorio de tratamientos que haremos en próximos apartados, se ha hecho en relación con el ciclo de vida familiar lo que nos comenzará a situar en sus interrelaciones con el territorio.

Los movimientos relacionados con la emancipación sin pareja difieren en su grado de localismo según la oposición centro metropolitano frente periferia. Cuando el municipio de residencia anterior es uno de los que forman el continuo urbano de Barcelona se incrementa el porcentaje de cambios que se quedan dentro de él. Parece así apuntarse la predilección por la centralidad y las ventajas de la vida urbana en quien elige o puede elegir esta opción de desarrollo vital. También es en estos municipios donde se puede encontrar una vivienda que pueda satisfacer este tipo de demanda: alquiler, vivienda pequeña, posibilidad de prescindir del transporte privado...

Tabla 8.4. Porcentaje de cambios de vivienda internos al municipio por situación familiar en el cambio según tamaño de municipio anterior al cambio. Provincia de Barcelona, 1982-1990.

Situación familiar	Tamaño de municipio anterior					Barcelona
	<5.000	5.000- 20.000	20.000- 100.000	> 100 mil 2a cor.	> 100 mil 1a cor.	
Dependiente	57,8%	70,6%	72,0%	81,3%	72,0%	80,0%
Emancipado sin pareja	40,8%	61,1%	72,9%	50,0%	75,7%	86,2%
Formación de pareja	62,7%	61,8%	74,8%	90,7%	80,2%	81,9%
En pareja	78,6%	80,5%	78,3%	86,1%	62,7%	76,4%
Estado o trans. a sep/divor.	100,0%	51,7%	45,7%	74,4%	70,3%	86,4%
Estado o trans. a viudez	82,9%	89,7%	64,3%	82,0%	62,2%	86,2%
Total	68,1%	72,6%	73,9%	84,3%	70,3%	80,3%

En cursiva, cifras muy poco significativas

Fuente: ESD, elaboración propia

Sin embargo, la formación de pareja introduce otro plano de contraste. Los habitantes de los grandes municipios urbanos no tienden a cambiar de municipio de residencia cuando forman pareja. Hemos hablado extensamente de la fuerza de los lazos familiares y sociales en el proceso de elección de la nueva vivienda por parte de los jóvenes que inician su vida en común. Es posible que estos lazos sean más fáciles de mantener actualmente a pesar de que se cambie de municipio en los pequeños municipios de la periferia metropolitana, por lo que se puede abrir el abanico de búsqueda a diversos municipios que, de hecho, constituyen el verdadero ámbito de relación local.

Cuando consideramos las parejas ya formadas, destaca la oposición entre el espacio saturado y el no saturado. El municipio de Barcelona y los grandes municipios del centro metropolitano presentan un grado de apertura superior por lo que respecta a este colectivo, aunque el nivel alcanzado sigue siendo inferior al del conjunto de transiciones. Aquí entran en juego aquellos motivos relacionados con la preferencia por un mejor medio ambiente (no sólo ecológico, sino también de servicios y equipamientos), y con la necesidad de viviendas más holgadas. En el resto de municipios, incluso los grandes municipios de la periferia, estos requisitos no pueden encontrarse perfectamente en el mismo municipio de residencia.

La escasez de movimientos relacionados con situaciones de divorcio y separación hace extremadamente precario cualquier intento de sistematización en relación al tamaño del municipio. Parece confirmarse la mayor tendencia a la emigración de los que se plantean cambiar de vivienda cuando vivían en municipios rurales. Por lo que respecta a la movilidad generada en situación de viudez parece que el hecho de residir en municipios urbanos de la periferia inmediata se convierte en un factor que incita a la emigración.

8.3 Salir o no del municipio: un dilema planteado a lo largo de la vida.

En cada etapa de edad o familiar existe una propensión determinada, por lo general alta, a permanecer en el propio municipio de residencia, lo que nos refuerza la idea de la existencia de una elevada estabilidad residencial y, por ende, de los vecindarios. Ahora bien, hay que considerar que los movimientos que podría efectuar un sujeto a lo largo de su vida son próximos a tres y en todos ellos se ha de plantear (o plantean por él) la misma pregunta: ¿permanezco o no en el mismo municipio? Por lo tanto, es de esperar que esa pretendida estabilidad espacial no lo sea tanto en una visión del asunto a lo largo de la vida del sujeto. Veámoslo.

8.3.1 Descomposición del índice sintético de movilidad en función de la salida o no del municipio.

Si descomponemos el índice sintético de movilidad, por un lado, en los movimientos efectuados en el municipio de nacimiento y, por otro, en los realizados siendo el municipio de destino a cada edad otro que el de nacimiento, podemos calcular el porcentaje del efectivo inicial al nacimiento que permanecería en el mismo municipio tras las diferentes edades o etapas familiares y, a la postre, al finalizar sus vidas. Este último indicador es muy sugerente: un 50% de los hombres y un 51% de las mujeres (pertenecientes a una generación ficticia) no cambiarían nunca de municipio de residencia según las condiciones de movilidad residencial de los años ochenta. Es un indicador sugerente porque creo que matiza y tamiza también la conclusión de que en la provincia de Barcelona, como en toda Cataluña y España, existe una baja movilidad espacial y un enraizamiento excesivo de la población en sus lugares de residencia. Sorprendentemente, el mantenimiento de esta situación relativamente estancada produciría a largo plazo una importante redistribución de la población. Y hay que tener en cuenta que la intensificación reciente de la dinámica residencial hará seguramente superar ese nivel.

Tabla 8.5. **Descomposición del índice sintético de movilidad residencial en migraciones y movimientos internos en relación con el municipio de nacimiento según sexo. Análisis sintético transversal. Provincia de Barcelona.**

	Hombres	%	Mujeres	%
a) Desplazamientos en municipio origen	1,5	58	1,6	61
b) Desplaz. internos fuera mun. origen	0,5	19	0,5	18
c) Migraciones desde mun. origen	0,5	18	0,4	16
d) Migraciones desde fuera mun. origen	0,2	6	0,1	5
Total (Índice sintético movilidad)	2,7	100	2,6	100

c + d = Índice sintético de migración intraprovincial. Hombres, 0,7 y mujeres, 0,5.

c = Índice sintético de primera migración intraprovincial. Hombres, 0,5 y mujeres, 0,4.

Fuente: ESD, elaboración propia

Teniendo en cuenta el análisis transversal de generaciones ficticias, tal como estamos haciendo, podemos también desagregar el total de movimientos que como media haría cada individuo (del orden de 2,7) según el papel que juega el municipio de nacimiento y el resto de municipios (Tabla 8.5). Con esta perspectiva podemos decir que a lo largo de la vida de los sujetos el porcentaje de cambios no migratorios será también del 76%, trasladando el indicador para el conjunto de movimientos del total de la población durante los ochenta. Pero parte de estos cambios no migratorios se producirán en otros municipios que el de nacimiento tras una migración previa. Se puede estimar en un 18-19% la parte de la movilidad total que, como media, se realizará dentro de otro municipio y en un 60% el total de movimientos que tendrían lugar dentro del propio municipio, antes de o sin emigrar. El restante 22%

serán cambios entre municipios de los que tres cuartas partes (un 17% del total) tendrán como origen el municipio de nacimiento y una cuarta parte (sólo el 5-6% del total de cambios de vivienda) serán segundas o posteriores migraciones. Es decir, el índice sintético de migración metropolitana no superaría el nivel de 0,7, siendo el de primera migración de alrededor de 0,5 (o sea, el porcentaje que alguna vez marchará del municipio de nacimiento).

Cinco sujetos de cada diez vivirán en algún momento de sus vidas en otro municipio. Un cuarto de las salidas se realizarán en la infancia de tal manera que a los 15 años el efectivo que no se ha movido se ha visto reducido al 88% del total (Tabla 8.6). Quizá sería conveniente adoptar esta edad como la del inicio de una vida activa en la comunidad, más allá del ámbito escolar y doméstico, y en donde empiezan a funcionar los criterios de apego o no a lo local en el momento de decidir la historia residencial autónoma. Con este criterio se elevaría a un 58% el porcentaje de personas de 15 años que no se moverían del municipio de residencia en el resto de su vida.

Tabla 8.6. Porcentaje de una generación ficticia que no habría migrado a otro municipio de la provincia por edad según sexo. Análisis sintético transversal. Provincia de Barcelona.

Edad	Hombres	Mujeres
0	100%	100%
15	86%	90%
25	73%	76%
35	59%	62%
50	53%	55%
65	51%	53%
75	51%	53%
85 (fin vida)	50%	52%

Fuente: ESD, elaboración propia

Considerando la dinámica familiar llegamos a conclusiones parecidas (Tabla 8.7. Un tercio aproximadamente, en ambos sexos, de las salidas del municipio de nacimiento se producen en situación de dependencia respecto de los padres. El resto, el 66%, podemos considerarlos como migraciones autónomas. De otra manera visto, alrededor del 20% de los efectivos iniciales marcharían antes de la emancipación a otro municipio. Desde la emancipación un 30% adicional (un 37,5% de los que restan justo en el momento de la emancipación) saldrá del municipio de una manera autónoma.

Tabla 8.7. Distribución del total de salidas del municipio de nacimiento según el momento del ciclo de vida familiar en que se produce por sexo. Análisis sintético transversal. Provincia de Barcelona.

Situación familiar	Hombres	Mujeres
Dependiente	36	30
Emancipado sin pareja	8	7
Formación de pareja	23	26
En pareja	27	29
Estado o transición a sep/divorcio	5	3
Estado o transición a viudez	1	5
Total ciclo de vida	100	100

Fuente: ESD, elaboración propia

Además de la etapa de dependencia familiar, el mayor número de salidas se produce en el estado de convivencia en pareja, la fase más larga en el ciclo familiar. Entre un 27 y un 30% de las salidas tienen lugar en esta fase, pero el momento de mayor concentración se produce justo en el momento del inicio de la convivencia en pareja, entre un 23 y un 25% de las salidas se producen coincidiendo con esta circunstancia. Más allá de los cincuenta años de edad la reducción de la movilidad produce el práctico agotamiento de las salidas del municipio de residencia. Del 50% total que saldrá, alrededor del 44% lo hará antes de esa edad y sólo el 6% restante en edades posteriores. La fijación espacial de la población en el contexto del área de Barcelona se puede dar por hecha una vez entrada en la etapa de madurez cuando la crianza de los hijos está llegando a su fin. Antes este arraigo en el lugar de residencia no está garantizado.

8.3.2 El arraigo local en visión transversal según el tipo de municipio de nacimiento.

Sigamos considerando el porcentaje de estabilidad espacial a lo largo de la vida y detallémoslo según el tamaño del municipio inicial. Descubrimos que en los grandes municipios de la segunda corona es donde un mayor porcentaje de su población nunca iría a vivir a otro municipio, concretamente el 65% (Tabla 8.8). Son los municipios rurales los que presentarían una mayor volatilidad de su población, ya que sólo un 39% de los que nacieron en municipios de menos de 5.000 habitantes continuarían residiendo en ellos al final de sus vidas. Casi idéntico porcentaje presentan los municipios grandes de la primera periferia ya que sólo el 41% nunca se iría del municipio. En los primeros, el municipio es a menudo un marco demasiado pequeño para abarcar lo que se entiende por ámbito local, sin olvidar los restos de una movilidad migratoria tradicional vinculada con el acceso al mercado de trabajo urbano; en los segundos, aunque la identificación municipio con espacio local creo que es bastante correcta, parece que la propensión por lo local no siempre puede verse cumplida. En

posiciones intermedias se encuentra el resto de categorías municipales. El 56% de los nacidos en el municipio de Barcelona no se iría nunca a otro municipio. Se conjugan tanto razones de índole urbanística como también de tamaño del municipio. Es evidente que una buena parte de movimientos que en otros municipios, como los de la periferia inmediata, cruzarían las fronteras municipales, en Barcelona no tienen que hacerlo. Puede haber cambios de vivienda que representen una verdadera ruptura con las condiciones de vida y el contexto espacial anteriores y sin embargo, se realizan dentro del municipio. La asimilación de movimientos internos con movimientos continuadores de las relaciones espaciales es, en este caso, como mínimo dudosa.

Tabla 8.8. Porcentaje por edad de una generación ficticia que no habría migrado a otro municipio de la provincia según tamaño del municipio de nacimiento. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

Edad	Tamaño de municipio anterior					Barcelona
	<5.000	5.000-20.000	20.000-100.000	> 100 mil 2a corona	> 100 mil 1a corona	
0	100%	100%	100%	100%	100%	100%
15	78%	90%	86%	92%	85%	90%
25	60%	70%	75%	84%	75%	80%
35	50%	52%	58%	73%	53%	68%
50	42%	47%	52%	67%	43%	59%
65	41%	46%	49%	65%	41%	58%
75	41%	46%	49%	65%	41%	58%
85*	39%	46%	47%	65%	41%	56%

* Indicador transversal de estabilidad espacial

Fuente: ESD, elaboración propia

Según el tamaño de los municipios, la distribución espacial de la suma de cambios residenciales efectuados a lo largo de la vida es coherente con los indicadores de estabilidad espacial definitiva. Los pequeños municipios rurales (44%) tienen el menor nivel de movimientos dentro del municipio de nacimiento, mientras que los grandes municipios de la segunda corona acaparan en su interior un 70% de los movimientos generados por sus naturales. En situación intermedia se encuentra el resto de niveles.

8.4 Desarrollo vital de las preferencias espaciales en la migración metropolitana.

El 50% de los componentes de la generación ficticia que recorriese la experiencia de movilidad residencial de los distintos grupos de edad existentes durante los años ochenta en la provincia de

Barcelona viviría al menos en dos municipios metropolitanos a lo largo de una vida teórica de 85 años. Este es el dato proporcionado por el apartado anterior que nos permite introducirnos en las preferencias espaciales de los que migran en el interior del espacio metropolitano.

La salida, como hemos visto, del municipio de nacimiento es efectuada gradualmente por el efectivo inicial en distintos momentos de su trayectoria vital, pero hemos concretado que la inmensa mayoría de las salidas se producen con anterioridad a cumplir los 50 años de edad. Por lo tanto, como se verá, las preferencias espaciales de los jóvenes y de las parejas de corta o moderada duración son las que determinan la redistribución final de los efectivos iniciales.

Pasaremos ahora a realizar el examen de las preferencias para cada tamaño de municipio y dejaremos para el final la interpretación de los resultados conjuntos por lo que respecta a la redistribución de los efectivos iniciales y de los destinos preferentes en función de cada etapa del ciclo vital y

8.4.1 El lugar de residencia al final de la vida en función del tipo de municipio de nacimiento.

8.4.1.1 Municipios de menos de 5.000 habitantes.

Los migrantes nacidos en los municipios de menos de 5.000 habitantes tienen como destino prioritario los municipios del tamaño inmediatamente superior (Tabla 8.9). El análisis transversal de la información disponible nos dice que algo más del 20% del efectivo inicial viviría al finalizar sus vidas en municipios de 5 a 20 mil habitantes. Hay, por lo tanto, una clara inclinación por municipios relativamente algo más grandes, a menudo centros subcomarcales próximos. Parecido porcentaje final de la población nacida en los “municipios más pequeños” va a parar a los municipios urbanos de 20 a 100 mil habitantes y al resto de municipios del mismo nivel. Porcentajes inferiores al 5% se concentran en los restantes tamaños, o de otra manera, sólo el 13% acabará viviendo en los grandes municipios de la provincia. Esta distribución final es producto de las salidas directas desde los municipios de <5.000 habitantes, pero también de migraciones posteriores a partir de los nuevos municipios de residencia. Las salidas directas son menores hacia los grandes municipios metropolitanos y hacia los municipios más pequeños, lo que significa que desde los municipios medianos parte de los emigrantes efectúan, como resultado neto, otro desplazamiento hacia los dos extremos de la escala de tamaños, sobre todo los grandes municipios. Esta pérdida es manifiesta en el colectivo afincado en los municipios de 20 a 100 mil habitantes que llegan en edades jóvenes y no se ven alimentados por flujos más maduros. A partir de los 34 años la emigración supera las aportaciones de nuevos inmigrantes procedentes de los municipios de menos de 5 mil habitantes.

Tabla 8.9. Lugar de residencia al final de la vida de una generación ficticia según lugar de residencia al nacer.

Tamaño de municipio en el nacimiento	Otro municipio del tamaño:					Barcelona	Mismo munic.	Total
	<5.000 h.	5.000-20.000 h.	20.000-100.000 h.	> 100 mil h. 2a cor.	> 100 mil h. 1a cor.			
<5.000 h.	14%	21%	14%	4%	3%	6%	39%	100%
5.000-20.000 h.	13%	14%	14%	4%	2%	7%	46%	100%
20.000-100.000 h.	7%	14%	16%	3%	5%	8%	47%	100%
> 100 mil h. 2a cor.	8%	13%	5%	4%	2%	3%	65%	100%
> 100 mil h. 1a cor.	5%	11%	13%	1%	9%	20%	41%	100%
Barcelona	7%	11%	12%	3%	7%	4%	56%	100%

Fuente: ESD, elaboración propia

8.4.1.2 Municipios de 5 a 20 mil habitantes.

Similarmente, los destinos preferidos por los migrantes procedentes de los municipios de 5 a 20 mil habitantes son los municipios pequeños y medianos. En total a los municipios de los tres tipos de tamaño menores se trasladará el 43% del efectivo inicial, prácticamente equidistribuidos. Los destinos preferentes de estos municipios periféricos se encuentran en la misma periferia, evitando en cierta manera los grandes municipios, incluidos los de la segunda corona. El 76% de los que habrían salido vivirían al final en municipios de menos de 100.000 habitantes, aun recibiendo los grandes municipios indirectamente individuos en su segunda migración que nacieron en el nivel 5-20 mil. Sigue destacando igualmente el papel redistribuidor de los municipios medianos (20-100 mil) ya que parte de los que entran vuelven a salir en las edades superiores; concretamente alrededor del 15% de los primeros.

8.4.1.3 Municipios de 20 a 100 mil habitantes.

Aunque no de una manera mayoritaria, los mismos municipios de 20-100 mil habitantes son el destino migratorio preferente de los habitantes de este mismo nivel. Esta relación es propia de las primeras etapas porque posteriormente se produce también una cierta redistribución a partir de los nuevos municipios. El treinta por ciento de los que salen acabarán en municipios de similar tamaño y otro 26% en los municipios de 5-20 mil. La cercanía urbanística y espacial explica el aumento de la participación final de los grandes municipios metropolitanos en la residencia última, hasta un 32% de los que habrán salido. Aunque siempre domina el municipio de Barcelona, la participación de los grandes municipios periféricos del continuo urbano empieza a cobrar más relevancia.

8.4.1.4 Grandes municipios de la segunda corona metropolitana.

La estructura espacial de las preferencias de los municipios de más de 100 mil habitantes de la segunda corona está condicionada por el tipo de municipios que se sitúan en sus cercanías. La mayor parte de los municipios que rodean a Sabadell, pero sobre todo a Terrassa y Mataró no superan los 20 mil habitantes. Efectivamente, el 40% de las salidas va a municipios de 5-20 mil, más de un 62% a las dos categorías municipales de menor población. Sorprende la poca relación existente con los municipios medianos, situados en su mayoría entre estos grandes municipios y el centro metropolitano, a donde sólo se dirige algo más del 10% de las salidas iniciales.

8.4.1.5 Grandes municipios del continuo de Barcelona.

El rasgo más destacado de la estructura espacial agregada de las salidas desde los grandes municipios de la periferia inmediata de Barcelona es la preferencia, sorprendente dentro del discurso desconcentrador, por el municipio de Barcelona. El 19% del efectivo inicial emigraría en primer lugar y un 20% viviría al final de sus vida en Barcelona, el 34% de los emigrados. Como veremos más adelante la emigración hacia Barcelona se extiende a todas las edades por lo que, más allá de las explicaciones urbanísticas, habría que bucear en explicaciones de tipo sociológico para una elección, en principio, económicamente más onerosa. De todas maneras, aproximadamente la mitad de la emigración tiene una traducción directa en la desconcentración de la población metropolitana. En este caso, el papel de etapa intermedia de la emigración lo cumplen los otros grandes municipios de la periferia inmediata.

8.4.1.6 Municipio de Barcelona

El papel de la emigración como motor de la desconcentración de la población se evidencia en caso del municipio de Barcelona. El 44% de su efectivo inicial viviría en otro municipio al final de sus vidas y, concretamente, un tercio de este efectivo inicial viviría en municipios menores de 100 mil habitantes, es decir, en la periferia metropolitana. Vuelve a aparecer el nivel 20-100 como una etapa intermedia para los jóvenes migrantes que posteriormente se trasladaría hacia otros municipios, prioritariamente de menor tamaño. Este papel de etapa transitoria se hace extensiva a la emigración hacia los grandes municipios contiguos a Barcelona.

8.4.1.7 Tendencias de conjunto.

Pueden enunciarse una serie de ideas esquemáticas sobre las tendencias a largo plazo de la movilidad espacial de la población metropolitana. Los pequeños municipios tienden a relacionarse con municipios del mismo tamaño con una ligera predilección por municipios ligeramente más grandes. La emigración desde los municipios pequeños al centro metropolitano no es muy importante. No compensará por ello los procesos de desconcentración provocados por la emigración de contingentes

importantes de los efectivos nacidos en los municipios más grandes. Sin embargo, no sólo la mayor parte de la movilidad total se realiza en el interior de los municipios más grandes sino que también una parte considerable de la emigración se dirige a municipios de más de 100 mil habitantes, como se pone de manifiesto por la predilección de los migrantes de la periferia inmediata por la ciudad de Barcelona.

8.4.2 Las preferencias espaciales en cada edad y situación familiar según el tipo de municipio de nacimiento.

¿Cómo se distribuyen estas relaciones espaciales a lo largo de la vida de los según el tamaño del municipio? Un primer nivel de análisis puede realizarse a partir de la dicotomía concentración-dispersión de las preferencias. El grupo de edad que presenta una dispersión más grande de las preferencias espaciales es el 25-34, el de mayor intensidad de movilidad residencial. Los residentes de 25-34 años en los grandes municipios de la primera corona son los únicos que no consideran muchos destinos diferentes. El grupo 75 y más también muestra una elevada dispersión de destinos en algunos de los tamaños municipales. Es decir, la obligación relativa en la movilidad, que podemos asociar con los jóvenes que tienen que formar un nuevo hogar y con los viejos afectados por el empeoramiento de sus condiciones de vida, induce a la consideración de las alternativas de localización al alcance, aunque las posibilidades de alojamiento (sobre todo para las parejas jóvenes) también son más variadas. Sin embargo, aquellos que se mueven en las edades maduras tienen unos deseos más claros que van hacia una mejora de las condiciones residenciales, condiciones más exigentes que se suelen cumplir y costear sólo en determinadas localizaciones.

En lo que respecta a la evolución familiar los resultados son coherentes a grandes rasgos la evolución por edad, pero permite afinar más el análisis. Un rasgo característico en este y en otros tamaños de municipio es que los destinos migratorios de los que forman pareja y los de los que ya están emparejados varían sensiblemente, aunque no se trate de colectivos por edad claramente diferentes, ya que como se ha visto la mayor parte de los movimientos residenciales de los emparejados se produce en los años inmediatamente posteriores a la unión. Por lo tanto, puede decirse que la distinta situación familiar influye positivamente en el comportamiento espacial. Discrepancias similares se presentan entre otros pares de estadios familiares en que la edad suele coincidir: situación de emancipación sin pareja con formación de pareja, fase de vida en pareja con transición y estado de divorcio o separación, lo que confirma el interés de esta aproximación. De esta manera podremos considerar situaciones minoritarias por las que no pasa toda la población: emancipación sin pareja, separación y divorcio y, para los hombres sobre todo, la viudez. Pasemos a

continuación a examinar los recorridos por edad (Gráfico 8.2) y situación familiar (Gráfico 8.3¹) de los nacidos en cada tipo de municipios.

8.4.2.1 Municipios de menos de 5.000 habitantes.

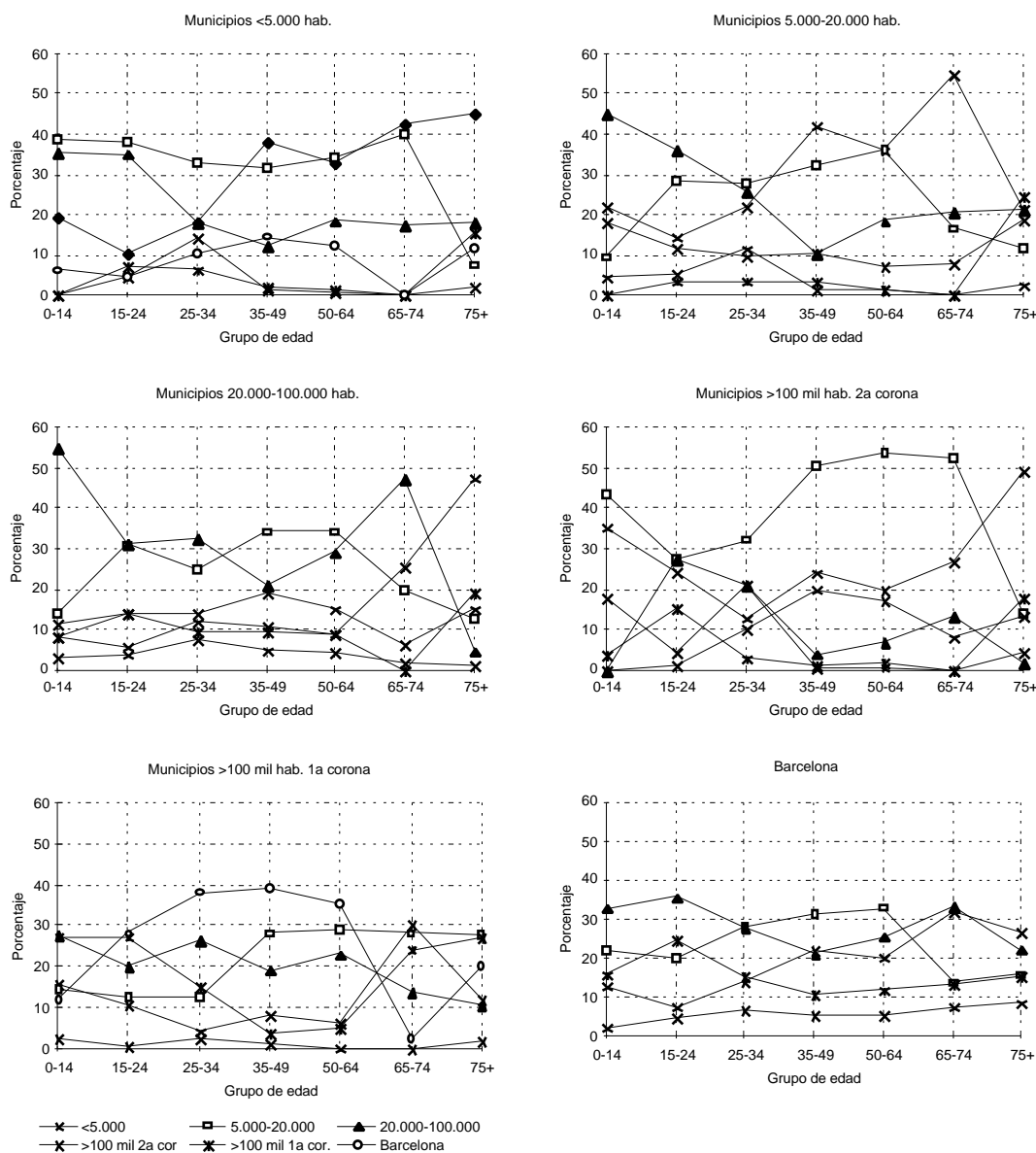
En los municipios más pequeños se observa una cierta regularidad de la presencia del destino 5-20 mil en casi todas las edades como la primera o segunda opción consideradas. Antes de los 25 años, cuando los sujetos son dependientes, los destinos preferidos son los municipios entre 5 y 100 mil, preferencia que se extenderá por lógica a la fase de consolidación del hogar. Entre los 25 y 34 años los destinos se diversifican bastante, aunque el destino preferido ahora es el nivel 5-20 mil. Una vez acabada la fase de construcción de nuevos hogares, la movilidad migratoria aprecia los municipios pequeños de tal manera que tres cuartas partes de los migrantes se distribuyen en municipios de menos de 20 mil habitantes. Este esquema de preferencias espaciales en movimientos relacionados con la mejora de la situación residencial se reproduce entre los 35 y 75 años de edad del sujeto. A partir de esta edad se abre el abanico de segundas preferencias, pues la primera sigue siendo de una manera muy destacada los municipios del mismo tamaño. De esta manera, a la atracción permanente por los municipios de 5-20 mil se añade en las parejas con hijos dependientes los municipios de 20-100 mil habitantes, mientras que en el resto de edades maduras o viejas se combina por la atracción por otros municipios pequeños.

¿Qué tipo de sujetos se ven atraídos por los distintos tamaños de municipios, aunque estos no sean opciones mayoritarias? A los municipios de menos de 20 mil habitantes se dirigen sujetos de todas las edades, aunque a los más pequeños sobre todo migrantes avanzados en sus ciclos residenciales. A los municipios de 20-100 mil sobre todo hogares con hijos dependientes. El municipio de Barcelona consigue la máxima participación en los migrantes de edades centrales, tras haber consolidado el hogar. Los grandes municipios del continuo urbano ejercen alguna atracción apreciable entre los muy mayores, mientras que los grandes municipios de la segunda corona atraen jóvenes entre 25 y 34 años.

¹ En este gráfico las transiciones y estados familiares se han ordenado para mayor comodidad de lectura adoptando una gradación que puede interpretarse como cronológica aunque no estrictamente: las distintas transiciones pueden tener lugar en edades muy variadas.

Para simplificar la representación, reducir el riesgo de falta de significación y dado que las elecciones espaciales no son muy diferentes se ha optado por agrupar las transiciones y estados en los casos de la separación/divorcio y la viudez.

Gráfico 8.2. Distribución espacial de los movimientos migratorios en cada edad según tamaño del municipio de residencia. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

Los que se casan contemplan un abanico amplio de opciones espaciales, pero dominan aquellos municipios de mayor tamaño: municipios de 5 a 20 mil, de 20 a 100 mil.. El municipio de Barcelona y el resto del continuo no interviene como una opción significativa. La estructura espacial migratoria de los ya en pareja estima más las localizaciones de pequeño tamaño; los municipios de menos de 5 mil se convierten en una de las dos opciones mayoritarias junto con los de 5 a 20 mil. Los movimientos en esta fase, que hemos dado en llamar a menudo de ajuste, desprecian la opción de los

grandes municipios de la primera periferia. Parece claro, pues, esa dualidad de preferencias: mayor tamaño en la emancipación

pareja, menor tamaño en los movimientos sucesivos del ciclo residencial. ¿Qué pasa con la estructura preferencial en situaciones de disolución de la pareja? En los movimientos relacionados con separaciones o divorcios destaca la aparición del municipio de Barcelona como opción residencial, mientras que en los casos de viudez aparece como una opción más a tener en cuenta los otros grandes municipios del continuo central.

8.4.2.2 Municipios de 5 a 20 mil habitantes.

En municipios de mayor tamaño la polarización por unos destinos determinados en todas las edades disminuye. La edad comienza a condicionar más el tipo de migración efectuada así como aumenta el abanico de posibilidades utilizado. En el nivel 5-20 mil, sin embargo, los primeros destinos por edad son casi idénticos a los del nivel anterior. Esquemáticamente se suele optar por un municipio del mismo tamaño en las fases de emancipación y primeros años del nuevo hogar, por un municipio más pequeño en fases más avanzadas, pero también destaca la preferencia por municipios algo más grandes entre las parejas con hijos no emancipados. La emigración a Barcelona interesa tanto a estos como a los viejos. Estos últimos también se ven atraídos por los grandes municipios de la primera periferia. Los de la segunda corona siguen siendo una opción tenida en cuenta por los que forman un nuevo hogar.

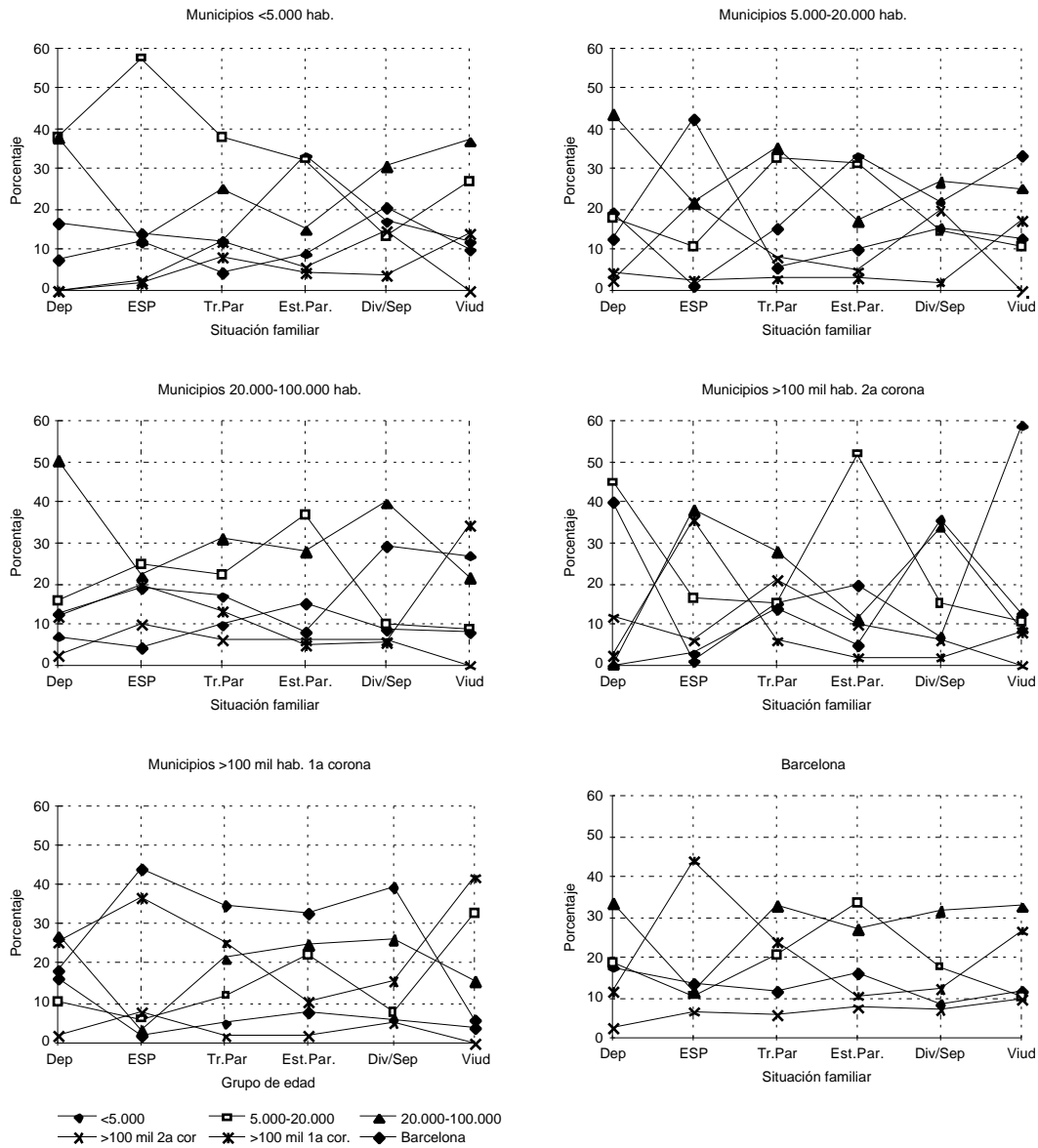
Siguiendo la dinámica familiar se observa que en las transiciones y situaciones mayoritarias (formación y estado de pareja) se prefiere el traslado migratorio a otro municipio del mismo estrato de poblamiento. Mientras que en la formación de pareja no se suele efectuar un traslado a un municipio de menor tamaño, tal opción es más normal en las transiciones residenciales posteriores. A la inversa sucede con las migraciones hacia municipios del nivel superior. Sin embargo, las preferencias de los dependientes hacia el nivel 20-100 mil sugiere que las parejas con hijos pequeños deben de tener un tipo de preferencias todavía muy en la línea del de los que forman pareja. En situaciones de disolución por separación-divorcio o viudez se opta por municipios de mayor tamaño, al menos en el caso de los hombres.

8.4.2.3 Municipios de 20 a 100 mil habitantes.

Los municipios de 20 a 100 mil habitantes envían una parte mayor de su emigración a Barcelona, lo que se nota en todas las edades. Se tiende a superar un 10% de participación. Otro rasgo destacado es la pérdida de peso general de las salidas hacia este segmento de municipios excepto entre los viejos. Por lo demás sigue la predilección por los niveles 5-20 mil (perfil maduro) y 20-100 mil (parejas

con hijos y migración ligada con jubilación). Tampoco juegan un gran papel los grandes municipios de la primera y segunda corona pero, curiosamente, repiten el mismo esquema de atracción por edad.

Gráfico 8.3. Distribución espacial de los movimientos migratorios producidos en cada transición o situación de hogar según tamaño del municipio de residencia. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

La distinta dirección de las preferencias espaciales de los que forman pareja y de los que realizan movimientos de ajuste vuelve a repetirse, aunque es cuestión de matices: en ambos domina el traslado a la franja de municipios entre 5 y 100 mil. En separados y divorciados tiende a dejarse de lado los

municipios más pequeños y dominan claramente las ubicaciones más urbanas, más marginales en las mujeres, más centrales en los hombres.

8.4.2.4 Grandes municipios de la segunda corona metropolitana.

Estos grandes municipios de la segunda corona muestran una gran concentración espacial de la emigración de las edades centrales, maduras y viejas. Alrededor del 50% de los migrantes desde los 35 a los 74 años se dirigen a municipios de su periferia, de entre 5 y 20 mil habitantes. En los años finales cobran importancia los municipios de <5 mil habitantes. Entre los 15 y los 34 años, la fase de constitución de los hogares, la dispersión es bastante mayor. Además del nivel 5-20 mil, destaca la emigración hacia los otros grandes municipios del nivel pero también hacia los municipios medianos y grandes de la periferia primera. Por el contrario al municipio de Barcelona va una emigración con un perfil más maduro.

En términos de evolución familiar lo expuesto anteriormente queda meridianamente reflejado. La mayor concentración espacial de la emigración se da entre los que viven en pareja, ya que más de la mitad de los traslados en esta fase se realizan a municipios de entre 5-20 mil habitantes. En el momento de formar pareja la dispersión es mayor ya que participan bastante los niveles municipales de mayor población, excepto, en una falta de vinculación recíproca, los grandes municipios del continuo central. Esta querencia por los grandes municipios es mayor todavía entre los que se emancipan sin pareja. La emigración al municipio de Barcelona parece ser importante entre los que emigran en situación de divorciado o separado.

8.4.2.5 Grandes municipios del continuo de Barcelona.

El elevado efectivo que desde los municipios de más de 100 mil habitantes de la periferia inmediata partirían hacia Barcelona lo hacen en el tramo central de sus vidas: formación de hogar y hogar consolidado. Desde los 25 a los 54 años este municipio se constituye en el destino principal, con cerca del 40% de participación, dejando atrás destinos preferidos por otros estratos como los municipios pequeños-medianos. La llegada del momento de la jubilación altera sensiblemente las preferencias espaciales: desaparece el municipio de Barcelona como destino y aparecen como tal los municipios más pequeños. Los otros grandes municipios del continuo cobran bastante importancia pero en una especie de negativo del municipio de Barcelona: jóvenes emancipados y viejos. La emigración hacia los grandes municipios de la segunda corona aparecía como irrelevante en todas las edades.

La elevada preferencia por el municipio de Barcelona de los habitantes de los grandes municipios vecinos se extiende a casi todas las fases del ciclo familiar excepto entre los viudos, en que se prefieren otras localizaciones urbanas como los otros municipios de la periferia próxima, y entre las

parejas con hijos dependientes en que las preferencias se inclinan por otros municipios del mismo estrato o por el nivel 20 a 100 mil. Dejando de lado el destino Barcelona, vuelve a repetirse la disparidad de preferencias de los que inician su vida familiar y los que ya han entrado. Se confirma también que los que se emancipan en solitario rechazan las localizaciones que implican un traslado a la periferia. Otros elementos que destacan son la poca entidad de las relaciones que se mantienen con los municipios más pequeños del ámbito y con los grandes municipios de la segunda corona.

8.4.2.6 Municipio de Barcelona

El municipio de Barcelona dispersa mucho sus migrantes. No existen destinos abrumadoramente mayoritarios en ninguna edad. Sin embargo los municipios menores de 100 mil son casi siempre los primeros destinos: todas las edades contribuyen a la desconcentración de la población hacia la periferia. Ahora bien, el tipo concreto de municipio elegido sigue una pauta ya conocida: los municipios más pequeños tienen más éxito entre los hogares más viejos, los de 5-20 mil entre los hogares maduros y los de 20-100 mil entre los hogares jóvenes con hijos y entre las formaciones de hogar.

Ligado con la emancipación está el papel atrayente de los grandes municipios contiguos que se constata tanto por su elevada participación en las migraciones de edad 15-24 como, efectivamente, en las migraciones relacionadas con emancipaciones sin pareja, que en el caso del municipio de Barcelona tienen una entidad suficiente para que podamos comentar las opciones espaciales en esta fase del ciclo familiar. Volvemos a encontrar la preferencia más urbana de las emancipaciones en pareja frente a las transiciones residenciales posteriores, de tal manera que las migraciones a los grandes municipios contiguos tienden a desaparecer en la movilidad de ajuste. La preferencia por los municipios grandes vuelve a aparecer cuando el que se mueve ya no vive en pareja.

8.4.3 *Perfiles de migrantes atraídos según el tamaño del municipio. La especialización en el sistema migratorio.*

Del examen de las preferencias espaciales a lo largo del ciclo de vida según el tamaño del municipio nos han ido apareciendo una serie de rasgos comunes sobre el tipo de migrante que es atraído en mayor medida por cada tipo de municipio. Hemos intentado sistematizar estas impresiones mediante el estudio conjunto de la participación de cada categoría municipal en los contingentes de migrantes por edad y situación familiar que salen de las restantes categorías y del resto de municipios del grupo en cuestión (Gráfico 8.4 y Gráfico 8.5).

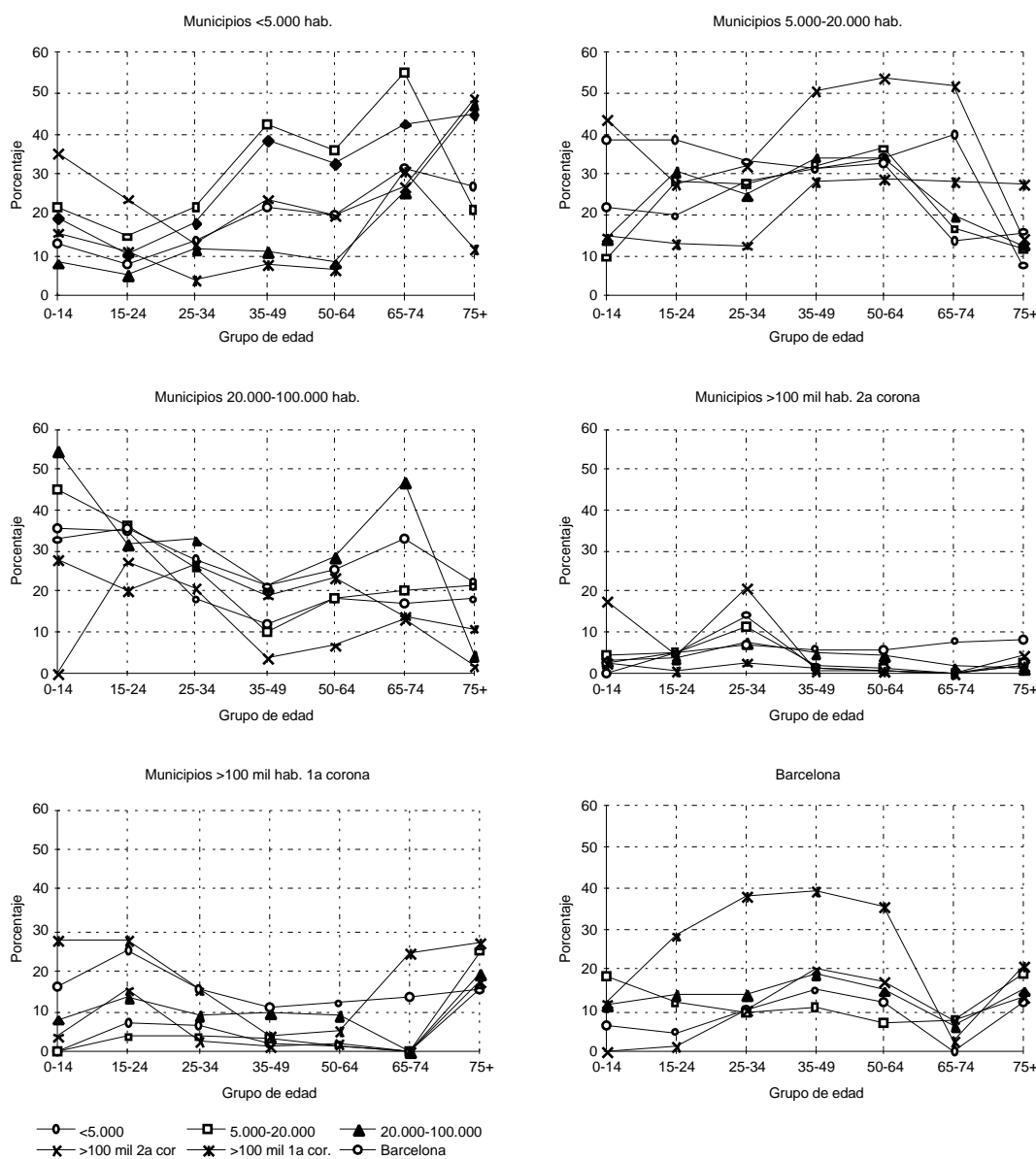
8.4.3.1 Municipios de menos de 5.000 habitantes.

Los municipios de menos de 5 mil habitantes muestran una clara capacidad de atracción de migrantes de edad avanzada por encima de la edad de jubilación. Acapara más del 30% de los movimientos de esta edad en la provincia de Barcelona. De hecho, la importancia de estos municipios se incrementa con la edad de los migrantes hasta el momento en que los sujetos entran en la etapa de viudez. En esta última fase el poder de atracción de estos municipios disminuye considerablemente. Están más especializados en la migración de parejas maduras, quizá recién jubiladas y ya sin hijos dependientes, antes de que aparezcan los inconvenientes de la vejez avanzada. Participan más de la emigración de los pequeños municipios de la segunda periferia y, en un segundo término, de los grandes municipios de la segunda corona y de Barcelona. La inmigración procedente de los municipios de la primera periferia barcelonesa es mínima hasta llegar a las edades avanzadas, siempre y cuando se mantenga la unión. De esta manera parece que el patrón de emisión a los municipios más pequeños es claro en las primeras edades y en las fases de constitución y consolidación de los hogares, (se reciben pocos individuos de cualquier nivel), y en las últimas fases de la vida en unión, (en que la participación es en todos los casos siempre muy elevada). Entre medias, cuando el hogar se halla en la larga etapa central de la vida en pareja, los comportamientos son más dispares.

8.4.3.2 Municipios de 5 a 20 mil habitantes.

El perfil de atracción de los municipios del tamaño 5-20 mil está menos escorado hacia el extremo final del ciclo de vida. La participación máxima sobre el total de la movilidad migratoria la alcanza en el tramo 35-64 años, en la etapa de consolidación del hogar y una de las de mayor intensidad en la movilidad residencial, como se confirma por la alta especialización en la entrada de sujetos emparejados. Incluso la participación en los flujos de menores de 35 años supera la participación conseguida con los migrantes mayores de 65 años. Este perfil agregado sirve para la inmigración procedente del tramo 5-100 mil así como del municipio de Barcelona y se lleva a la máxima expresión con la inmigración procedente de los grandes municipios de la segunda corona ya que acapara más del 50% de los migrantes entre los 35 y, esta vez, los 74 años de edad. Sin embargo el nivel 5-20 mil es más atrayente para las primeras migraciones de jóvenes que para la migración de hogares consolidados procedentes de municipios más pequeños. En efecto la participación es mayor en las migraciones por emancipación de la franja 0-20 mil que en las de parejas ya formadas. La atracción ejercida sobre los grandes municipios de la periferia inmediata es relativamente reducida pero bastante consistente desde los 35 años hasta el final del ciclo vital, no hasta el momento de la jubilación o del fin de la vejez activa como en el resto de niveles.

Gráfico 8.4. Participación de cada categoría de tamaño en la emigración según tamaño del municipio de procedencia y edad de la migración. Provincia de Barcelona, 1982-1990



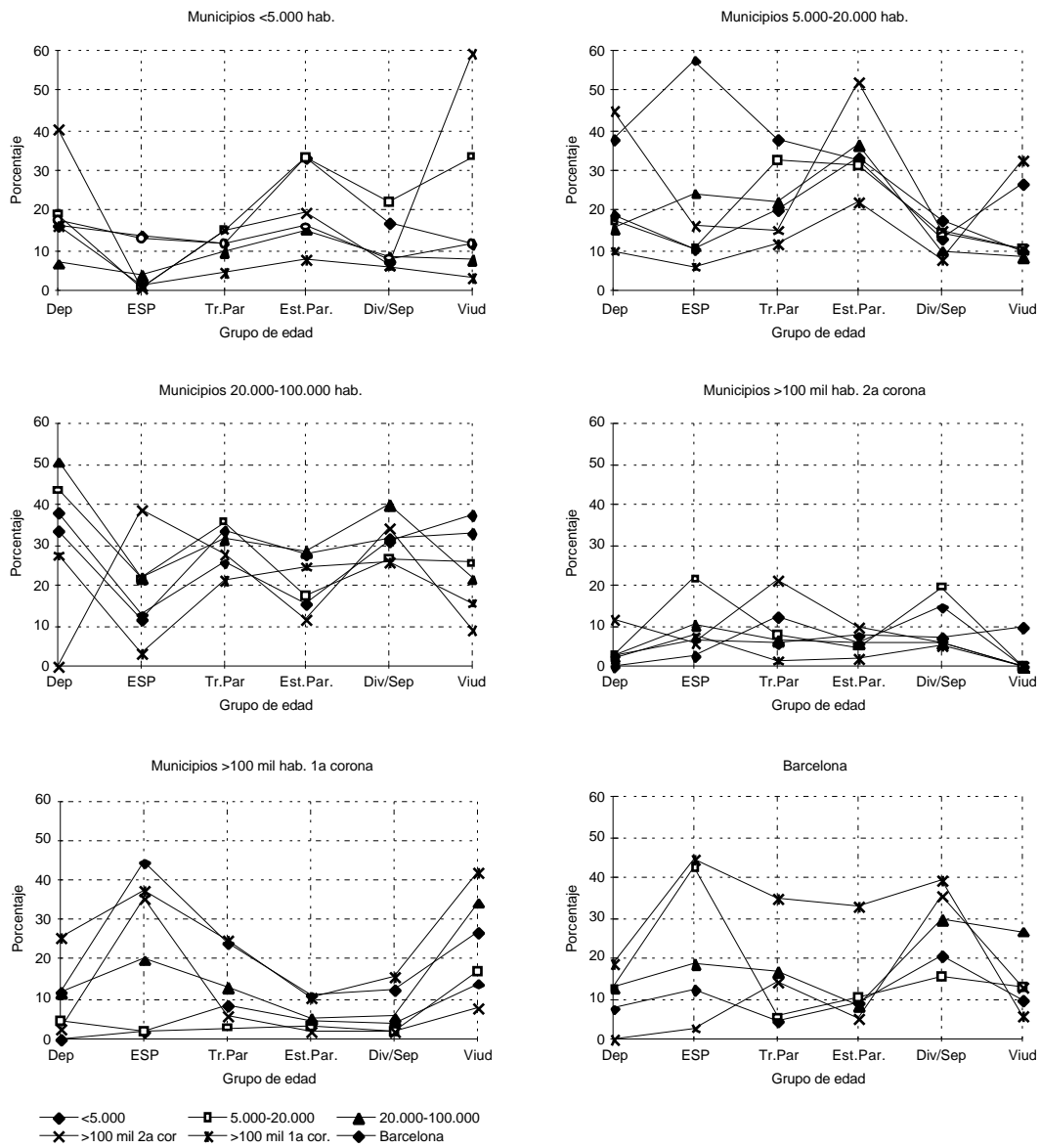
Fuente: ESD, elaboración propia

8.4.3.3 Municipios de 20 a 100 mil habitantes.

El perfil de atracción de los municipios medianos es, al igual que el nivel anterior, bastante alto en todas las edades y fases familiares, excepto, podemos arriesgarnos, en las emancipaciones sin pareja. Muestra una cierta especialización en hogares que se encuentran en su fase inicial como muestra la fuerte atracción de migrantes dependientes. También se observa el poder de atracción de migrantes tras llegar a la jubilación y, en menor medida aunque más para Barcelona, en los migrantes viudos. Un

rasgo común es que el desfase entre la participación en la emigración del grupo 25-34 respecto del 35-49 se mantiene siempre presentándose en este grupo uno de los mínimos del perfil. La perspectiva familiar confirma que los municipios medianos atraen más fácilmente a los migrantes que forman pareja que a los que realizan cambios de ajuste posteriores. También es interesante apuntar la solidez de la elevada atracción de migrantes en situación de divorcio o separación: la oferta de vivienda existente favorecería a estos migrantes como lo hace con los que inician su vida en pareja.

Gráfico 8.5. Participación de cada categoría de tamaño en la emigración según tamaño del municipio de procedencia y situación familiar en la migración. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

8.4.3.4 Grandes municipios de la segunda corona metropolitana.

Durante los ochenta la emigración que se dirigía hacia los municipios de más de 100 mil habitantes de la segunda corona era más bien escasa, relativamente pocos migrantes de cualquier edad o situación familiar recalaban en estos municipios. El único papel que se le reserva es acoger a migrantes que comienzan su vida residencial autónoma. Y aun así participa en este tipo de migración sólo de una manera algo significativa para los que proceden de los pequeños municipios de la periferia y, sobre todo, de otros municipios de su grupo (esencialmente la relación Sabadell - Terrassa). En el resto de niveles el perfil se mantiene horizontal en porcentajes inferiores al 5%. Sólo en el caso de Barcelona se aprecia una ligera mayor participación en su emigración de edades maduras y viejas.

8.4.3.5 Grandes municipios del continuo de Barcelona.

Los municipios de más de 100 mil habitantes de la periferia inmediata de Barcelona no son un destino excesivamente atrayente en casi ningún momento del ciclo de vida. Casi nunca supera el 10% de participación en los flujos migratorios. Las únicas excepciones se encuentran en dos grupos que definen la especialización en el sistema migratorio de este grupo de municipios: los jóvenes de 15-24, es decir, sobre todo, emancipaciones precoces y sin pareja, y los migrantes de edades muy avanzadas o en situación de viudez. El grupo de más de 75 años es unánime en todos los niveles en su propensión a emigrar a estos grandes municipios. La participación es en todos los casos cercana al 20%, muy por encima de lo que es normal en el resto de grupos de edad, lo que sorprende cuando se observa que algunos municipios, como los más pequeños, apenas envían migrantes en otras fases. Este segmento atrae la inmigración relacionada con emancipaciones precoces y sin pareja sobre todo de los municipios urbanizados cercanos (Barcelona y otros municipios grandes del continuo central). La cercanía con el municipio de Barcelona determina también que una parte mayor de sus emigrantes de cualquier edad vaya a parar al nivel considerado.

8.4.3.6 Municipio de Barcelona

El perfil de especialización inmigratoria del municipio de Barcelona se asemeja al del nivel 5-20 mil. Comparte los rasgos fundamentales, es decir, mayor atractividad de los movimientos migratorios de sujetos de edades centrales que de migrantes jóvenes y viejos. El perfil de Barcelona es algo más joven y su máximo poder de convocatoria lo encuentra entre los migrantes de 35-49 años. Sin embargo, el porcentaje de participación es bajo si se compara con el del agregado de municipios pequeños de la periferia pero más alto que el del resto de grandes municipios. Un rasgo distintivo del perfil barcelonés es la nula capacidad de atracción de las migraciones tras la edad de jubilación laboral, capacidad que sí recupera en las migraciones en edad muy avanzada y viudez, pero destaca la elevada

atracción que ejerce sobre los que se han separado o divorciado, especialmente los originarios de municipios medianos y grandes. La baja intensidad de la atracción no se en el caso de la emigración procedente de los grandes municipios colindantes; desde los 25 hasta los 64 años Barcelona atrae del orden del 40% de las salidas de estos municipios, excepto aquellas migraciones de hogares con hijos dependientes. En otro orden de cosas, destaca la unanimidad en la cuota que el resto de la provincia concede al municipio central en la emigración del grupo 25-34, en torno al 10%, excepto el caso ya conocido de los municipios contiguos, unanimidad repetida en la emigración en edades muy avanzadas: la cuota está siempre entre el 10-20%.

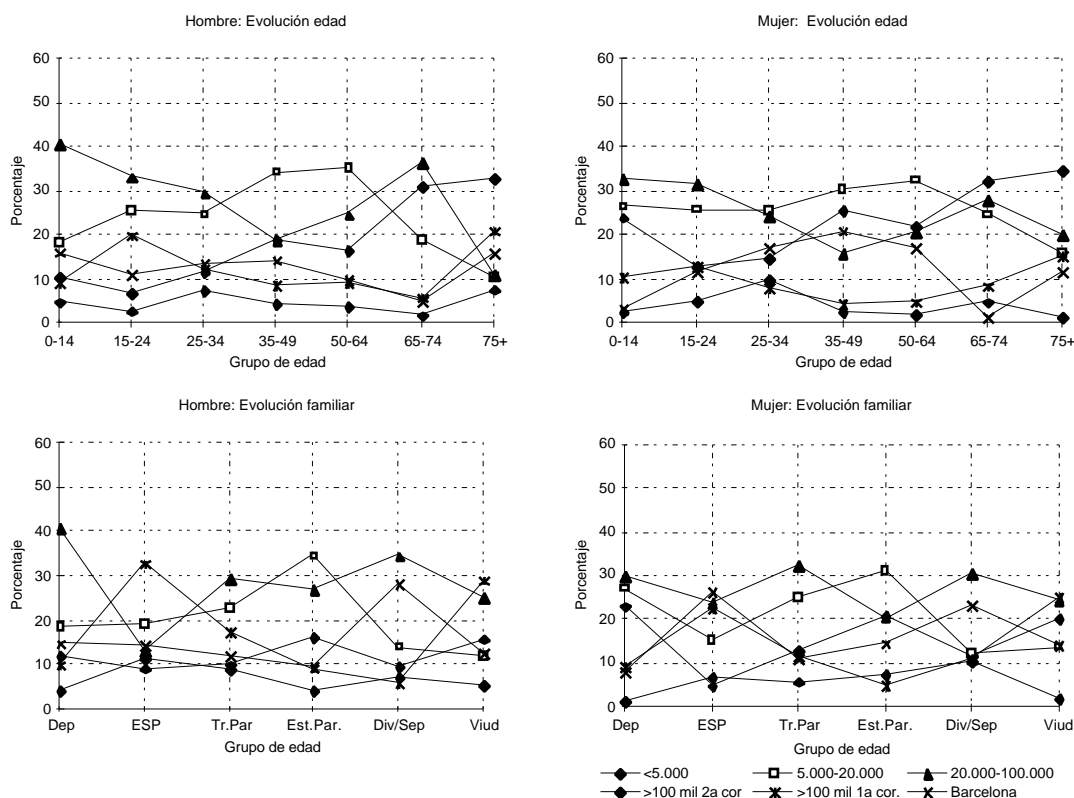
8.4.4 Tendencias de conjunto en el dibujo de los itinerarios espaciales

Hagamos una puesta en común. Es indudable que la distancia entre los municipios influye en la elección de la residencia lo que explica en parte la mutua preferencia entre los municipios de tamaño contiguo: los municipios de menos de 5.000 habitantes están más próximos, como media, de otros municipios del mismo tamaño y de municipios de 5 a 20 mil habitantes. Los municipios de más de 100 mil habitantes de la primera corona son vecinos del municipio de Barcelona, del resto de municipios del estrato y de los municipios de 20 a 100 mil habitantes. En todos estos casos la proximidad espacial se traduce en intensidad de las relaciones migratorias.

Se confirma de nuevo uno de nuestros presupuestos: el deseo de los que se mueven de minimizar el desplazamiento espacial. También se observa que el resultado en cualquier momento de la evolución vital es la desconcentración de la población hacia municipios de inferior tamaño. Sin embargo, en este capítulo hemos visto que estas tendencias se modulan y relativizan en función de la posición del sujeto en su ciclo de vida. Consideremos a continuación el comportamiento agregado por edad y situación familiar.

La migración de niños (dependientes) y las emancipaciones precoces se dirigen sobre todo a los municipios medianos, mientras que no es desdeñable la participación de los grandes municipios del continuo en la migración del grupo 15-24, lo que queda confirmado por la preferencia claramente urbana de los que se emancipan sin formar pareja. La mayor dispersión por grupos de edad en los destinos migratorios se logra en el grupo 25-34 lo que se traduce en una mayor participación de las salidas hacia los municipios de más de 100 mil habitantes, un 34% frente al 30% global. Según la perspectiva del ciclo familiar la menor dispersión se obtiene en aquellas fases en que se consideran más los destinos más urbanos: emancipación sin pareja, disolución del vínculo y viudez.

Gráfico 8.6. Distribución espacial de los movimientos migratorios producidos según sexo, edad y dinámica familiar. Provincia de Barcelona, 1982-1990



Fuente: ESD, elaboración propia

Entre los 35 y los 64 años de edad se sitúa la etapa de expansión y consolidación de los hogares, en que los sujetos viven en pareja. Residencialmente se traduce por el dominio de los movimientos hacia municipios periféricos del tramo 5-20 mil habitantes. Los flujos migratorios hacia los municipios de 20 a 100 mil, con otro tipo de oferta de vivienda, se reducen mientras que la participación del municipio de Barcelona en esta movilidad de ajuste residencial se incrementa. En este segmento del ciclo vital la intervención como destinos de los grandes municipios que no son Barcelona es prácticamente nula. Cuando el migrante se mueve tras la anulación del vínculo de pareja, la opción Barcelona es ampliamente considerada. La movilidad migratoria realizada tras el momento de la jubilación laboral prima los destinos rurales claramente sobre los urbanos. Sin embargo, los movimientos a edades muy avanzadas, como muestran los destinos preferidos por los viudos, obligan a la consideración del medio congestionado como destino migratorio, muchas veces a casa de algún familiar cercano.

9. MOVILIDAD RESIDENCIAL, DISTRIBUCIÓN ESPACIAL Y DIMENSIONES TEMPORALES.

¿ Qué efectos sobre el reparto actual de la población en la región metropolitana de Barcelona¹ tendría la continuidad de la situación existente en los años 80?. Esta es la primera pregunta que nos hacemos tras haber explorado los itinerarios espaciales construidos por los que migraban en esos años y que pueden interpretarse como itinerarios tipo de comportamiento a lo largo del desarrollo vital de una generación ficticia nacida en esa década. De hecho, esos itinerarios o la observación de esos itinerarios por los candidatos a moverse entran en la decisión residencial de la localización, quizá como reflejo concreto de una cierta norma, ante la que se pronunciará el hogar.

Consideraremos la redistribución desde diferentes puntos de vista: saber la parte de una generación ficticia que dejaría de vivir en un municipio del mismo tamaño que el de nacimiento y cuándo lo haría, evolución del reparto espacial de una generación ficticia a lo largo de su vida, extrapolación de este reparto en generaciones ficticias futuras.

Posteriormente trabajaremos con las estructuras de reparto real de la población en 1991 y su evolución en el futuro, tras lo que haremos alguna reflexión interesante sobre la evolución de la demanda residencial. En definitiva, en este apartado cambiamos decididamente el enfoque del análisis desde el individuo al territorio.

9.1 Redistribución de la población por tamaño del municipio.

9.1.1 *La redistribución producida en los años ochenta.*

La movilidad residencial que se desarrolla a lo largo del ciclo de vida de los individuos se expresa, como hemos visto, en unos itinerarios espaciales. Hemos definido más bien unos itinerarios potenciales cuya expresión real dependerá de la intensidad de los cambios que efectivamente se producirán en todo el recorrido biográfico. Aunque en la década de los ochenta hemos constatado la preferencia primera a efectuar el cambio de vivienda dentro del mismo municipio de residencia, el 20-30% de la movilidad que se traducía en migraciones ha servido para redistribuir la población sobre el territorio de Barcelona. Esta redistribución tiene dos vertientes.

La primera se trata de la redistribución meramente cuantitativa de la población. La población crece en la periferia y mengua en el centro a causa principalmente de los movimientos migratorios que

¹ Aplicaremos el esquema migratorio deducido de la ESD a la población de la Región Metropolitana, suponiendo que los comportamientos por tamaño municipal no diferirán en exceso.

provoca la desconcentración de la población. Si consideramos los seis grupos usuales de municipios según tamaño, observamos que entre 1981 y 1991 han ganado población, es decir, viven en ese nivel más sujetos de los que vivían en 1981, el conjunto de municipios menores de 100 mil habitantes y, en pequeña proporción, los que tenían más de 100 mil situados en la segunda corona. Y pierde, es decir, encontramos más sujetos entrevistados que residían allí en 1981 que en 1991, el continuo central. Si nos quedamos en este nivel de análisis podemos crearnos una imagen unidireccional en la que la migración se produciría siempre desde municipios grandes y centrales hacia municipios pequeños y periféricos. La población central se vería impelida a ser más dinámica espacialmente cuando pone en práctica su proyecto residencial y tiende a establecerse en la periferia. Mientras tanto, la población residente en la periferia sería más estanca, menos migratoria como resultado de su movilidad residencial. Pues bien, tenemos que cuestionar esta idea. La desconcentración de población es efecto de los números pero no tanto de los comportamientos. Veámoslo con unos pocos datos.

Los datos disponibles nos dicen que la desconcentración efectivamente se está produciendo. Sobre los individuos emancipados y residentes en cada segmento por tamaño en 1991 el municipio de Barcelona ha visto entre 1981 y 1991 una salida neta equivalente al 3,4% de aquellos. En el caso de los grandes municipios restantes del continuo central la pérdida ha sido equivalente al 1%. Los municipios grandes de la segunda corona apenas han visto variada el número de sujetos emancipados residentes. Mientras tanto, los pequeños municipios de menos de 5.000 habitantes han ganado un porcentaje igual al 10,9% de la población emancipada residente en 1991, los de 5 a 20 mil un 6,9% y los de 20 a 100 mil un 1,5%. Se ha producido una desconcentración, que ha tenido más impacto sobre los municipios de llegada y no tanto en los de partida, desconcentración que ha significado potenciar mucho más el crecimiento de los municipios más pequeños de la provincia de Barcelona.

Pero, y esta es la segunda manera de analizar la desconcentración ¿y si vemos qué porcentaje de los individuos que residían en 1981 en cada segmento de tamaño y estaba emancipado en 1991 vive en 1991 en un municipio de distinto grupo de tamaño? Obsérvese, que decimos cambio del grupo de municipio del mismo tamaño y no de municipio que nos distraería del punto analizado ahora. Respecto de los sujetos emancipados en 1991 según el tamaño del municipio de residencia en 1981 encontramos que el 5,7% ha salido del municipio de Barcelona y el 6,4% de los grandes municipios del continuo central. En este caso, el 6,4% queda bien entendido que se refiere a la proporción que han cambiado de municipio para recalar en otro de distinto segmento de tamaño, sin comprender los que se han movido de municipio dentro del mismo estrato. En el caso de los municipios de más de 100 mil habitantes de la segunda corona el cambio de tipo de municipio se ha dado en menor intensidad, sólo en el 4,1% de los casos.

Lo sorprendente viene cuando observamos los porcentajes de cambio de grupo de tamaño producidos entre los residentes en 1981 en la periferia. Alcanza el 5,2% entre los que habitaban en municipios de 20 a 100 mil habitantes, pero es del 6,5 y 6,7% respectivamente entre los municipios

de 5 a 20 mil y menos de 5 mil habitantes. Existe parecida tendencia a modificar el tipo de entorno residencial en todos los estratos analizados. Creo demostrar así la afirmación de que la desconcentración de la población y la progresiva disminución del tamaño tipo municipal es producto del dominio abrumador que la población del centro tiene sobre el sistema migratorio en su conjunto. Sin embargo, el porcentaje de población que cambia de tipo de tamaño (desconcentración en el caso de los grandes municipios o movimientos en diferentes sentidos entre el resto de tamaños) es muy parecido en todo el conjunto de la provincia de Barcelona.

9.1.2 La redistribución que se produciría a lo largo de la vida de los habitantes.

Si transformamos la información anterior con la perspectiva transversal, calculando la redistribución de generaciones ficticias residentes desde el nacimiento en cada uno de los segmentos de tamaño, se repite la misma constatación: en todos el porcentaje de individuos que vivirían al final de sus hipotéticas vidas en un municipio de otro tamaño poblacional es bastante homogéneo. Sin embargo, el volumen de la redistribución espacial de los efectivos generacionales es bastante mayor de lo indicado por los datos referidos a los cambios residenciales de los años ochenta. En este caso, el menor porcentaje lo obtienen los grandes municipios de la segunda corona que no retendrían al 31% del efectivo inicial a lo largo de su vida. En el resto de tipos municipales las salidas hacia municipios de distinto tamaño es superior. La mayor intensidad redistribuidora se alcanza en los grandes municipios de la primera periferia, en los que el 50% de los que nacieran vivirían al final de sus vidas en un municipio de distinto tamaño. Porcentaje similar, el 47% corresponde a los municipios más pequeños. Del municipio de Barcelona sólo saldría, repetimos, el 40%, cifra idéntica a la obtenida por los municipios de 5 a 20 mil y algo más grande que el porcentaje del nivel 20 a 100 mil con un 37%. Por lo tanto, los grandes focos redistribuidores de población en cuanto a la intensidad sobre la población y no en el volumen global hay que localizarlos en los pequeños municipios con características aún rurales de la periferia exterior metropolitana y en los grandes municipios contiguos a Barcelona, urbanísticamente poco posibilitados de ofrecer alternativas reales de vivienda tanto cuantitativa como cualitativamente a su población.

Esta redistribución se realiza en diferentes etapas de la vida de los individuos, especialmente en las fases de emancipación y consolidación del hogar autónomo (Tabla 9.1). Existen diferencias significativas en función del tamaño del municipio de residencia inicial en cuanto al momento escogido para cambiar de nivel de poblamiento. De manera sintética se pueden enunciar así: cuanto mayor es el tamaño poblacional de los municipios mayor importancia cobran las transferencias producidas en fases avanzadas del ciclo vital de los sujetos.

Tabla 9.1. Proporción de los efectivos al comienzo de cada fase de edad que realizarían un desplazamiento a un municipio de distinto tamaño durante ese período según categoría municipal de nacimiento. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

Tamaño de municipio	Tramo de edad		
	0-14	15-34	35+
< 5.000 hab.	18	29	9
5.000 - 20.000 hab.	9	30	6
20.000 - 100.000 hab.	6	21	15
> 100 mil hab. 2a corona	7	16	12
> 100 mil hab. 1a corona	11	29	21
Barcelona	9	22	13

Fuente: ESD, elaboración propia

Durante la infancia sólo alrededor del 10% de los sujetos cambia de tipo de municipio. Se trata por tanto de un período de relativa estabilidad del contexto urbanístico en que reside el niño. Los datos indican que el cambio de tamaño en esta fase es mucho más intenso en los municipios menores de 5 mil habitantes, aunque podemos tener problemas de significación estadística. Sí parece más sólido el porcentaje consignado para los municipios de más de 100 mil habitantes de la periferia inmediata de Barcelona, tal como confirman los datos de los otros grupos de edad.

Entre los 15 y los 34 años se produce la mayoría de la movilidad residencial. Es la etapa clave para explicar los procesos de transferencias de población entre diferentes agrupaciones por tamaño, coincidiendo con los primeros años de la vida autónoma. Contrariamente a lo que se podría esperar encontrar los jóvenes del municipio de Barcelona no se ven más impelidos que otros a salir de su medio urbano. Sólo habrán salido el 22% de los que cumplen los 15 viviendo en Barcelona. El efecto redistribuidor es mucho más intenso en los grandes municipios adyacentes en que la salida de ese segmento afecta a casi el 30% de los individuos que atraviesan este tramo de edad. Sin embargo, esta redistribución desde estos municipios, que no siempre es desconcentración como hemos visto al analizar los itinerarios migratorios, se ve acompañada en intensidad por la protagonizada por los municipios menores de 20 mil habitantes. En los municipios de 20 a 100 mil habitantes, principales receptores de la inmigración procedente de los grandes municipios del continuo, incluida Barcelona, se produce sin embargo una considerable salida hacia otros niveles de más del 20% de sus jóvenes. Donde se produce una mayor correspondencia aparente entre la demanda juvenil y la oferta necesaria es en los grandes municipios de la segunda corona ya que sólo el 16% se traslada a otros niveles.

El proceso de redistribución de la población continúa, aunque en menor medida, en el resto de edades. En este caso el tamaño del municipio tiene una influencia clara en la intensidad de las transferencias. En los municipios menores de 20 mil habitantes los que cambian de tipo de municipio

son pocos. En un segundo término se sitúan el municipio de Barcelona, los municipios de 20 a 100 mil y los grandes municipios de la segunda corona. Y por último, más del 20% de los adultos de más de 35 años cambiarán de segmento si vivían en algún gran municipio del continuo urbano central.

9.1.3 La redistribución en cada etapa familiar.

Podemos completar lo dicho hasta ahora si consideramos la redistribución entre categorías municipales en las diferentes etapas y transiciones familiares. En la Tabla 9.2 expresamos las distintas etapas como si se sucedieran linealmente las unas a las otras, lo cual no tiene por qué ser así. Los valores comentados, sin embargo, son válidos para cada etapa individualmente.

Tabla 9.2. Proporción de los efectivos al comienzo de cada etapa o transición de hogar que cambiarán de tamaño de municipio durante esa fase por sexo según tamaño del municipio de nacimiento. Análisis transversal. Provincia de Barcelona.

Tamaño de municipio	Hombres						Mujeres					
	Dep	ESP	Tr. Par.	Est. Par.	S/D	Viud.	Dep	ESP	Tr. Par.	Est. Par.	S/D	Viud.
< 5.000 h.	23	6	18	7	0	0	25	17	24	9	0	0
5.000 - 20.000 h.	20	4	16	8	7	0	12	10	16	12	7	0
20.000 - 100.000 h.	11	4	11	13	6	0	8	3	10	12	3	4
> 100 mil h. 2a cor.	11	12	3	8	4	0	11	6	5	17	3	3
> 100 mil h. 1a cor.	9	4	9	32	4	0	19	1	9	33	2	2
Barcelona	11	2	13	20	2	2	13	1	10	23	0	2

Fuente: ESD, elaboración propia

La diferenciación por sexo nos ayuda a valorar las transferencias entre tamaños distintos ligadas con las etapas de disolución de la pareja que afectan en diferente medida a hombres y mujeres. La redistribución espacial producida en estas etapas es baja como corresponde a su movilidad residencial. También se observa que la emancipación sin pareja sirve, muy especialmente para las mujeres, como vehículo para ir a residir a otro tipo de entorno, más urbano y central.

Lo primero que destaca, en parcial consonancia con lo que decíamos respecto de la edad, es la intensa redistribución espacial de los recién emparejados de los municipios pequeños. Alrededor del 20% de los individuos que se “casan” simultanean este paso con una salida hacia otro tipo de nivel de poblamiento. En los grandes municipios del núcleo central metropolitano, incluyendo Barcelona, el cambio de tamaño se produce sólo en aproximadamente el 10% de los que forman pareja. Esto significa, ni más ni menos, que según la situación de los años ochenta, cerca del 90% de

las parejas recién formadas encontraban vivienda propia en el centro metropolitano y, como se ha visto, mayoritariamente en el propio municipio. Los sujetos ofrecen una fuerte resistencia a los condicionantes del mercado de la vivienda que parecen orientar hacia la búsqueda de vivienda en municipios periféricos y residencialmente más accesibles. En los grandes municipios de la segunda corona prácticamente ningún cambio en esta transición contribuye a la redistribución por tamaño de municipio.

La desconcentración de la población, es decir, la salida hacia otros tamaños de municipio metropolitano de la población del continuo central, se produce esencialmente una vez formado el hogar autónomo. Es el período más duradero de las diferentes etapas familiares y, a pesar de la reducida intensidad móvil, se acumula al final de esta etapa más de un cambio de vivienda de media por persona. También se vio en su momento que buena parte de los movimientos en esta etapa se producen poco después del inicio de la vida en pareja, como movimientos de ajuste posterior. En esta larga etapa los sujetos de los grandes municipios metropolitanos se caracterizan porque escogen con bastante mayor frecuencia un municipio de distinto tamaño para su nueva vivienda. En el caso del municipio de Barcelona al final de la etapa de vida en pareja alrededor del 20% de los que pasan por esta etapa habrían cambiado a otro tipo de municipio. Más intensa aún es la transferencia desde los municipios de más de 100 mil de la primera corona: más del 30% de los individuos en pareja se habrían ido a otro tipo de municipios de seguir con la tendencia de los años ochenta.

En la Tabla 9.3 he señalado el porcentaje de cambios que se dirigen a un municipio de otro segmento de tamaño en relación con el momento del ciclo familiar y la edad del sujeto. Tal como hemos expresado tenemos la redistribución espacial producida en dos etapas familiares sucesivas (la formación de pareja y la coresidencia en pareja) a la misma edad, 25-34. El análisis detallado de este grupo de edad es factible dado el suficiente número de casos existentes en ambas alternativas, lo que no pasa para los grupos de edad adyacentes. ¿Qué observamos? Que los que forman pareja en municipios pequeños sienten la necesidad de buscar vivienda en otros niveles de tamaño en igual o mayor medida que los que forman pareja viviendo con anterioridad en municipios de mayor población. La edad en este caso se superpone a la etapa familiar para determinar la preferencia espacial. En efecto, en los municipios periféricos los individuos de edad semejante pero que ya coresiden en pareja realizan un cambio hacia otro nivel en mucha menor frecuencia que los que inician la unión (25-30% de los primeros frente a un 15% de los segundos). Los que viven en pareja en estos municipios o bien disponen ya de una vivienda adecuada para todo el ciclo de vida familiar o bien encuentran la vivienda nueva de ajuste en su medio cercano. No ocurre así con los residentes en los grandes municipios del centro metropolitano. La ocupación de una vivienda justo en el momento de la formación de la pareja no provoca para la inmensa mayoría la salida del medio urbano donde se ubica. Sin embargo los cambios residenciales de ajuste tras esa transición de pareja sí se realizan con bastante mayor intensidad hacia otros niveles de tamaño: la mejora residencial requiere la desconcentración de la población. Obsérvese como el contraste entre el comportamiento espacial de las parejas ya consolidadas (por encima de los 35 años) es todavía más agudo en función del tipo de poblamiento. Mientras que en los municipios pequeños a partir de esa edad muy pocos realizan una

variación de tipo de poblamiento, en los municipios grandes del centro se mantiene la misma elevada intensidad hasta, como mínimo, los cincuenta años de edad.

Tabla 9.3. Porcentaje de cambios de residencia que provocan un cambio de tamaño de municipio en las situaciones familiares y de edad reseñadas. Años 1982-90. Provincia de Barcelona. Ambos sexos

Tamaño de municipio	Unión en pareja		Estado en pareja	
	15-24	25-34	25-34	35-49
< 5.000 hab.	40%	23%	16%	7%
5.000 - 20.000 hab.	22%	31%	14%	9%
20.000 - 100.000 hab.	14%	22%	17%	15%
> 100 mil hab. 2a corona	6%	7%	12%	16%
> 100 mil hab. 1a corona	10%	22%	38%	37%
Barcelona	19%	17%	25%	25%

Fuente: ESD, elaboración propia

9.2 Elementos de sustitución generacional en el espacio.

En el capítulo anterior se realizó un análisis de los itinerarios espaciales que seguirían los sujetos a lo largo de su evolución de edad y familiar y en función de características personales, más o menos permanentes, como el sexo. En los párrafos anteriores hemos estado viendo como estos itinerarios espaciales se traducen en redistribución de la población en los diferentes niveles de tamaño, proceso que se produce a lo largo de la vida de los sujetos.

En este apartado quiero introducir otros elementos a partir del peso real que los diferentes estratos municipales tienen en el total de los distintos grupos de edad considerados. Quiero esbozar como cambiarían esos pesos en el futuro si el esquema de preferencias migratorias espaciales del ámbito de Barcelona permaneciera estable en la situación de los ochenta.

9.2.1 Redistribución espacial de la generación nacida en 1991.

Una primera manera de ver el problema es preguntarse como cambiaría por agrupación de tamaño a lo largo de la vida la distribución de una generación ficticia nacida en 1991 y redistribuida en la provincia en función de la distribución por tamaño de los nacimientos reales producidos en ese año (Tabla 9.4). Para ello haremos entrar en juego las intensidades emigratorias e inmigratorias a cada edad entre los diferentes segmentos en un circuito cerrado al exterior, de manera que, en un proceso acumulativo al finalizar cada grupo de edad obtenemos una nueva redistribución espacial del efectivo inicial en la edad superior de cada grupo. Para simplificar el proceso, en el cálculo no se ha incorporado la mortalidad; por ello haremos siempre la distribución relativa, no la absoluta, del efectivo

inicial superviviente. Se supone, por supuesto, que no existe mortalidad diferencial apreciable y que los pesos que obtenemos en cada edad serían básicamente iguales a los que obtendríamos si fuera desapareciendo paulatinamente el efectivo inicial.

Tabla 9.4. Distribución espacial de una generación ficticia* en diversos momentos de su ciclo de vida. Región metropolitana de Barcelona.

Tamaño de municipio	Edad							
	0	15	25	35	50	65	75	85
< 5.000 hab.	52	59	60	77	86	90	94	102
5.000 - 20.000 hab.	139	150	152	163	182	191	195	194
20.000 - 100.000 hab.	243	255	266	263	257	253	250	240
> 100 mil hab. 2a corona	111	106	102	108	104	102	102	103
> 100 mil hab. 1a corona	119	114	122	108	99	96	95	100
Barcelona	336	316	297	282	272	267	264	262
Total generación	1000	1000	1000	1000	1000	1000	1000	1000

* La distribución en la edad 0 se ha hecho coincidir con la distribución según tamaño de municipio de residencia de la madre de los nacimientos de 1991 en la Región Metropolitana de Barcelona.

Fuente: ESD, elaboración propia

Así en la Tabla 9.4 se refleja la evolución hipotética de la distribución espacial del efectivo de nacidos en 1991 según avanza en su desarrollo vital. Si reducimos los 37.455 nacimientos de la región metropolitana de Barcelona a 1.000 la distribución sería igual a la dispuesta en la edad 0. En el municipio de Barcelona vivirían justo en ese instante 336 de cada mil y en los municipios de menos de 5 mil habitantes, 52. En adelante la tabla y el gráfico expresan la proporción, sobre un efectivo de 1000 sujetos, que en cada edad le correspondería a cada estrato de municipios después de que actúe la redistribución espacial provocada por la movilidad residencial. De esta manera, se obtiene finalmente la redistribución final a los ochenta y cinco años, justo en el momento (según nuestra convención) de desaparición del efectivo inicial, en este caso el contingente de nacidos en 1991 (la fecha final sería entonces el 2076). Hay que considerar este ejercicio como un juego en el que podemos valorar el efecto que tendría sobre la distribución de la población el mantenimiento del sistema migratorio metropolitano vigente en los años ochenta y nunca como una proyección de lo que sucederá.

Los municipios que saldrían más “beneficiado” serían los más pequeños, de menos de 5 mil habitantes: las llegadas desde el resto de la provincia, mucho más poblado, más que compensan su relativamente alta emigración. De la generación de 1991 le correspondería 102 de cada 1000 con 85 años lo que significa un incremento en la cuota inicial del 95%. El incremento sería paulatino ya que el saldo migratorio siempre sería positivo en todos los tramos de edad y especialmente en el tramo comprendido entre los 25 y 34 años, en que su proporción crecería del orden del 2,9% anualmente.

Los municipios de 5 a 20 mil habitantes verían incrementada su cuota de 139 de cada mil a 194 de cada mil a lo largo de la vida de la generación, un incremento del 39%. El aumento también sería paulatino pero se detendría en la edad 75. A diferencia del estrato anterior la velocidad de cambio más intensa se registra en el tramo de edad 35-50 con un 0,8% anual.

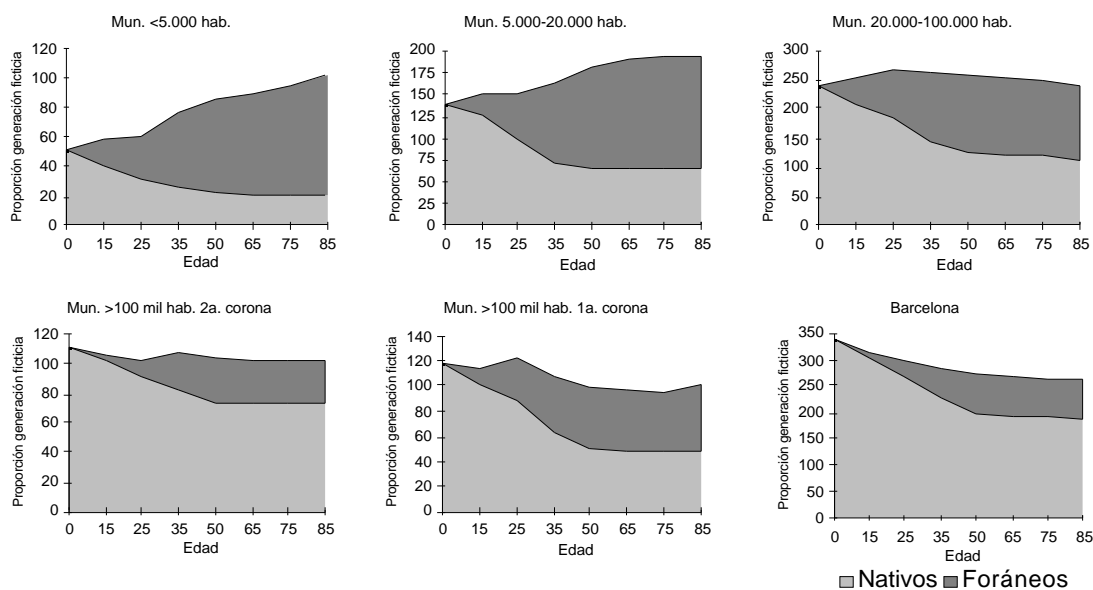
Los municipios de 20 a 100 mil, considerados siempre como la cuenca de recepción de los flujos desconcentrados, aparecen sin embargo con un comportamiento dual. Incrementan su cuota desde 243 en el momento inicial hasta 263 de cada mil a los 35 años de edad, una ganancia del 8%. Desde esa edad pierde elementos: la inmigración es eminentemente joven. A los ochenta y cinco años corresponden 240 de cada 1000 efectivos, la misma cuota que en el momento del nacimiento. En el proceso de redistribución de la población estos municipios están claramente especializados en la recepción de un tipo de migrantes que, a nivel agregado, no son capaces de mantener en su totalidad a lo largo del resto de sus vidas. Un poco más abajo puntualizaremos algo más estas ideas.

La participación de los grandes municipios de la segunda corona en la distribución de la generación de 1991 toma un rumbo no excesivamente diferente del grupo anterior. Ciertamente su cuota en el resto de edades es siempre inferior a la del momento del nacimiento, pero entre los 25 y 35 años de edad la participación de estos municipios aumenta apreciablemente; en el resto de edades el saldo es siempre negativo. Sin embargo, estos municipios mantienen su cuota a grandes rasgos (a los 85 años es de 103 de cada mil por 111 en el momento del nacimiento) dado el bajo nivel de intercambio que registran con el resto del ámbito.

Los municipios de más de 100 mil habitantes del continuo central sufrirían una pérdida superior de la cuota de participación sobre el efectivo generacional a lo largo de su vida. En el momento del nacimiento en 1991 les correspondió 119 de cada mil y a los 85 años sólo vivirían en esos municipios 100 de cada mil, el 84%. Los rasgos distintivos de este segmento de poblamiento son el saldo positivo que obtiene de la movilidad de los jóvenes entre 15 y 24 años y la recuperación que experimenta desde la edad 75 debido a una probable intensa inmigración de viejos, lo que hace que la cuota se recupere desde el mínimo entonces de 95 de cada mil. Por otro lado, destaca la intensa pérdida de cuota que registra en el tramo 35-50: el ritmo de caída de la cuota es del 0,6% anual.

Por último el municipio de Barcelona registraría la pérdida absoluta y relativa más intensa de su participación en la distribución espacial de la generación de 1991. De 336 de cada mil en el momento del nacimiento pasaría a 262 al final de su vida, es decir un 78% de la participación inicial. La pérdida de efectivos es más intensa en la primera mitad del arco de vida, sobre todo en la franja 15-24 (-0,6% anual) ralentizándose a partir de la edad 35.

Gráfico 9.1. Nacidos en el municipio y foráneos en la evolución por edad de la participación en una generación ficticia* (1.000 individuos) según tamaño de municipio de residencia. Región metropolitana de Barcelona.



* Véase Tabla 9.4

Fuente: ESD, elaboración propia

En los municipios periféricos el aumento de la cuota en el reparto de la generación ficticia se hace mediante el recurso a una extrema inmigración que no impide la presencia de una elevada emigración de tal manera que al final de la vida de dicha generación solo habrían nacido en los municipios de menos de 5 mil habitantes un 20% de los que residirían allí, un 33% en los de 5 a 20 mil (Gráfico 9.1).

9.2.2 La sucesión generacional en el espacio.

Este ejercicio, como se puede suponer totalmente temerario y condenado al más rotundo de los fracasos si osara realizar la más mínima interpretación predictiva en base a los resultados, se basa en explorar cómo seguiría evolucionando la distribución de estos efectivos cuando una generación sustituyera a la generación anterior. En el apartado anterior hemos visto la evolución hipotética de una única generación nacida en 1991 que continuara con las mismas propensiones migratorias y preferencias espaciales que los habitantes del ámbito de Barcelona (de diferentes edades y diferentes generaciones) mostraron agregadamente durante los años ochenta. La pregunta que nos planteamos aquí es: ¿cómo evolucionaría la distribución espacial de los hijos de esa generación de 1991? y la ¿ya de los hijos de los hijos? En realidad, lo que se pretendería aquí es ver cuál sería la distribución estable de la población en un punto más o menos datado del futuro, en que los flujos de entrada y salida de los distintos niveles quedarían compensados entre sí.

Nos aproximamos a una de las perspectivas de análisis más interesantes de que dispone la demografía: la reproducción. En su formulación más normal, esta perspectiva intenta sintetizar las consecuencias sobre el crecimiento de las poblaciones de los distintos fenómenos, principalmente la mortalidad y la fecundidad, a la que cabe añadir las migraciones. Esta perspectiva está perfectamente recogida en la tesis doctoral de Anna Cabré (1989), *La reproducció de les generacions catalanes 1856-1960*. Los análisis de reproducción, como dice Cabré, consisten en un tipo de modelización de las implicaciones demográficas de determinados niveles de mortalidad y fecundidad. Como tales modelos, esta metodología está sometida a los defectos de alimentación en las hipótesis (excesivamente rígidas o inadecuadas) y el olvido de factores esenciales (Cabré, 1989: 152-153).

En un enfoque geodemográfico como el escogido para esta tesis, puede ser interesante intentar ver las implicaciones que tiene la estructura migratoria (que integra un nivel de intensidad de las migraciones y una pauta de distribución espacial) durante los años ochenta en el ámbito de Barcelona, mediante el estudio de la redistribución de la población en una generación (como hemos visto en el apartado anterior) o en generaciones sucesivas (como veremos en éste). No nos interesa de momento la evolución cuantitativa de los efectivos, sino la evolución de la distribución espacial de las generaciones sucesivas a cada edad, autónomamente de su dimensión (es decir, independientemente de la mortalidad, de la fecundidad y de los intercambios migratorios con el exterior). No queremos analizar la reproducción de una población, como se hace en demografía, sino la *reproducción de la distribución espacial de una población* en su sucesión generacional. El estudio a largo plazo, considerando varias generaciones, de la reproducción también ha sido abordado por Cabré (1989: 168, 186-188), aunque en su caso para generaciones históricas existentes. Nosotros haremos un ensayo para generaciones futuras, inspirados por la metodología de análisis de estirpes (*nissagues*, según la expresión catalana usada por Anna Cabré) o secuencias multigeneracionales.

En la práctica hemos operado de la siguiente forma: de la generación nacida en 1991 tenemos la distribución por tipos de municipios a los 25 y a los 35 años, es decir, en los límites de lo que podríamos llamar el período reproductivo intenso. En efecto, en Cataluña y en el año 1994 algo más del 70% de los nacidos tenían padres de esa franja de edad. La distribución de la generación hija de la de 1991 tendrá la misma distribución espacial que la de sus padres en el momento de tenerlos, ya que suponemos que la fecundidad es homogénea en todo el ámbito metropolitano, lo cual es bastante aventurado² pero nos sirve como aproximación puesto que las diferencias territoriales de fecundidad se han ido limando a la par que ésta ha ido disminuyendo en los últimos años. La edad de

² Como se sabe existe una cierta heterogeneidad espacial de la fecundidad en el interior de los espacios metropolitanos. Por lo general, los municipios periféricos, receptores de inmigración, tienen una fecundidad más intensa que las zonas centrales emigratorias. Uno de los mecanismos que explican la diferencia es, precisamente, la emigración diferencial de aquellas parejas que están en disposición cierta de ser padres, respecto a otras parejas o los individuos no emparejados que permanecen con más frecuencia en el centro. Para una aproximación a la fecundidad diferencial en la región metropolitana de Barcelona puede consultarse Pujadas (1992).

los padres en el momento de tener los hijos la hemos hecho coincidir con los 30 años que se ajusta a la edad media a la maternidad de las mujeres catalanas en 1994 (no la de los padres que es algo más alta). Por ello realizamos la media de la distribución de los sujetos de 25 y 35 años para obtener una hipotética distribución de padres a los 30 y, por tanto, de hijos en el momento de nacer. Obtenemos una distribución de hijos y no un número de hijos que dependerá del nivel de fecundidad en cada momento; es la distribución espacial de los efectivos generacionales lo que nos interesa ahora, como hemos ido repitiendo, y no su tamaño absoluto. Lo que sí fijamos en el tiempo es esa edad media a la maternidad/paternidad.

De esta manera obtenemos una distribución espacial añadida de una nueva generación, la del 2021 en buena lógica. Decir lo que sea en esta fecha sobre cuestiones demográficas o de otro tipo es practicar demografía ficción en su mayor parte. Pero se nos muestra la tendencia a la reproducción espacial de las generaciones en el caso de que nada cambiase en la estructura migratoria vigente en el ámbito de Barcelona durante los años ochenta. Por lo pronto nos informa sobre el proceso de “migración” de la capacidad reproductiva desde el centro hacia la periferia.

En el año 2021 se redistribuiría entre los diferentes segmentos de tamaño un 5,6% de los nacimientos que hubiera respecto al reparto de 1991. Los municipios que perderían nacimientos (los tres estratos de más de 100 mil habitantes) perderían en conjunto un 10% de su cuota de 1991 (de 566 de cada mil a 509), mientras que el resto de estratos (municipios de menos de 100 mil habitantes) ganarían un 13% respecto la cuota de 1991 (de 434 de cada mil a 491). La mayor pérdida de cuota, absoluta y relativa, la registraría el municipio de Barcelona. La mayor ganancia absoluta de cuota recaería en los municipios de 20 a 100 mil habitantes, mientras que la mayor ganancia relativa la conseguirían los municipios de menos de 5 mil habitantes que tendrían un 31% más en el reparto.

Tabla 9.5. Dinámica temporal en la distribución espacial de la natalidad y reproducción espacial generacional. Análisis extrapolativo. Región metropolitana de Barcelona. 1991-2021

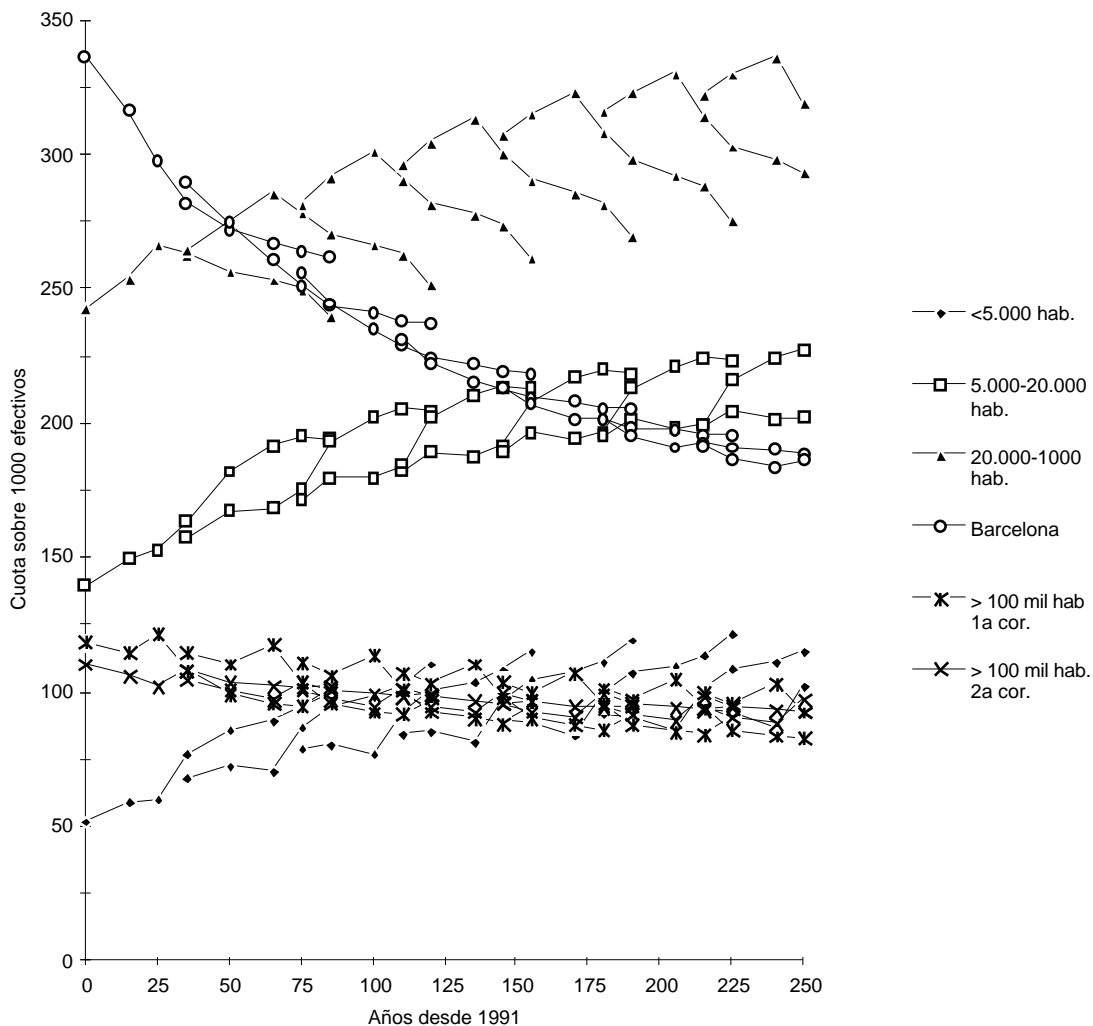
Tamaño de municipio	Distribución gen. 1991	Distribución gen. hija (gen. 2021)	Variación absoluta en la cuota	Variación relativa (%) en la cuota
< 5.000 hab.	52	68	16	31
5.000 - 20.000 hab.	139	158	18	13
20.000 - 100.000 hab.	243	265	21	9
> 100 mil hab. 2a corona	111	105	-6	-5
> 100 mil hab. 1a corona	119	115	-4	-3
Barcelona	336	289	-46	-14
Total ámbito	1000	1000	0	0

Fuente: ESD, elaboración propia

Obsérvese que la reproducción de las generaciones depende de los efectivos existentes en las edades reproductivas de las generaciones padres. En nuestro caso eso significa que los grandes municipios aparte del de Barcelona lo hacen mucho mejor de lo que sería de esperar, debido a la intensa inmigración en edades joven que reciben, aunque posteriormente siempre pierdan una parte considerable de esos efectivos inicialmente nacidos en sus municipios. Si relacionamos la información anterior con la suministrada por el Gráfico 9.1 se acentúa aún más el efecto redistribuidor y desconcentrador de la capacidad reproductiva: en los municipios de menos de 20 mil habitantes la extrapolación de las tendencias actuales indica que algo más de la mitad de los nacidos en el año 2021 serían hijos de padres no nacidos en sus municipios de residencia.

Si seguimos la evolución de la distribución espacial de esta generación nacida en el año 2021 (nos iríamos hasta el momento de su muerte allá por el año 2106...) continuaría el proceso de pérdida de efectivos relativos de los municipios centrales y más grandes en beneficio de los municipios periféricos, porque mantenemos las mismas tendencias migratorias. Algunos hechos anecdóticos creo que vale la pena reseñar aquí. Los municipios de entre 20 y 100 mil habitantes, los grandes beneficiados absolutos de la redistribución, superarían al municipio de Barcelona en el reparto del efectivo generacional cuando estos cumpliesen unos 30 años de edad, hacia el 2051. La proporción lograda por los pequeños municipios de menos de 5.000 habitantes (muchos de los cuales ya no tendrían 5 mil habitantes curiosamente) superaría indistintamente la de los dos estratos de más de 100 mil habitantes (el contiguo a Barcelona y el de la segunda corona, algunos de los cuales ya no tendrían por aquel entonces 100 mil habitantes) cuando cumpliesen unos 70 años de edad, hacia el 2091...

Gráfico 9.2. Extrapolación de las tendencias de sucesión generacional y su distribución espacial. Región metropolitana de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

Hemos prolongado mecánicamente este juego de reproducción de las distribuciones espaciales de generaciones sucesivas hasta alcanzar una situación estable (los flujos migratorios no logran cambiar la distribución a edad igual de las generaciones sucesivas). La gráfica (Gráfico 9.2) muestra el encadenamiento extrapolado de las participaciones de cada agrupación por tamaño sobre las generaciones sucesivas (comenzando en 1991 y generándose cada 30 años) durante 250 años. Se observa por un lado el crecimiento y decrecimiento en la participación de los distintos estratos de poblamiento, y también los desfases de efectivos entre generaciones sucesivas.

En efecto, esta es una información muy interesante. En el municipio de Barcelona se apunta que los individuos de edades viejas no tendrían a parte de sus hijos en edad madura viviendo en el mismo municipio. En los municipios de menos de 20 mil habitantes los efectivos de edades maduras

y viejas superarán sistemáticamente a los de jóvenes. En los de 20 a 100 mil habría siempre muchos más jóvenes y parejas recientes que personas maduras y viejas de la generación anterior. El desfase sería menor aunque en la misma línea en los grandes municipios de más de 100 mil habitantes.

Tabla 9.6. **Distribución espacial estable por edad de una generación ficticia. Región metropolitana de Barcelona.**

Tamaño de municipio	Edad							
	0	15	25	35	50	65	75	85
< 5.000 hab.	97	95	89	105	112	114	119	126
5.000 - 20.000 hab.	209	214	210	209	224	232	235	234
20.000 - 100.000 hab.	341	347	352	332	319	313	308	294
> 100 mil hab. 2a corona	92	89	88	97	94	92	91	92
> 100 mil hab. 1a corona	92	89	97	88	81	79	78	83
Barcelona	168	166	165	170	170	170	169	171
Total ámbito	1000	1000	1000	1000	1000	1000	1000	1000

Fuente: ESD, elaboración propia

El cambio en la distribución espacial a lo largo de la vida y reproducción espacial estables de generaciones sucesivas se consigue cuando el reparto entre niveles en el momento del nacimiento coincide con el reparto en el momento de ser padres (aunque no con el resto de edades). Esta situación de equilibrio se logra tras dieciséis sucesiones de generaciones (16*30 años después de 1991: 480 años). La distribución en cada edad de esa generación hipotética (e irreal) la hemos representado en la Tabla 9.6.

9.3 Perspectivas futuras de distribución espacial de las estructuras demográficas.

9.3.1 Supuestos metodológicos previos.

Hasta este momento hemos evitado referirnos a los efectivos totales de población de nuestro ámbito de estudio y hemos priorizado la creación y el análisis de indicadores que se refieran al comportamiento residencial de sujetos reales o hipotéticos, aislados o reunidos en generaciones ficticias.

Sin embargo en los últimos apartados del capítulo sobre itinerarios residenciales hemos hecho reiteradas incursiones en el futuro a través sobre todo de imaginarnos la sucesión y distribución espacial de generaciones de ficticios habitantes que, independientemente de su tamaño inicial, es decir, independientemente de la fecundidad de sus padres, reprodujeran *ad infinitum* las preferencias espaciales de sus antepasados del siglo XX. Este juego nos servía por un lado para

establecer cuál es la distribución espacial estable que se deriva del esquema de movilidad residencial vigente durante los años ochenta y, por otro, para constatar las relaciones cuantitativas intergeneracionales que se generan.

En este momento, para concluir el análisis de la información sería interesante regresar a los individuos reales y preguntarse sobre la evolución del efectivo de cada grupo de edad que irá residiendo en un futuro más o menos cercano en los distintos tamaños si la situación mostrada por la E.S.D. se mantuviese fija. Se explotará la población por grandes grupos de edad de cada tipo municipal considerando la matriz migratoria de distribución espacial, un estándar fijo de mortalidad y una hipótesis dinámica de fecundidad. Otro supuesto es la ausencia de intercambios migratorios con el exterior porque exclusivamente queremos valorar el impacto de la movilidad residencial urbana.

El estándar de mortalidad que hemos elegido es el correspondiente a la tabla de mortalidad de Catalunya del año 1992. La fecundidad escogida se basa en la hipótesis media de evolución del índice sintético de fecundidad del proyecto de proyecciones de población desarrollado por el Instituto de Estadística de Catalunya (en el momento de presentación de la primera ponencia técnica de 1997) con horizonte 2035. Nosotros hemos prolongado el índice proyectado a esta fecha hasta el 2050 que es el límite temporal de nuestra extrapolación de tendencias. La fecundidad ha sido distribuida por edad de la madre en función del calendario existente el año 1995 en Cataluña. Como *input* inicial hemos suministrado la distribución de la población de la región metropolitana de Barcelona distribuida por tamaños municipales y grupos quinquenales (posteriormente agregados en grandes grupos) resultante del censo de 1991.

El *output* resultante ha sido una distribución de la población, igualmente por grandes grupos de edad y tamaño municipal cada cinco años entre el año 1990 y el año 2050, doce puntos temporales.

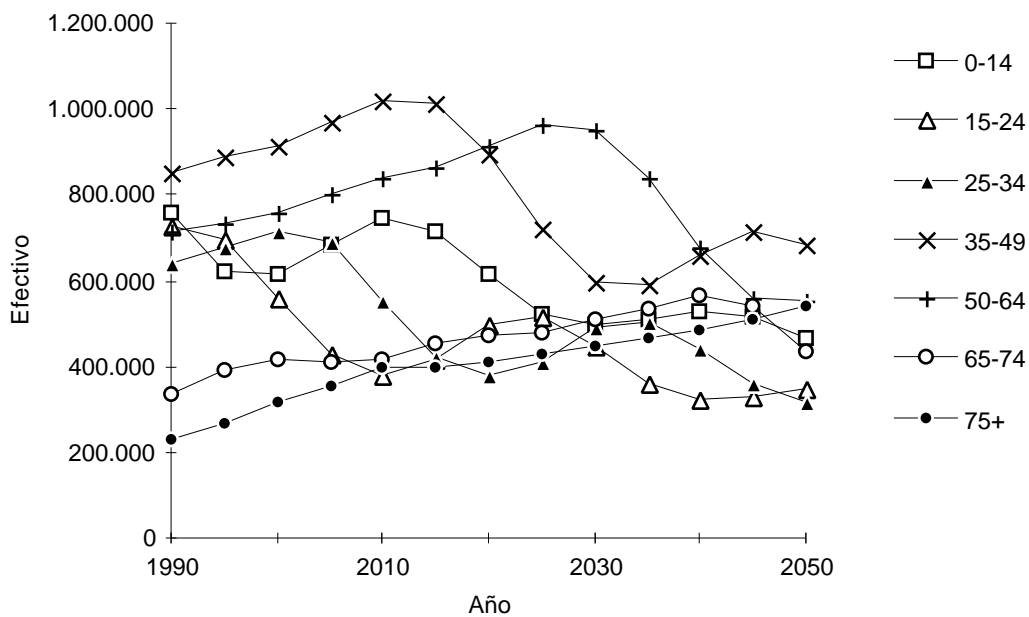
Como información contextual es interesante constatar que, bajo el supuesto de migración exterior nula, la población de la región metropolitana descendería unas novecientas mil personas en los sesenta años posteriores. La causa estriba en que el índice sintético de fecundidad, aunque se ha supuesto que crece en los próximos años, nunca alcanza el nivel que asegura a largo plazo el reemplazo generacional y, por lo tanto, el mantenimiento de la población, situado en aproximadamente 2,1 hijos por mujer. La inercia de la favorable estructura por edad actual, relativamente joven todavía, facilita que el crecimiento se mantenga hasta el 1995. El contraste con la realidad del padrón de 1996 recoge una disminución absoluta de la población de la región debido a la existencia del saldo migratorio negativo exterior.

9.3.2 *Evolución temporal de la distribución espacial de los efectivos de cada grupo de edad.*

La evolución de los diferentes grupos de edad no sigue el mismo calendario (Gráfico 9.3). Cada grupo de edad alcanza el efectivo mayor en función de la inercia de la pirámide de edades y algunos nunca verán disminuir su tamaño. La extrapolación condicionada de las tendencias actuales

indica que el grupo 35-49 sería el mayoritario en la región metropolitana hasta el año 2020 iniciando una rápida disminución desde el año 2010 cuando comienzan a entrar en este grupo los nacidos a partir de la inflexión de 1975. A partir del año 2020 el grupo 50-64 será el mayoritario ya que concentrará casi todos los nacidos durante el *baby boom* de los sesenta.. Este grupo iniciará a su vez un vertiginoso descenso absoluto hacia el 2030.

Gráfico 9.3. Evolución proyectado del efectivo en cada grupo de edad. Región metropolitana de Barcelona, 1990-2050



Fuente: ESD, elaboración propia

El grupo 65-74 aumenta sin pausa su tamaño también hasta la entrada de las generaciones vacías nacidas desde 1975, lo que ocurrirá hacia el 2040. Otro tanto sucede con el grupo 75 y más que ve más que doblado su tamaño en esos sesenta años. Estos dos grupos serían los únicos no afectados por los movimientos cíclicos en su dimensión que arrastran el resto de grupos en las condiciones de la extrapolación. Es de suponer que los dos grupos ancianos iniciarían una evolución semejante de no mediar cambios significativos a partir, precisamente, de nuestra fecha límite, 2050. La evolución temporal del grupo 0-14 es la que debe menos, lógicamente, a la propia inercia de la pirámide de 1991. Sus efectivos dependen del tamaño de las generaciones padres cuyos miembros han nacido todos en 1990 sólo hasta el año 2006, cuando comienzan a incorporarse posibles padres nacidos ya en 1991. En el año 2046 habrá desaparecido el último progenitor existente el año 1990. Por otro parte los nacimientos que producen las generaciones padres no dependen sólo del tamaño de éstas sino además de la intensidad de la fecundidad que también es una variable supuesta durante todo el período.

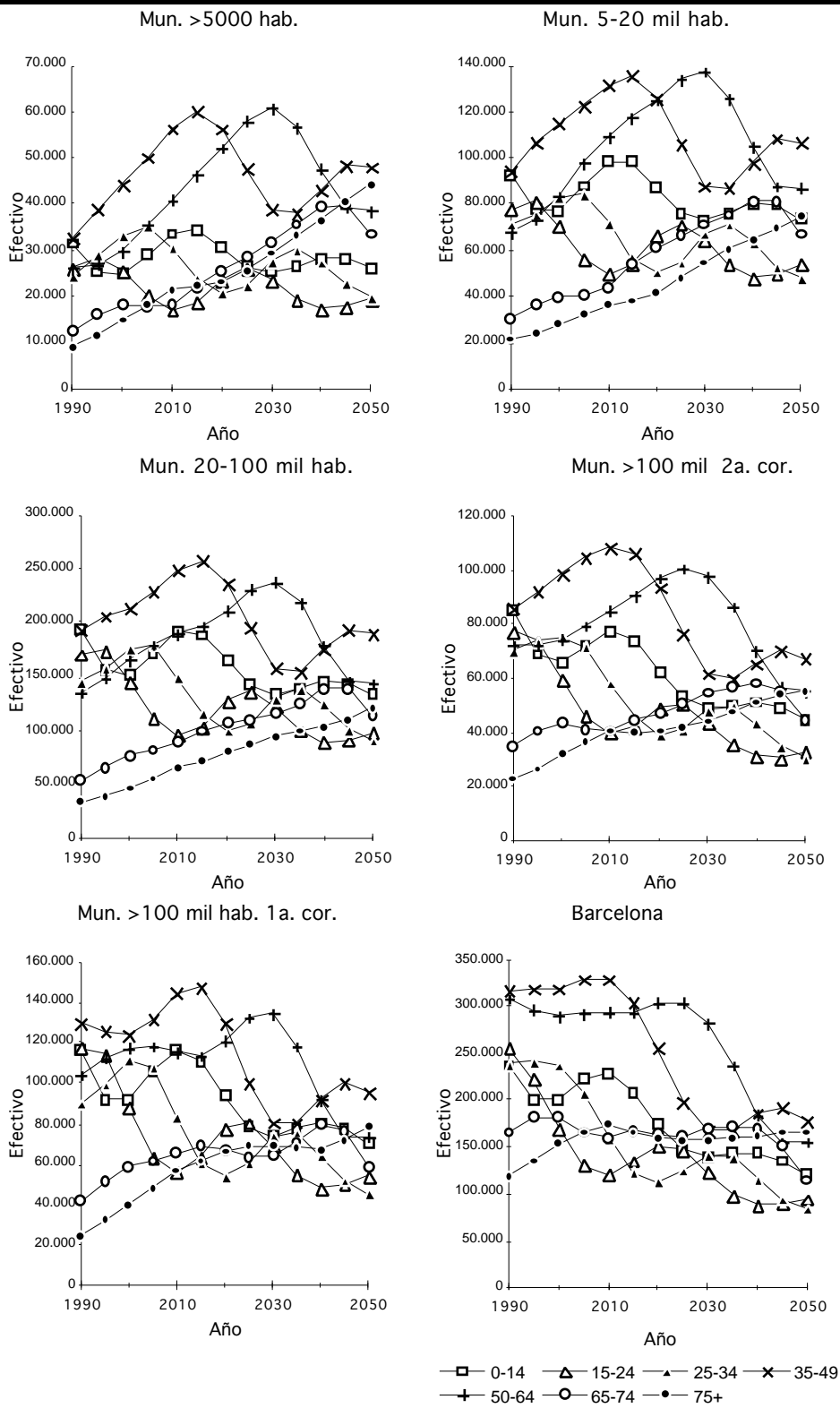
El grupo 0-14 iría disminuyendo, fruto de la baja fecundidad actual, hasta el año 2000, si bien desde el año 1995 apenas variaría. La inflexión se debe tanto al alza en las expectativas de la fecundidad, que durante todo el período mantendrán un nivel más elevado que el actual, como al crecimiento cuantitativo de las generaciones padres. El aumento del grupo 0-14 continuará hasta el año 2010 cuando alcanzaría un nivel total parecido al de 1990. Posteriormente se hundiría estancándose en 450-500 mil individuos desde el año 2030.

El grupo 25-34 todavía crecerá hasta el año 2000 y disminuirá poco durante los cinco años siguientes. En el 2005 habrán comenzado a entrar en este grupo las generaciones muy vacías nacidas en los años ochenta. El punto más bajo se alcanzará en el año 2020. En ese año el grupo 75 y más será más numeroso que el 25-34 cuando en el año 1991 la relación era de 2,77 jóvenes adultos por cada anciano de avanzada edad.

La redistribución espacial de la población entre los segmentos de tamaño acarreará diferencias en la evolución del tamaño de cada grupo de edad en función de la especialización en la recepción o la emisión de individuos de los diferentes grupos (Gráfico 9.4). Y, naturalmente, la población que le correspondería a los municipios pertenecientes, aclarémoslo, en 1991 a cada nivel de poblamiento.

Los municipios que salen beneficiados de la redistribución municipal ven potenciada la tendencia al alza de los grupos centrales (35-64) y amortiguada la caída de los grupos jóvenes. El aumento continuado de los grupos de viejos es bastante más pronunciado. Como se puede deducir de la especialización migratoria explicada en capítulos anteriores cuanto más pequeño es el municipio mayor importancia tendrá la contribución de estos grupos en la población total. Sin embargo, no se aprecian diferencias significativas en el calendario de las oscilaciones cíclicas del volumen de cada grupo de edad. En este aspecto, la inercia de la estructura y la previsión de la fecundidad dominan a las imposiciones de la estructura migratoria.

Gráfico 9.4. Evolución proyectada del efectivo en cada grupo de edad y tamaño de municipio residencial. Región metropolitana de Barcelona, 1990-2050



Fuente: ESD, elaboración propia

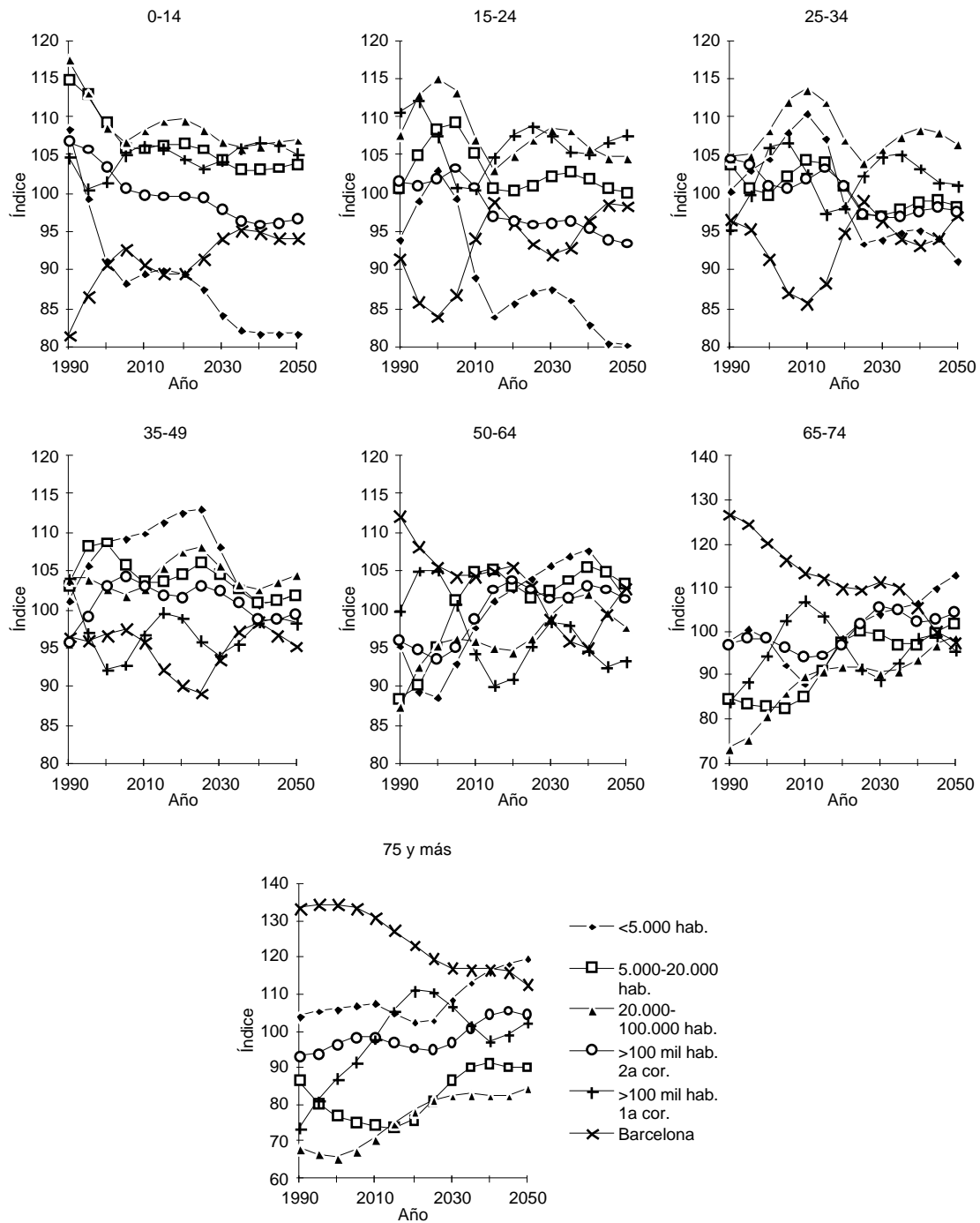
En el caso de los municipios emigratorios la onda alcista de los grupos centrales se ve suavizada y es casi inexistente en el municipio de Barcelona. El envejecimiento absoluto será más intenso en los grandes municipios contiguos que, además, están especializados en este tipo de inmigración. El hecho más destacado es la disminución brusca a partir el 2000 del número de jóvenes en edad de emancipación. ¿Se atisba en el futuro tendencias claras de segregación espacial de la edades? Tal análisis se puede efectuar mediante el cálculo de índices de relación entre el porcentaje que representa cada grupo de edad en la población de cada tamaño municipal y el correspondiente en toda la población de la región para cada corte temporal (Gráfico 9.5).

En 1991 existía una cierta segregación residencial por edad, sobre todo por lo que respecta a los niños y a los viejos. Por lo que respecta a los niños esta diferencia en la distribución se debe al déficit relativo que registra el municipio de Barcelona. El resto de municipios todavía tienen una base piramidal relativamente poblada, sobre todo los municipios de 5 a 20 mil habitantes. Hasta el año 2005 se registra una cierta convergencia en el peso de este grupo de edad, ya que la disminución se produce más en los municipios periféricos y no en el municipio de Barcelona que ya en 1990 estaba en un nivel mínimo. Entre el año 2000 y el 2025 se mantienen las mismas pautas de distribución de este grupo de edad que son las de 1991 pero suavizadas.

La distribución de los viejos era fuertemente desigual en el año 1991. El porcentaje de Barcelona era de alrededor del 40% superior al porcentaje de la región. En torno a la media se situaban los pequeños municipios de menos de 20 mil habitantes y los grandes municipios de la periferia. Poco envejecidos eran todavía los grandes municipios contiguos a Barcelona y el resto de municipios periféricos, es decir, los grandes municipios inmigratorios de los setenta y los grandes municipios inmigratorios, por movilidad residencial, de los ochenta y noventa. Este matiz temporal implica que la velocidad del envejecimiento posterior de los grandes municipios del Barcelonès será mucho más rápida, ayudada por la especialización relativa dentro de la región en la inmigración de viejos. En conjunto en el futuro se puede esperar un proceso de convergencia en el nivel de envejecimiento y, por tanto, una disminución de este caso particular de segregación residencial por edad.

Más interesantes y complejos son los cambios en la ubicación espacial de los jóvenes. En los próximos años se puede esperar un proceso de divergencia en la localización espacial de éstos. Se alcanzaría la máxima segregación espacial entre el año 2000 y el año 2010. Se basará en la disminución brusca de los jóvenes en el municipio de Barcelona, conforme los niños escasos de 1991 vayan cumpliendo años. Es decir, de nuevo encontramos la fuerza inercial de las pirámides para explicar las distribuciones futuras. A partir del año 2010 destacará la falta de especialización de los municipios pequeños en inmigrantes jóvenes adultos ya que se hará evidente la ausencia relativa de jóvenes en este segmento.

Gráfico 9.5. Evolución extrapolada de la relación entre la proporción que cada grupo de edad mantiene en cada tamaño de municipio y la proporción en toda la región metropolitana. 1990-2050



Fuente: ESD, elaboración propia

En cuanto al grupo 35-49 se aprecia una ligera ampliación de las diferencias en la oposición entre municipios pequeños frente a Barcelona. Sin embargo el resto de municipios sufre oscilaciones no excesivamente amplias, como sucede en el grupo 50-64 para el conjunto de la región.

En definitiva, los pequeños municipios de la región se caracterizarán por la presencia más intensa de viejos y muy viejos y por la ausencia extrema de jóvenes, lo que los hará en el futuro lejano extraordinariamente dependientes de la inmigración del resto de la región para el mantenimiento de su población. El resto de municipios periféricos de tamaño mediano se caracterizan, al revés, por la relativa escasez de viejos. Los grandes municipios contiguos al de Barcelona sufrirían diferentes cambios de especialización: pasarían de la actual en jóvenes a la espera de la emancipación a una sobrerrepresentación de viejos hacia el 2020 que se aliviaría posteriormente. Los grandes municipios de la segunda corona no presentarán una clara especialización de su pirámide en ningún grupo de edad, mientras que el municipio de Barcelona compaginará el descenso de su población con la disminución de la especialización en las personas de más edad.

9.4 Aproximaciones a la evolución de la demanda residencial.

Como colofón a este viaje por las implicaciones territoriales de la movilidad residencial, el presente apartado lo dedicaremos a una reflexión sobre la demanda residencial futura derivada de la inercia de las estructuras y de las transformaciones inducidas por la movilidad residencial en la distribución espacial de la población.

Hay que aclarar nuestras intenciones antes de seguir adelante. No queremos realizar un ejercicio de previsión de cuál será en el futuro la evolución de la intensidad de la movilidad residencial, pretensión que exigiría dedicar otra tesis y que dejo para futuras investigaciones. Si la proyección de la intensidad de la fecundidad, por ejemplo, está sujeta a grandes dosis de incertidumbre debido a la dificultad de establecer las relaciones causales que existen entre la evolución social y el comportamiento reproductivo, ¿qué decir del comportamiento residencial? Podemos apuntar algunos nexos causales que facilitan la movilidad y que deberían incluirse en una previsión de futuro: características económicas (crecimiento económico, mercado laboral, tipos de intereses, precios inmobiliarios), y cambios socioculturales de diversa índole que impactan en ciertas características demográficas (formación de pareja, emancipación juvenil, tanto en su intensidad como en el calendario). Al mismo tiempo la demanda residencial es sensible a las características del lugar de residencia, tanto de la vivienda como del vecindario, del barrio, sin olvidar el impacto de las políticas públicas tanto las directamente dirigidas a reordenar el mercado inmobiliario, como las indirectas. Si es difícil dar orden y convertir en cifras para el presente a este entramado de conexiones, mucho más complicado es prever su comportamiento en el futuro.

En este apartado intentaremos valorar que implicará en el futuro para la cuantificación de la demanda residencial la continuación de las tendencias del presente, teniendo en cuenta las transformaciones en la distribución espacial de la población. Ofreceremos series temporales del

volumen de personas que cambiarían de vivienda y deduciremos el número de cambios de vivienda que implicaría, es decir, la demanda residencial implícita. Al mismo tiempo osaremos ofrecer unas cifras de la aportación de viviendas que se liberan para el mercado fruto de los avatares de la mortalidad.

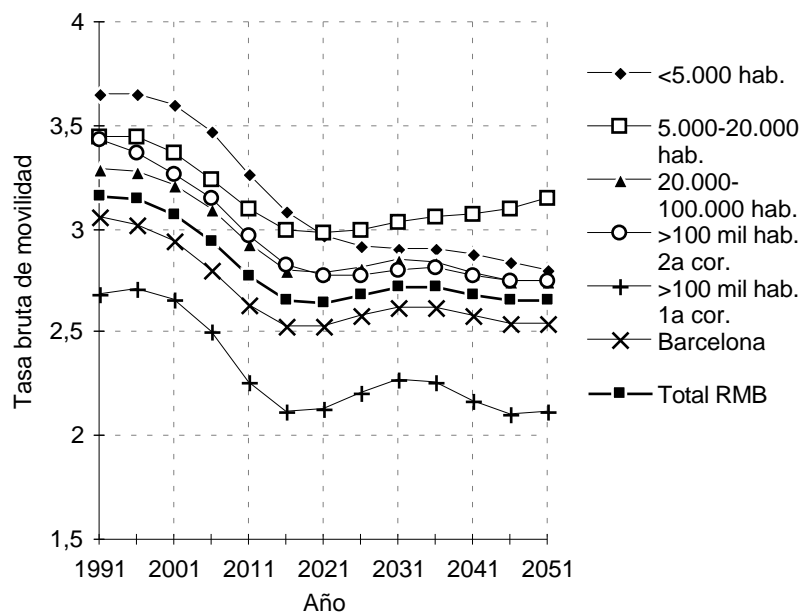
Para todo ello mantendremos estables en el tiempo las tasas de movilidad residencial por edad observadas en los años ochenta, así como las estimaciones por edad de la estructura de las personas que conjuntamente realizan un cambio de vivienda.

9.4.1 La evolución de la tasa bruta de movilidad residencial.

A principios de los años noventa la región metropolitana de Barcelona tenía la estructura por edad más favorable para la movilidad residencial ya que los jóvenes adultos, los más propensos a un cambio de vivienda, alcanzan las mayores proporciones. Sin embargo, la intensidad de la movilidad era muy baja. Recuérdese que en el grupo 25-34 la tasa anual en los ochenta no superaba el 7,5%, lo cual significa que en óptica transversal implica que no se llegaría a un movimiento por persona realizado en este grupo de edad. En los ochenta había una serie de emancipaciones residenciales y también de movimientos de ajuste que no se producían y que en un contexto más favorable podrían producirse. Este contexto ha empezado a darse en los últimos años del primer quinquenio de los noventa, por lo que la movilidad residencial real que en estos momentos existe en nuestro ámbito de estudio tiene que ser, por fuerza, superior a la extrapolación que aquí presentamos. Algunos indicadores dan fe de ello: vitalidad del sector de la construcción, aumento de las transacciones de compra o alquiler, incremento de la movilidad migratoria interna en la región metropolitana y reforzamiento de las tendencias desconcentradoras de la población metropolitana según se deduce de las primeras cifras del padrón de 1996.

La reactivación actual de la movilidad residencial se está realizando a pesar de la evolución negativa de la estructura por edad. En efecto, el Gráfico 9.6 informa que entre 1991 y 1996 se habría producido un estancamiento de la tasa global si se hubiese mantenido el mismo comportamiento que en los ochenta. El aumento actual se debe más a una revitalización de las propensiones que a la evolución de la estructura por edad, tal como demuestra el aumento de los índices sintéticos de migración. La extrapolación en el futuro de las propensiones en el contexto de una estructura demográfica cambiante indica que en los últimos años de la década actual y, sobre todo, al entrar en el siglo que viene habría que prever una reducción apreciable de la movilidad residencial por la pérdida de peso de los grupos jóvenes en el contexto de una población sin crecimiento demográfico y sin aportes inmigratorios exteriores. El punto más bajo se alcanzaría alrededor del año 2021 cuando el conjunto de la movilidad residencial bruta sería del 85% de la existente en el año 1991. Posteriormente se apunta el inicio de otra onda ascendente de movilidad. En resumen, esta extrapolación nos marca la cifra de movilidad con la que hay que ir comparando la real para calibrar más precisamente la variación del volumen bruto de cambios de vivienda, tomando como punto de

Gráfico 9.6. Extrapolación de las tasas brutas de movilidad residencial por tamaño de municipio y global. Región metropolitana de Barcelona.



Fuente: ESD, elaboración propia

comparación la movilidad de los años ochenta. Un ejemplo será que en el futuro pueda haber aumento de la intensidad sin que signifique una variación al alza de la tasa bruta.

Se ha realizado un cálculo semejante cada nivel de para cada categoría municipal, utilizando las tasas de movilidad específicas propias de cada uno. En la extrapolación los grupos de municipios según el tamaño de su población mantienen las posiciones relativas, es decir, que presentan, a grandes rasgos, las mismas inflexiones temporales de la tasa bruta. Los municipios más móviles son los periféricos y el nivel menos móvil es el de los grandes municipios de la primera corona. Sin embargo, hay algunas variaciones dignas de comentario. Los municipios que se ven más favorecidos por la evolución de su estructura son los de 5 a 20 mil habitantes ya que tras la caída compartida de la movilidad experimentarían un aumento continuado, producto de la extrapolación de su elevada tasa de movilidad de los ancianos en una población a su vez cada vez más vieja.

9.4.2 Nueva demanda y mortalidad domiciliar.

A continuación intentaremos descomponer la movilidad residencial global que hemos extrapolado en el futuro. Una vía es retomando un componente esencial de la demanda futura como es la creada en el momento de la emancipación y otra, estimando la aportación de vivienda de segunda mano a consecuencia de un proceso puramente demográfico: la mortalidad. Así mismo,

cambiaremos la unidad de análisis del individuo a la vivienda. Este tema ya ha sido abordado desde diferentes perspectivas, sin ir más lejos en el caso de España: aproximación metodológica a la estimación de las necesidades de vivienda (Leal, Cortés, 1995): exploración futura de la formación de hogares y de la llamada transición residencial o paso de dependiente a autónomo residencialmente (Garrido, Requena, 1997), entre otras aportaciones de éstos y otros autores.

Desde un punto de vista demográfico podemos calcular la evolución de estos dos componentes del mercado inmobiliario. Por un lado las necesidades de vivienda de aquellos que entran por primera vez en el mercado de la vivienda y que, por tanto, no dejan libre una vivienda cuando acceden a la suya. Se trata de la parte de la demanda residencial que, al no liberar una vivienda anterior, exige la entrada de nuevas viviendas en el parque y coincide con la creación de nuevos hogares. Por otro lado, se pueden estimar aquellas viviendas que son dejadas por sus habitantes pero no para ocupar otra vivienda sino por efecto de la mortalidad. Se trata de una oferta neta de vivienda, en este caso de vivienda usada, que se añade a la oferta de nueva vivienda construida.

Para calcular las entradas de nuevos demandantes que en cada momento se incorporan en el mercado de la vivienda realizamos los siguientes pasos y suposiciones. Decimos que los nuevos demandantes que se emancipan de casa de sus padres pertenecen al grupo 25-34 y suponemos que todos los que se tienen que emancipar lo efectúan a la edad de 30 años. El flujo anual representará, por tanto, el 10% del efectivo total del grupo 25-34. Ahora bien no todos los jóvenes llegan a emanciparse. La E.S.D. nos permite estimar en un 95% la proporción que lo hará. Si todos los que se emancipasen formaran pareja bastaría con dividir entre dos la cifra obtenida para conseguir las viviendas demandadas. Sin embargo, la E.S.D. permite estimar la proporción de los emancipados que nunca formarán pareja en un 5%, lo que significa que cada uno de estos sujetos demandará una vivienda. Esta matización implica que la cifra de emancipados hay que dividirla por 1,9 para obtener las viviendas demandadas por primera vez en función de la situación de los años ochenta.

Para estimar la vivienda usada liberada sin cambio residencial puede considerarse sólo la mortalidad de la población anciana (más de 65 años) como una buena aproximación. Estimamos las defunciones anuales en este grupo de edad en función de la tabla de mortalidad que estamos utilizando y les aplicamos el coeficiente de 0,6 para estimar las viviendas liberadas tal como se recoge en Leal, Cortés (1995: 73); esta es la proporción de defunciones a esas edades de personas solitarias.

La diferencia entre ambas estimaciones nos da una idea de la necesidad de nueva vivienda construida en cada momento para cubrir las necesidades de vivienda. En el caso hipotético que no hubiese necesidad de reposición del parque de aquellas viviendas que llegan al final de su vida útil, que el mercado pusiera en oferta toda la vivienda posible y que el mercado estimase como ocupables toda la vivienda en oferta esta idea nos estaría indicando las viviendas que se deben construir si la demanda neta es positiva, o bien, si la demanda neta es negativa, la cantidad de ellas que quedarían vacías y un flujo neto de destrucción de hogares de la población considerada. Hemos calculado estos

indicadores cada cinco años hasta el 2051 para el total de la región y cada uno de los niveles de poblamiento (Tabla 9.7).

Tabla 9.7. Extrapolación mecánica de la evolución futura de la demanda nueva, la mortalidad domiciliar y la demanda neta demográfica

Año	Demanda nueva por emancipación (a)	Viviendas liberadas por mortalidad domiciliar (b)	Demanda neta demográfica o nuevos hogares creados (a-b)
1991	32.062	14.948	17.114
1996	33.810	18.248	15.562
2001	35.813	20.548	15.265
2006	34.388	22.529	11.859
2011	27.623	25.272	2.350
2016	21.168	26.548	-5.380
2021	18.825	27.338	-8.513
2026	20.558	27.439	-6.880
2031	24.433	29.385	-4.952
2036	25.336	30.965	-5.629
2041	21.980	31.738	-9.758
2046	17.913	33.025	-15.112
2051	15.900	33.188	-17.289

Fuente: ESD, elaboración propia

Los resultados, aunque fruto en parte de una extrapolación de la situación de los años ochenta, son dignos de comentario. En el año 1991 la demanda estimada por la entrada en el mercado tendría que ser de alrededor de 32 mil viviendas.

Sin embargo, el análisis de la información de la E.S.D sobre emancipación en coincidencia con el cambio de vivienda sitúa esa demanda alrededor de 20 mil viviendas en cifras redondas, cuando el máximo se había alcanzado en 1986 con unas 28 mil unidades. El inicio de la década de los noventa era un mal momento para plantearse la emancipación.

Tabla 9.8. **Estimación de viviendas demandadas por emancipación en los años ochenta.**

Año	Viviendas demandadas
1982	21.927
1983	22.745
1984	21.281
1985	25.821
1986	27.841
1987	23.260
1988	24.304
1989	26.993
1990	20.136

Fuente: ESD, elaboración propia

Puede decirse que la demanda de la primera vivienda en el umbral de la década se había situado en un 62,5% de su nivel potencial. Con seguridad la demanda real se habrá aproximado a la potencial en los últimos años, reeditando un movimiento en onda ya experimentado a mediados de la década anterior.

El máximo, en nuestra extrapolación mecánica, se alcanzará en el año 2001 con una demanda de alrededor de 36 mil viviendas. A partir de este momento la reducción de la natalidad de los últimos veinte años comenzará a actuar reduciendo esa demanda y el mínimo se puede prever en el año 2021 con 19 mil viviendas, casi la mitad de las demandadas veinte años antes. A partir de entonces, si todo fuese como aquí se ha dibujado, aparecería otra onda ascendente en relación con la previsión de aumento de la fecundidad de los próximos años.

Por su parte, las aportaciones netas de vivienda usada crecerán inexorablemente al ritmo del envejecimiento de la población y de su inexcusable mortalidad³. La liberación de este tipo de vivienda se ha debido notar entre 1991 y 1996 en que habrá aumentado en un 22%. El ritmo de incremento disminuirá posteriormente pero puede estimarse que la oferta de este tipo de vivienda se habrá duplicado del 1991 al 2031.

La consecuencia es que desde 1991 las necesidades de construcción de nueva vivienda o lo que es lo mismo el aumento del número de hogares iría disminuyendo gradualmente hasta el año 2006 (de 17 mil anuales pasará a 12 mil) para iniciar un descenso importante que llevará a una destrucción neta de hogares a partir del año 2012 ó 2013. Cabe recordar que los hogares seguirían

³ Al ser la mortalidad un fenómeno menos manipulable por la voluntad humana es de suponer que la mortalidad domiciliar potencial estimada se ajuste mejor a la realidad.

creciendo en un contexto de disminución de la población absoluta. A partir de este momento el sistema de movilidad residencial no exigiría la construcción de vivienda nueva, aunque los movimientos residenciales continuarían a un ritmo apreciable como veremos más adelante.

En el detalle territorial las cifras y fechas anteriores admiten matices. En sectores de la región metropolitana la nueva demanda seguiría creciendo hasta el año 2006; es el caso de todos los municipios periféricos con menos de 100 mil habitantes. El municipio de Barcelona verá disminuir este tipo de demanda ya a partir de 1996, mientras que el resto de municipios de más de 100 mil habitantes coincidirán temporalmente con el total de la región, el 2001. La distribución de este tipo de demanda entre grandes municipios urbanos (62% del total) y municipios periféricos (38% del total) se muestra rápidamente más favorable a estos últimos que alcanzan en el 2011 el 46% del total (Tabla 9.9). Posteriormente, las ganancias adicionales en la cuota serán menores.

Tabla 9.9. Extrapolación de la distribución centro-periferia* de la demanda nueva por emancipación y de la oferta por mortalidad domiciliar. Región metropolitana de Barcelona, 1991-2051

Año	Demanda nueva por emancipación		Viviendas liberadas por mortalidad domiciliar	
	Centro	Periferia	Centro	Periferia
1991	71,8	28,2	62,2	37,8
1996	71,5	28,5	61,3	38,7
2001	71,1	28,9	59,3	40,7
2006	69,9	30,1	56,6	43,4
2011	68,6	31,4	54,5	45,5
2016	66,7	33,3	53,8	46,2
2021	64,6	35,4	54,8	45,2
2026	62,6	37,4	55,3	44,7
2031	60,9	39,1	53,9	46,1
2036	59,1	40,9	52,4	47,6
2041	57,5	42,5	51,2	48,8
2046	56,6	43,4	50,5	49,5
2051	55,7	44,3	50,5	49,5

Fuente: ESD, elaboración propia

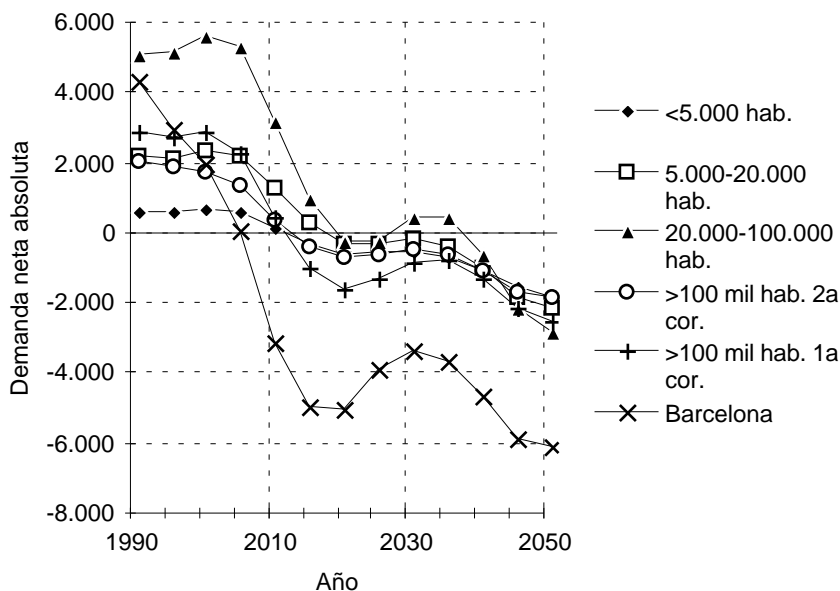
* Centro: Barcelona más todos los municipios mayores de 100.000 habitantes.

* Periferia: resto de municipios.

De las viviendas liberadas por mortalidad domiciliar cabe decir que en las próximas décadas se asistirá a un reequilibrio en la distribución espacial de estas viviendas. Mientras que en 1991 el 71,8%

de esta demanda se localizaba en los municipios de más de 100 mil habitantes, posteriormente la periferia irá cobrando más protagonismo. Poco después del 2021 se podría prever que se llegaría a un cierto equilibrio entre los dos grandes sectores metropolitanos. El caso del municipio de Barcelona es especialmente significativo: hasta el año 2001 alrededor de la mitad de toda la vivienda liberada por mortalidad le pertenecerá. Está claro que el papel de la contribución de este tipo de vivienda en los próximos años se tiene que relacionar con su localización central, lo que tiene asociado un precio relativamente alto y puede ayudar, más que nada, a la potenciación de ciertas pautas de gentrificación presentes ya hoy en día. En décadas sucesivas la redistribución espacial de esta oferta puede ayudar a diversificar las opciones residenciales para los que entran en el mercado de la vivienda y realmente podrá funcionar como una posibilidad barata y seguramente temporal, antes de dar el salto a una vivienda mejor ajustada a las necesidades y deseos del hogar.

Gráfico 9.7. Extrapolación de la demanda neta anual de vivienda por tamaño de municipio. Región metropolitana de Barcelona, 1990-2050



Fuente: ESD, elaboración propia

En los distintos tamaños de municipio el paso de la creación neta a la destrucción neta de hogares se producirá entre el año 2006 (en el caso del municipio de Barcelona) al año 2019 en el caso de los municipios de 20 a 100 mil habitantes (Gráfico 9.7). Este proceso puede trascender el accidente meramente demográfico y venir a significar por un lado la hipotética falta de necesidad de vivienda nueva (que nunca será así porque la vivienda nueva es un bien de consumo demandado por sí mismo), sino que puede servir como un hito a partir del cual el mercado de la vivienda dispondrá de un amplio segmento de vivienda usada que excederá la demanda de vivienda primera lo que tendrá que tener implicaciones en distintos órdenes, entre ellos el precio. También nos anuncia una era en

que la rehabilitación de edificios de vivienda o de viviendas individuales han de protagonizar el mundo de la construcción residencial: los nuevos espacios de crecimiento residencial no sólo se localizarán en la periferia metropolitana sino que también en amplios sectores del centro o de los núcleos más antiguos de la periferia. Es posible que esta nueva etapa de rehabilitación no sólo se traduzca en una ampliación de los procesos de gentrificación sino que implique una opción residencial real para la inmensa parte de la población, lo que seguramente llevaría a una transformación profunda de los itinerarios espaciales que hemos visto hasta ahora y, posiblemente, también de los biográficos.

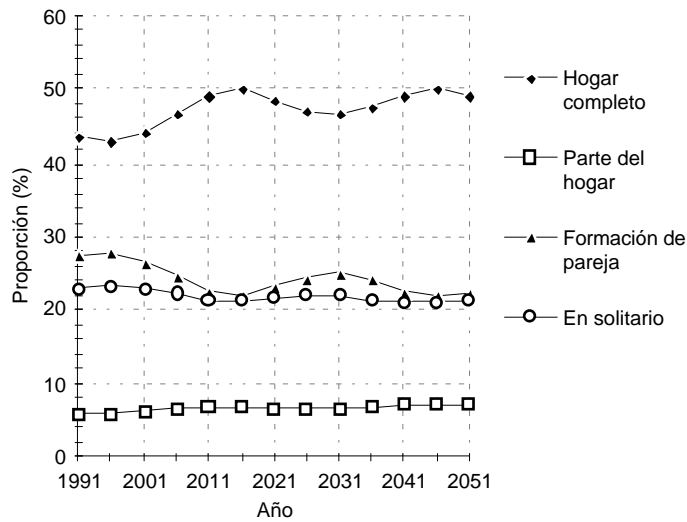
9.4.3 *Cambios demográficos a la vista en el tipo de demanda residencial.*

El cambio en la intensidad de la demanda residencial no sólo será cuantitativo, habrá cada vez un menor número de vivienda demandada, sino también cualitativo. En efecto, cada vez más el papel de la formación de pareja tendrá menos importancia y lo ganará la movilidad de hogares formados. Estos últimos demandaban el 44% de las viviendas en 1991 y demandarán justamente el 50% en el año 2016 (La preponderancia de la demanda de hogares ya formados (unas 25 mil viviendas anuales hasta el 2016, algo menos posteriormente) justificará seguramente el mantenimiento de una oferta de vivienda de reciente construcción y liberará un monto equivalente de viviendas para el mercado de segunda mano. Si sumamos las liberadas por las familias en pleno ciclo residencial y las liberadas por los que fallecieron observamos que este segmento del mercado se incrementará, como mínimo, desde las 40 mil viviendas anuales hasta unas 50 mil en el año 2010. Y es un mínimo porque se extrapola el comportamiento poco intenso residencial de los hogares formados de los años ochenta.

Gráfico 9.8). Por su parte las viviendas demandadas por los que formaban pareja eran el 28% en 1991 y 1996, proporción que bajará paulatinamente desde ese momento hasta alcanzar el 22% en el 2016. La proporción de demanda solicitada por los que viven solos se estancará porque la movilidad residencial de los viejos sólo en una pequeña parte se traduce en demanda de vivienda, la mayor parte de las veces el cambio residencial en estas edades significa el final de la vida residencial autónoma. Como dato anecdótico hemos estimado la demanda relacionada con traslados parciales de los miembros del hogar anterior (por ejemplo, producto de separaciones o divorcios) en un porcentaje que se mantiene estable en torno el 6-7%.

La preponderancia de la demanda de hogares ya formados (unas 25 mil viviendas anuales hasta el 2016, algo menos posteriormente) justificará seguramente el mantenimiento de una oferta de vivienda de reciente construcción y liberará un monto equivalente de viviendas para el mercado de segunda mano. Si sumamos las liberadas por las familias en pleno ciclo residencial y las liberadas por los que fallecieron observamos que este segmento del mercado se incrementará, como mínimo, desde las 40 mil viviendas anuales hasta unas 50 mil en el año 2010. Y es un mínimo porque se extrapola el comportamiento poco intenso residencial de los hogares formados de los años ochenta.

Gráfico 9.8. Extrapolación de la distribución de la demanda de viviendas según características de hogar. Región metropolitana de Barcelona, 1991-2051



Fuente: ESD, elaboración propia

Tabla 9.10. Extrapolación de la descomposición de la demanda y la oferta de vivienda según tipo. Región Metropolitana de Barcelona, 1996-2051.

	Demanda			Oferta segunda mano			Índices		
	Total (a)	Nueva (b)	De ajuste (c)	Total (d)	Mortalidad domiciliar (e)	De ajuste (f)	(b)/(a) %	(e)/(d) %	(d)/(a) %
1991	59.884	32.062	27.821	42.770	14.948	27.821	54	35	71
1996	59.879	33.810	26.069	44.317	18.248	26.069	56	41	74
2001	58.308	35.813	22.495	43.044	20.548	22.495	61	48	74
2006	55.536	34.388	21.149	43.677	22.529	21.149	62	52	79
2011	51.418	27.623	23.796	49.068	25.272	23.796	54	52	95
2016	48.150	21.168	26.982	53.530	26.548	26.982	44	50	111
2021	46.946	18.825	28.121	55.459	27.338	28.121	40	49	118
2026	46.372	20.558	25.813	53.252	27.439	25.813	44	52	115
2031	45.738	24.433	21.305	50.690	29.385	21.305	53	58	111
2036	44.102	25.336	18.765	49.730	30.965	18.765	57	62	113
2041	41.384	21.980	19.404	51.142	31.738	19.404	53	62	124
2046	38.927	17.913	21.014	54.039	33.025	21.014	46	61	139
2051	37.185	15.900	21.285	54.473	33.188	21.285	43	61	146

Fuente: ESD, elaboración propia

De la observación la extrapolación de la demanda potencial de viviendas desde 1991 en adelante (Tabla 9.10) se deduce que la oferta de vivienda usada anual pasará de cubrir sólo el 71% de la demanda total de 1991 al 100% entre el año 2011 y el 2016. Si esta transformación del mercado de la vivienda aliviará o no el acceso y el ajuste de las necesidades residenciales dependerá del tipo de envejecimiento de la vivienda actual del parque, buena parte de la cual no estará en las mejores condiciones, precisamente la situada en el municipio de Barcelona y en su periferia inmediata.

Una conclusión esperanzadora: cada vez más la demanda de emancipación podrá recurrir en mayor medida al mercado de segunda mano. Esto significa una abaratamiento del coste residencial agregado de dicha emancipación. En condiciones económicas favorables, es posible concebir una salida más rápida del hogar paterno. En el futuro este adelanto provocará una concentración puntual de primeros movimientos residenciales autónomos. Este efecto de adelantamiento y de concentración se verá favorecido por el incremento, no previsto en nuestra extrapolación, de la oferta de vivienda de segunda mano debida a la movilidad residencial de ajuste efectuada por los hogares ya formados. Normalmente, la movilidad de ajuste recurre en mayor medida al mercado de vivienda de nueva construcción y es previsible su aumento porque, conociendo lo sucedido en los años centrales de la década pasada, este tipo de movilidad es muy sensible a la mejora de las condiciones exteriores, tanto económicas como del mercado de la vivienda. Y esta mejora se está produciendo actualmente.